

Transnacionalización de identificaciones raciales y religiosas en el Caribe

El artículo describe los procesos de identidad racial, política y religiosa de sectores de la población caribeña. Con especial énfasis en grupos de afrocaribeños, y en momentos de conflicto social y político en los años 70 y 90, se analiza el desarrollo de identidades religiosas o raciales como estrategias nacionales de poder político.

Anthony P. Maingot

El 30 de mayo de 2001, las autoridades federales norteamericanas arrestaron en Ft. Lauderdale, Florida, a un trinitario americano que buscaba comprar 60 rifles AK-47 y 10 ametralladoras Mach-10 con silenciadores. El cargo formal¹ indicaba que el trinitario había negociado las armas para un grupo islámico fundamentalista de Trinidad y Tobago (en adelante, Trinidad), el Jamaat al Muslimeen. El Jamaat es el mismo movimiento que intentara un golpe de Estado en Trinidad en 1990 –es decir, 11 años antes de lo que el presidente George W. Bush llamó «una guerra nueva» contra el terrorismo.

El contacto en Trinidad para recibir las armas era bien conocido en Estados Unidos y en la isla: Lance «Fire» Small había sido extraditado en 1998 a Trinidad por traficar heroína. El *Miami Herald* (2/6/01, p. B1) describió a Small como el contacto entre Osama Bin Laden y el Jamaat al Muslimeen. El primer ministro de Trinidad admitió esta conexión cuando indicó que la CIA había revelado el nexo entre Bin Laden y el Jamaat². El premier acusó al terrorismo internacional de planear «otro» golpe de Estado en la isla³. La captura por la aduana trinitaria de dos coches blindados, con equipos instalados para montar lanzacohetes y ametralladoras, era una prueba adicional de que algo se tramaba y de que las conexiones eran internacionales. Los dos trinitarios que enviaron los coches

Anthony P. Maingot: profesor de Sociología, Florida International University, Miami.

Palabras clave: Poder Negro, islamismo afrocaribeño, Caribe.

desde Nueva York no pudieron explicar el origen de los 300.000 dólares que habían costado los autos ni el uso que se les daría a vehículos de ese tipo en la isla.

Además del contacto con los golpistas en 1990, Small también había participado en otro intento de golpe mencionado por el primer ministro, el del movimiento del Poder Negro (Black Power) en 1970, sin embargo, no era el único elemento de continuidad entre ambos acontecimientos. El propio líder del golpe

***a pesar de un
 radicalismo
 que rechaza
 la «dependencia»
 de EEUU,
 los radicales
 negros de 1970
 y de 1990
 dependían de
 influencias
 afroamericanas***

de 1990, Abu Bakr, y seis de sus más importantes lugartenientes, también lo habían sido en el intento de 1970. Quienes en 1970 buscaban el Poder Negro, en 1990 propiciaban un fundamentalismo religioso; en ambos casos los contactos estaban en EEUU. Una comparación⁴ entre ambos movimientos sugiere una hipótesis: a pesar de un radicalismo que rechaza la «dependencia» nacional de la sociedad trinitaria de EEUU, los radicales negros de 1970 y de 1990 dependían de influencias afroamericanas. Así como muchos líderes afroamericanos efectuaron la transición de un Poder Negro de corte marxista-leninista a un islam fundamentalista, del mismo modo lo hicieron los afrotrinitarios. Una comparación entre uno y otro

movimiento (1970-1990) deja en claro lo que es por todos conocido: el peso de la influencia norteamericana en Trinidad y el Caribe en general. Lo que difiere en estos casos es cómo la influencia no se da en términos de «hegemonía cultural», sobre la que tanto se escribe, sino de una influencia revolucionaria, primero racial, y después religiosa y fundamentalista. Analicemos primero el influjo racial de los años 60 y 70.

1. Ver «USA versus Keith André Glaude», U.S. District Court - Southern District of Florida, Case N° 01-6133. V. el artículo de Mark Fineman en *Los Angeles Times*, 18/6/01, p. A-3.

2. *Trinidad Guardian*, 17/9/01, editorial.

3. *Trinidad Express*, 24/1/01, p. 1.

4. Acierta Carr cuando afirma que la historia escrita y el historiador «viven de las generalizaciones». Sin embargo, él mismo advierte sobre los peligros del uso excesivo de la generalización. Carr se une a la advertencia de Marx de que, «eventos muy parecidos pero que ocurren en contextos históricos diferentes, llevan a resultados totalmente diferentes» (Edward Hallett Carr: *What Is History?*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1963, pp. 80-82). Notamos aquí que este caso se ajusta a uno de los tipos de comparación que recomienda Emile Durkheim: una misma sociedad vista en dos periodos diferentes.

La ideología del Poder Negro

En 1960, años antes de la independencia de la isla que había gobernado desde 1956, el primer ministro Eric Williams se mostraba muy pesimista. El futuro del Caribe era oscuro. Básicamente no veía los cambios sociales que consideraba necesarios. La amenaza estaba en la «revolución de las expectativas», especialmente entre los jóvenes. Las economías crecían pero la distribución de los ingresos seguía estancada y no se producían empleos para el gran número de estudiantes que salía de las muchas –y buenas– escuelas.

Además de los problemas económicos, sociales y demográficos, había un problema grave de «contexto intelectual»: ni Trinidad, ni la región, decía Williams, poseía «una vida intelectual autóctona» dentro de la cual se pudieran debatir los problemas existentes. Según él, el Caribe era exactamente tal como lo había descrito Vidia S. Naipaul: una región de «hombres imitadores» (*mimic men*), sin raíces ni sentido de la historia, que imitaban toda doctrina que viniese del extranjero⁵. La doctrina foránea que más temía Williams era la del Poder Negro. «Entre más auge adquiere el Poder Negro en EEUU», decía, «más repercusiones obvias tiene en el Caribe.» Williams no pensaba que la situación de la población negra caribeña fuera comparable con la de EEUU, una minoría que sí tenía legítimas razones para buscar una dignidad racial. Pero como todo ánimo de resentimiento es relativo, de hecho por todo el Caribe, en los años 60 y 70, y con expresiones diferentes, el ambiente de tensión racial estaba encendido y el futuro era percibido como amenazante: «Jamaica es un hervidero de tensiones raciales, negros contra mulatos y blancos. La agitación laboral en Antigua y los motines en Curazao fueron resultado de la agitación racial y de la propaganda de Poder Negro»⁶.

La pesimista visión sociológica de Williams no era compartida por la mayoría de los científicos sociales de la región⁷. Estos intelectuales, en su enorme mayoría marxistas, buscaban un «matrimonio intelectual» entre la estrategia revolucionaria marxista y la conciencia racial. El elemento subjetivo era crucial. Como

5. «International Perspectives for Trinidad and Tobago» en *Le Monde Diplomatique*, 8/1963, republicado en *Forged From the Love of Liberty, Selected Speeches of Dr. Eric Williams*, Longman Caribbean, Port-of-Spain, 1981, pp. 365-367. El concepto de «mimic men» lo desarrolla Naipaul en su libro, en parte autobiográfico: *The Mimic Men*, Andre Deutsch, Londres, 1967.

6. Eric Williams: *From Columbus To Castro*, 1970, p. 503.

7. Estas visiones están recogidas en dos textos fundamentales: Norman Girvan y Owen Jefferson (eds.): *Readings in the Political Economy of the Caribbean*, New World Group, Kingston, 1971; Trevor Monroe y Rupert Lewis (eds.): *Readings in Government and Politics of the West Indies*, Department of Government, UWI, Mona (Jamaica) 1971.

**Curazao era
 la prueba de que
 las ideologías
 y movimientos
 radicales
 no necesariamente
 eran producto
 de la pobreza
 generalizada**

lo explica uno de los líderes de ese movimiento, Norman Girvan: dado que el factor raza siempre había sido «el elemento central en la economía política de explotación, debía ser de máxima importancia en la ideología y en la política de resistencia»⁸. Pero Girvan también señalaba que en la medida en que las estructuras sociales variaban dramáticamente de isla en isla, ello derivaba en condiciones ideológicas y movimientos sociales diferentes. Y eso fue lo que se produjo en el Caribe. En el caso de Jamaica, la agitación fue inicialmente social y provenía de donde siempre: los barrios marginales de Kingston. Poco a poco el liderazgo intelectual y el tono de la protesta fueron cambiando. Tomaron la delantera los intelectuales de la Universidad de las Antillas Occidentales (Kingston), donde en octubre de 1968 se produjo un brote de agitación antigubernamental alrededor de las proclamas del Poder Negro. La causa inmediata fue la decisión del gobierno jamaicano de prohibir el reingreso a la isla del profesor guyanés Walter Rodney, uno de los líderes del Poder Negro. Rodney había estado en Canadá en una conferencia del movimiento, de las habituales que por entonces se daban allí y en EEUU. El «*affair Rodney*» fue la contribución jamaicana a un movimiento que adquiriría mayores dimensiones en el Caribe insular, aun cuando en Jamaica nunca prosperó el Poder Negro como tal. Allí ya existía una tendencia de «Regreso al África», que asumió dimensiones religiosas en el movimiento *rastafari* pero que no contemplaba la búsqueda del poder.

El siguiente caso fue el de Curazao. En 1969, un simple conflicto laboral en poco tiempo se transformó en un movimiento general del Poder Negro. Para sofocar la rebelión, que había dejado en cenizas gran parte de la capital, Willemstad, intervinieron tropas holandesas⁹. Cabe señalar que el nivel socioeconómico de la población curazoleña era de los más altos de la región, tanto que el sociólogo René Romer sostenía en 1970 que hasta la clase obrera aspiraba integrarse a la clase media¹⁰. Curazao era por lo tanto la prueba de que las ideologías y movimientos radicales no necesariamente eran producto de la pobreza generalizada, pero lo que sí existía era una elevada correlación entre raza, prestigio social y posiciones en el liderazgo político. Los líderes del partido en el

8. Norman Girvan: «Aspects of the Political Economy of Race in the Caribbean and in the Americas», papel de trabajo N° 7, ISER, UWI, Jamaica, 1975, p. 3. No era el primer intento antillano de combinar lo que para Marx hubiera sido incombustible. La *négritude* del martiniqueño comunista Aime Césaire, y el concepto de «raza primero» del marxista-leninista trinitario George Padmore, eran importantes antecedentes.

poder eran criollos blancos (a diferencia de Trinidad, donde eran negros). La ideología del Poder Negro era atractiva para quienes hacían una correlación lógica entre mayorías raciales, democracia y posiciones de liderazgo político. El factor «socialista» venía a continuación del factor racial. En los hechos, al movimiento en Curazao le siguió el de Trinidad.

La explosión revolucionaria que casi toma el poder en Trinidad en 1970 tampoco se puede atribuir a la pobreza. Los más pobres por entonces eran los indotrinitarios, trabajadores de la industria azucarera y en general población rural. No hubo participación indotrinitaria en el Poder Negro, que esencialmente fue un movimiento urbano con liderazgo universitario. Había ya turbulencias en la universidad por el «*affair Rodney*», pero fue un incidente con estudiantes afrotrinitarios en la Universidad Sir George Williams (Canadá) lo que causó la explosión en la isla. Casi un reflejo de lo que ocurría en las universidades norteamericanas, los estudiantes ocuparon el centro de computación de la universidad, acusando a un profesor de «racista». Cuando comenzaron a botar las computadoras por la ventana, la policía los arrestó, provocando la rebelión universitaria. El análisis de una de las estudiantes involucradas es crucial. Este incidente «fue el catalizador de la toma de conciencia y de la acción política de masas, todo fuertemente influido por el movimiento de dere-



9. V. los escritos del curazoleño A.F. Paula: «Explosie in Willemstad», Keesings Historisch Archief, 6 de junio de 1969; y «30 de mayo de 1969: Bezien tegen de achtergrond van eew wereldwýde outwaken en gezagscrisis in de 60-er jaren», Curazao, s/f, inédito.

10. R. Romer: «Un pueblo na kaminda: Een sociologisch historische studie van de curaçoese samenleving», disertación doctoral, Social Science University of Leiden, 22 de junio de 1977, p. 181.

11. Valerie Belgrave: «The Sir George Williams Affair» en S. Ryan (ed.): *Power. The Black Power Revolution, 1970*, Institute of Social and Economic Research, University of the West Indies, St. Augustine (Trinidad), 1995, p. 120.

chos civiles y del Poder Negro en Estados Unidos»¹¹. Lo cierto del caso es que «las masas» no apoyaron el intento de golpe, que en pocos días fue sofocado por la policía leal al gobierno de Williams, quien se apresuró a sacar del gabinete al único blanco y al único mulato de sus ministros. La política de los símbolos había alcanzado un absurdo nivel.

El frustrado Poder Negro engendró tres pequeños movimientos dramáticamente diferentes. El primer movimiento fue de desvinculación con la sociedad, un tanto influido por los *rastafari* de Jamaica y por el *retreatism* norteamericano de los años 60 y 70 que Merton interpretó como sintomático de «anomia colectiva». El segundo fue un pequeño movimiento guerrillero (National Union of Freedom Fighters, NUFF) basado en las teorías foquistas revolucionarias de Ernesto Che Guevara y Régis Debray. Estuvo integrado mayormente por estudiantes universitarios y duró muy poco¹². El tercero tardó mucho en percibirse y se deriva de las conversiones al islam tipo Musulmán Negro (*Black Muslim*) estadounidense; fue el movimiento más influido por EEUU y que en 1990 puso en peligro el sistema político y que todavía representa la mayor amenaza al esquema parlamentario.

El Islam Negro y el intento de golpe de 1990

El 27 de agosto de 1990, 125 hombres armados salieron de la mezquita de musulmanes negros, el Jamaat al Muslimeen. Con precisión militar y usando técnicas terroristas jamás vistas en la isla (coches bomba, asesinato de policías), volaron la estación de policía y asaltaron el Parlamento tomando como rehenes al primer ministro, a miembros de su gabinete y a numerosos parlamentarios. También tomaron la estación de televisión desde la cual exhortaron al pueblo a levantarse contra «la corrupción, la prostitución, el alcohol, las drogas y el racismo». Esto es lo que se sabe del intento: el líder, Abu Bakr (nacido Lennox Phillips) y por lo menos 35 de sus hombres, todos convertidos al islam, habían sido entrenados en Libia. Las armas fueron compradas en Ft. Lauderdale y Miami por un musulmán negro norteamericano vinculado con el Jamaat, gracias a fondos de un banco de Bahrein. El movimiento fracasó después de tres días, por la lealtad gubernamental de las Fuerzas Armadas, la falta de apoyo de la población y la amnistía concedida por el Gobierno para evitar un mayor derramamiento de sangre. El Jamaat no sufrió bajas, pero mataron a 33 personas entre policías, civiles y un parlamentario. El Gobierno había pensado que

12. Sobre el fatal fin de este «foco», v. S. Ryan: *Revolution and Reaction*, ISER, St. Augustine (Trinidad), 1989.

en tanto la amnistía estaba concedida bajo presión, no tendría sustento legal; pero se equivocó: la corte de apelación, el Judicial Committee of the Privy Council británico, reconoció la amnistía como válida y ordenó la liberación de los 125 golpistas y la devolución de su mezquita.

El más serio estudio del movimiento revela que Abu Bakr y el Jamaat «fueron parte de la guerra delegada de Muammar al-Khaddafi en el Tercer Mundo»¹³, pero más que la parte militar, interesa aquí la dimensión sociológica del fenómeno del Islam Negro. Desde esta perspectiva hay tres puntos cruciales para entenderlo. Primero, era –y todavía lo es– un movimiento minoritario dentro de la religión islámica de Trinidad. En 1990 de 1.300.000 habitantes que tenía la isla 33% eran católicos: 30% hindúes, 21% protestantes, y 6% musulmanes. Se calculaba que el Jamaat representaba 5% de esta minoría, es decir aproximadamente 2.000 personas. La gran mayoría de la población musulmana arribó con su religión desde la India colonial en el siglo XIX. Los miembros del Jamaat eran afrotrinitarios convertidos luego del Poder Negro de 1970.

Segundo, el Jamaat se caracterizaba por el hecho de que, a diferencia del Poder Negro de los años 60 y 70, no tenía acogida dentro del mundo intelectual y académico de las islas. En los tres tomos que recopilan el pensamiento antillano angloparlante de las últimas dos décadas, no hay una sola mención al islam ni al Jamaat¹⁴. El movimiento tampoco tenía acogida en el proletariado urbano afrotrinitario, al contrario del Poder Negro de los 60 y 70, sino que era más bien similar a la experiencia norteamericana: un movimiento que atraía a jóvenes negros urbanos desempleados, muchos de ellos involucrados en la subcultura de los estupefacientes¹⁵.

El tercer punto es que la conversión de afrotrinitarios al islam era muy reciente, y no porque la religión islámica, a diferencia del hinduismo, rechazara a miembros de la raza negra. En ese sentido son interesantes las cifras presentadas en 1971 por un experto sobre religión y actitudes hacia matrimonios con negros. Mientras solo 5% de los hindúes y 13% de los cristianos aceptaban esos matri-

13. S. Ryan: *The Muslimeen Grab For Power*, Inprint, Puerto España, 1991, p. 264.

14. V. Brian Meeks y Folke Lindahl (eds.): *New Caribbean Thought*, University of the West Indies Press, Jamaica, 2001; Kenneth Hall (ed.): *The Caribbean Community*, Ian Randle, Kingston, 2001; K. Hall y Denis Benn (eds.): *Contending With Destiny*, Ian Randle, Kingston, 2000. Tb. es interesante que en estos tomos no haya nada sobre el Poder Negro.

15. V. John La Guerre: «The 1990 Violent Disturbances» en *Caribbean Quarterly* vol. 30, 6-9/1991, p.

56. El más importante testimonio del caso norteamericano sigue siendo el libro de Malcolm X: *The Autobiography of Malcolm X as Told to Alex Haley*, Nueva York, 1964.

monios, 50% de los musulmanes sí los aceptaban¹⁶. A pesar de eso, el afrotrinitario no se convertía al islam porque consideraba al indotrinitario, musulmán o hindú como de estatus inferior. En eso imitaba a la pequeña elite blanca de la isla¹⁷.

El interés en el islam fue consecuencia de tres cosas. Primero, el fracaso del Poder Negro dejó a muchos afrotrinitarios radicales buscando una alternativa revolucionaria. Como ya vimos, Abu Bakr y seis de sus más allegados en el Jamaat habían participado en el Poder Negro de 1970, pero más que estas causas locales, lo que condujo a éstos hacia el islam, fue la influencia de lo que estaba pasando en EEUU: la conversión de numerosos líderes del *Black Power*, y de muchos atletas, al islam, como reiteración del proceso de emulación de los años 60 y 70. El crecimiento del Islam Negro en la isla en esos años, dice Selwyn Ryan, «fue producto de un fenómeno norteamericano del mismo modo que el Poder Negro y los eventos en Trinidad y Tobago en 1970 fueron una extensión de lo que estaba pasando en EEUU»¹⁸, pero fue más una conversión política que religiosa. La extraña combinación de influencias se esclarece cuando vemos lo que el mismo Abu Bakr define como influjos importantes: Malcolm X, Fidel Castro, Angela Davis, Huey Newton, Bobby Seales, los Soledad Brothers, Black Panthers, Eldridge Cleaver, Louis Farrakhan, H. Rap Brown¹⁹.

Todos los líderes del Jamaat habían migrado a EEUU luego del fallido movimiento del Poder Negro de 1970, y todos hicieron contacto con organizaciones islámicas negras norteamericanas²⁰. Si es cierto que las influencias en 1970 y 1990 provenían de EEUU, cabe interrogarse por los propósitos locales (nacionales) de asumir estas «identidades» extranacionales. Precisamente porque en 1970 y en 1990 se trató de tomar el poder por la fuerza, hay que pensar que tales propósitos eran políticos, y que lo que se buscaba en 1970 por razones raciales y socialistas, también se buscaba en 1990 por razones raciales e islámicas. Vale la pena preguntarse si era la búsqueda de una nueva «identidad» o si eran «identificaciones» ideológicas y estratégicas en pos del poder político. Esto nos lleva

16. Yogendra K. Malik: *East Indians in Trinidad*, Oxford University Press, Londres, 1971, p. 18.

17. Sobre esto, v. Sheila Solomon Klass: *Everyone in this House Makes Babies*, Doubleday, Nueva York, 1964; V.S. Naipaul: *The Middle Passage*, Andre-Deutsch, Londres, 1962.

18. S. Ryan: *The Muslimeen Grab For Power*, p. 285. Sobre el mismo punto, v. tb., Bishnu Ragoonath: «The Failure of the Abu Bakr Coup» en *Journal of Commonwealth Comparative Politics* vol. 31, 7/1993, pp. 33-53.

19. S. Ryan, p. 285.

20. V. las conversaciones con el periodista que estuvo de rehén en 1990, Raoul Pantin: *The Trinidad Express*, 6-8-10-12/8/1990.

a algunas reflexiones teóricas sobre influencias ideológicas transnacionales.

Conclusión: «identidad» versus «identificaciones»

En su clásico *Black Nationalism* (1962), el historiador Essien Udom explica que la búsqueda de los afroamericanos de una identidad musulmana negra proviene del rechazo recibido de la sociedad blanca. Creen que el islam, a diferencia del cristianismo, es una religión negra y que en ella encontrarán la redención de su raza. Esta noción de que el carácter nacional de un país puede encontrar su verdadera «identidad» en un movimiento o religión transnacional es muy aceptada en la literatura sobre la influencia del islam. «El islam, dice Caesar E. Farah, es un medio importante para darle dignidad y orgullo a una comunidad negra que no los encuentra en el cristianismo.»²¹ La tesis de Louis Lomax es similar: el islam tiene una capacidad de catarsis para el negro de la que carece la religión de los blancos²².



Son interesantes las opiniones de Tim Hector, intelectual socialista de Antigua: el fundamentalismo islámico de Abu Bakr, dice, no era incompatible con su identidad como negro. «Buscaba una religión que no fuera el cristianismo, que había contribuido directamente a esclavizar a sus antepasados. La encontré en el islam.»²³ Pero Hector siete años antes había argumentado que el socialismo era simplemente una continuidad del Poder Negro: «entre Enri Kawayna de Guyana, Maurice Bishop [de Grenada], y yo había un lazo inquebrantable. Todos fuimos forjados por el mismo movimiento, el Poder Negro, y el socialismo era una extensión lógica de esa causa»²⁴.

Frantz Fanon fue uno de los primeros en advertir que los movimientos transnacionales, como el de *négritude*, tienden a minimizar las dimensiones objetivas de cada nación. «Toda cultura –decía Fanon– es fundamentalmente nacional.»²⁵ Theodore Draper está de acuerdo, pero considera que pese al alto grado

21. C.E. Farah: *Islam*, 6ª ed., Barron's, Hauppauge (NY), 2000, p. 321.

22. L. Lomax: *When The Word Is Given*, Cleveland, 1963, p. 87.

23. T. Hector: *Antigua Outlet*, 24/8/90, p. 1.

24. T. Hector: *Antigua Outlet*, 21/10/83, p. 1.

25. F. Fanon: *The Wretched of the Earth*, Grove Press, Nueva York, 1965, p. 216.

de «fantasía» que existía en la conversión al islam, estos conversos (muchos de ellos antiguos presos) encontraban una nueva dignidad en el islam. Según Draper, el sistema autoritario de liderazgo y de férrea disciplina de las mezquitas crea un régimen que es aceptado y visto como benévolo por los conversos al Islam Negro norteamericano²⁶.

Pero surge una pregunta teórica: ¿es factible pensar que una conversión religiosa a edad madura puede cambiar totalmente una identidad establecida tras largos años de socialización? ¿Pueden producirse tan rápidamente los cambios de «identidad»? Recordemos que en menos de una década, los líderes del Poder Negro en EEUU y después en Trinidad, pasaron de una identidad racial y transnacional africana a una identidad afroislámica. Por lo que sabemos del proceso de socialización que crea la noción del «yo», sabemos que no todas las «identidades» tienen el mismo significado para el comportamiento individual y colectivo. Nadie que conoce la historia del insularismo antillano negará que en cada isla hay una identidad nacional. «Cada isla –decía un gobernador británico en el siglo XIX– por más pequeña e insignificante que sea ... mantiene entre sus clases dominantes un espíritu de importancia propia y un patriotismo local que pudiera considerarse ridículo, que no se puede ignorar.»²⁷

Si eso era de este modo cuando fueron colonias, las identidades nacionales pueden imaginarse más firmes una vez que las islas comienzan a gobernarse por sí mismas. «La insularidad física –señala David Lowenthal– no solamente agrava las diferencias entre las islas, también intensifica la identidad nacional en cada una, sin importar su tamaño.»²⁸ Pero esta fuerza de la identidad nacional no se limita a las islas. Autonomía, unidad e identidad, dicen John Hutchinson y Anthony Smith, han sido los tres temas e ideales que han buscado los nacionalistas en todas partes desde que fueron popularizados en Europa central y occidental en los siglos XVIII y XIX²⁹. Harold Isaacs describe cómo la mayoría de los autores sobre nacionalismo consideran a la «identidad nacional» como una amalgama de afiliaciones de tipo político, cultural y étnico³⁰. Walker Conner insiste en que hay una gran diferencia entre afiliaciones con grupos o movimientos que son «definidos por otros» (*other defined*) y aquellas afiliaciones que, como la nación, son «autodefinidas» (*self-defined*). Esta autodefinición se basa

26. T. Draper: *The Rediscovery of Black Nationalism*, Viking Press, Nueva York, 1970.

27. Hume Wrong: *Government of the West Indies*, The Clarendon Press, Oxford, 1923, p. 148.

28. D. Lowenthal (ed.): *The West Indies Federation*, Columbia University Press, Nueva York, 1961, p. 68.

29. J. Hutchinson y A.D. Smith (eds.): *Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 1994, p. 5.

30. H.R. Isaacs: «Nationality: End of the Road?» en *Foreign Affairs*, 4/1975, pp. 430-449.

en una «psicología nacional»: un sentimiento subconsciente de que el grupo de uno tiene orígenes diferentes a los de los demás³¹. Michael Hechter es otro de los que argumentan que esta identidad nacional es tan fuerte que es lo único por lo cual el hombre es capaz de hacer el sacrificio máximo y único. Ella se impone sobre las otras lealtades³².

Importante también es la posición de Clifford Geertz. Si es verdad que los habitantes de muchos nuevos Estados son «anormalmente susceptibles» a rebeldías basadas en afiliaciones de tipo primordial y étnico como lenguaje, religión, raza o región, al fin y al cabo, dice Geertz, todas estas afiliaciones persiguen un solo fin: la búsqueda de una identidad, la cual es invariablemente la de «la unidad máxima, la nación»³³. Identidad, como en «identidad nacional», es un sentimiento más profundo, más duradero y permanente. Como señala Anthony Smith, esa identidad con una nación es «el más fundamental e incluyente» de todos los sentidos de pertenencia³⁴.

Pero si esta «identidad nacional» es la base fundamental del «yo», ¿cómo se explica que en algunas sociedades como la trinitaria y la caribeña, nuevas alianzas, muchas de ellas transnacionales de tipo racial o religioso, adquieran en determinados momentos una fuerza vital inédita? Aquí vale la pena citar las teorías de Arnold Dashefsky, que explicaban la capacidad de acogerse a múltiples «identificaciones.» Identificarse es adherirse a alguna asociación o movimiento, activa o simbólicamente. A diferencia de una identidad, que es innata, «identificarse» es un acto deliberado y concientemente estratégico, dirigido hacia una meta definida³⁵. Como tal, un individuo puede tener varias identificaciones a la vez, o –más probable– secuencialmente, sin perder su identidad que tiende a ser nacional. Por eso no había problema con la búsqueda por parte de Abu Bakr y sus tropas de una identificación racial-socialista en 1970 y una identificación racial-religiosa en 1990. Esas eran estrategias influidas por eventos en EEUU, pero es fundamental entender que la meta de esas estrategias siempre fue la búsqueda de poder en la nación donde residía su identidad integral.

31. W. Conner: «A Nation is a Nation, is a State, is an Ethnic Group, is a ...» en *Ethnic and Racial Studies* vol. 1 N° 4, 1978, pp. 379-388.

32. M. Hechter: *Containing Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 2000, p. 94.

33. C. Geertz (ed.): *Old Societies and New States*, Free Press, Nueva York, 1963, p. 110.

34. A.D. Smith: *National Identity*, University of Nevada Press, Reno, 1991, p. 143.

35. A. Dashefsky: «And the Search Goes On: The Meaning of Religion-Ethnic Identity and Identifications» en *Sociological Analysis* vol. 33 N° 4, 1972; A. Dashefsky y Howard Shapiro: *Ethnic Identification Among American Jews*, Lexington Books, Lexington, 1978.

¿Quién teme al islam?

Mientras proliferan los llamados expertos en temas islámicos, una serie de equívocos y mitos interesados en relación con esta creencia y sus creyentes se adueña del sentido común. Por ejemplo, interpretar la política en las sociedades islámicas según supuestos mandatos derivados de la religión. Un análisis detenido permite ver cómo en muchas ocasiones se culpa a las verdaderas víctimas.

Farid Kahhat

De un tiempo a esta parte la legión de «expertos» en «fundamentalismo islámico» parece haberse multiplicado hasta alcanzar las proporciones de una plaga bíblica. Individuos que por lo regular no podrían distinguir entre un árabe, un musulmán y un chimpancé, y cuya perspectiva sobre el Corán deriva del ángulo desde el cual observan la cubierta en el estante de una librería, pontifican con iniciativa digna de mejor causa sobre la gravedad de la amenaza que representa ese flagelo de la humanidad.

A través del prisma de tan supina sabiduría el «fundamentalismo islámico» se convierte en un conjuro que invoca por igual nuestros más recónditos temores y nuestros más burdos estereotipos. Su sola mención suele evocar la imagen de un individuo barbado, con la cabeza enfundada en un turbante, la mirada nublada por un velo de sangre, y la cimitarra siempre en ristre. Sus atavismos seculares serían consecuencia de la naturaleza de sus creencias religiosas, pobladas de invocaciones al martirio en nombre de una verdad irredenta en un mundo plagado de infieles.

Parte del problema con esa representación es que nos induce a pensar que todo aquello que ocurre en la política de los países de mayoría musulmana se debe a

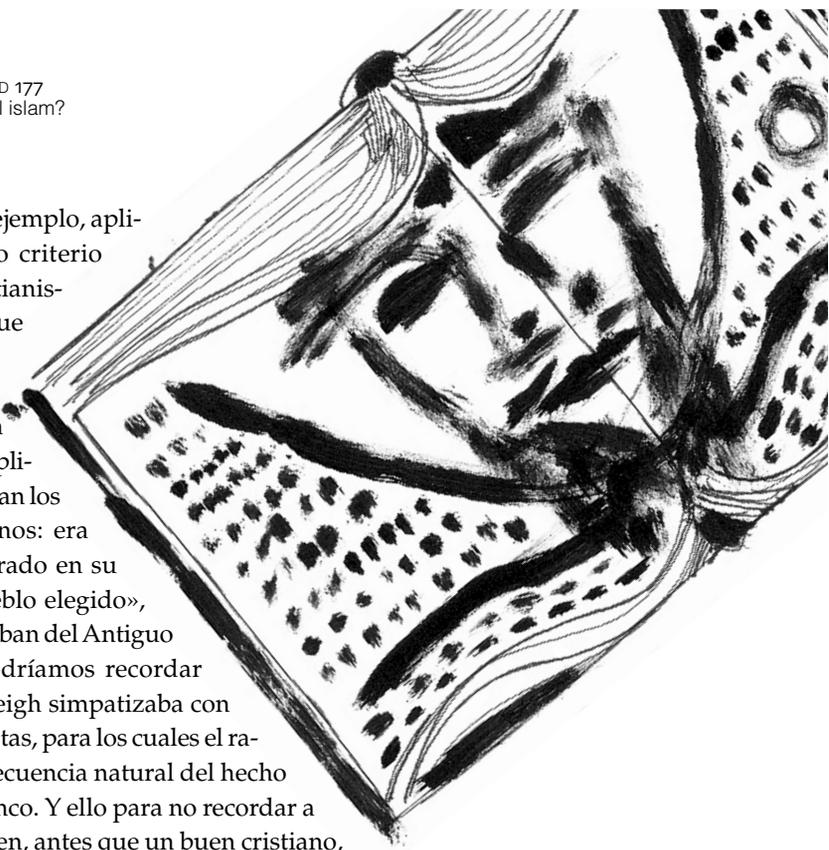
Farid Kahhat: politólogo peruano; profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales del Centro de Investigación y Docencia Económica - CIDE, México.

Palabras clave: islamismo, política internacional.

la religión. Si, por ejemplo, aplicásemos el mismo criterio para juzgar al cristianismo, tendríamos que juzgar la experiencia del *apartheid* en Sudáfrica en función de la explicación que brindaban los blancos sudafricanos: era un régimen amparado en su condición de «pueblo elegido», concepto que tomaban del Antiguo Testamento. O podríamos recordar que Timothy McVeigh simpatizaba con grupos supremacistas, para los cuales el racismo es una consecuencia natural del hecho de que Dios es blanco. Y ello para no recordar a David Koresh, quien, antes que un buen cristiano, creía ser Cristo reencarnado. El punto aquí es que, así como nadie en su sano juicio culpa al cristianismo por esas aberraciones, tampoco debería juzgarse al islam por las aberraciones que en ocasiones se cometen en su nombre.

Cabría recordar además que el islam fue desde su origen una religión sincrética, que incorporó elementos medulares de la tradición judeo-cristiana como parte de su propio acervo cultural. No es cierto, por ende, que el islam sea intrínsecamente hostil a otras religiones monoteístas. Por ejemplo, el imperio musulmán ejerció la tolerancia hacia otras religiones en aquellos tiempos en que la Inquisición se esmeraba por reducir a cenizas tanto a herejes como a infieles. Por lo demás, fueron las universidades islámicas de la España medieval las que preservaron el legado intelectual de la antigüedad clásica durante la era del oscurantismo. Los pensadores de la Europa renacentista no tuvieron que «redescubrir» la filosofía griega: Averroes y Avicena realizaron esa labor por ellos.

Tampoco es verdad que los musulmanes compartan una común hostilidad hacia todo vestigio de cultura occidental, y que estén unidos en una ofensiva política contra toda tradición cultural distinta a la suya. De hecho, en la mayoría de casos en que el integrismo islámico se ha convertido en una fuente de violencia política, esta ha sido esencialmente de carácter fratricida, es decir, entre musulmanes (p. ej. en Pakistán, Argelia, Irán o el propio Afganistán). Ello tiene



dos explicaciones: de un lado, porque el hecho de compartir una religión no garantiza que conflictos sociales de otra índole (económica, política, étnica), se resuelvan satisfactoriamente. De otro lado, porque suelen existir entre los bandos en pugna interpretaciones encontradas de lo que significa ser musulmán. Aquí cabría recordar que, a diferencia del catolicismo, la religión musulmana no cuenta con una jerarquía eclesiástica reconocida por todos los fieles, dotada a su vez de una autoridad incuestionada para dirimir disputas en materia doctrinaria.

Quienes pretenden azuzar el viejo espectro medieval de las hordas islámicas a las orillas de las costas europeas, deberían recordar además que en aquellos casos en que pueblos o Estados tradicionalmente identificados con el islam se encuentran en conflicto con pueblos o Estados de diferente raigambre cultural,

***los movimientos
 integristas
 islámicos
 son esencialmente
 pacíficos en su
 origen***

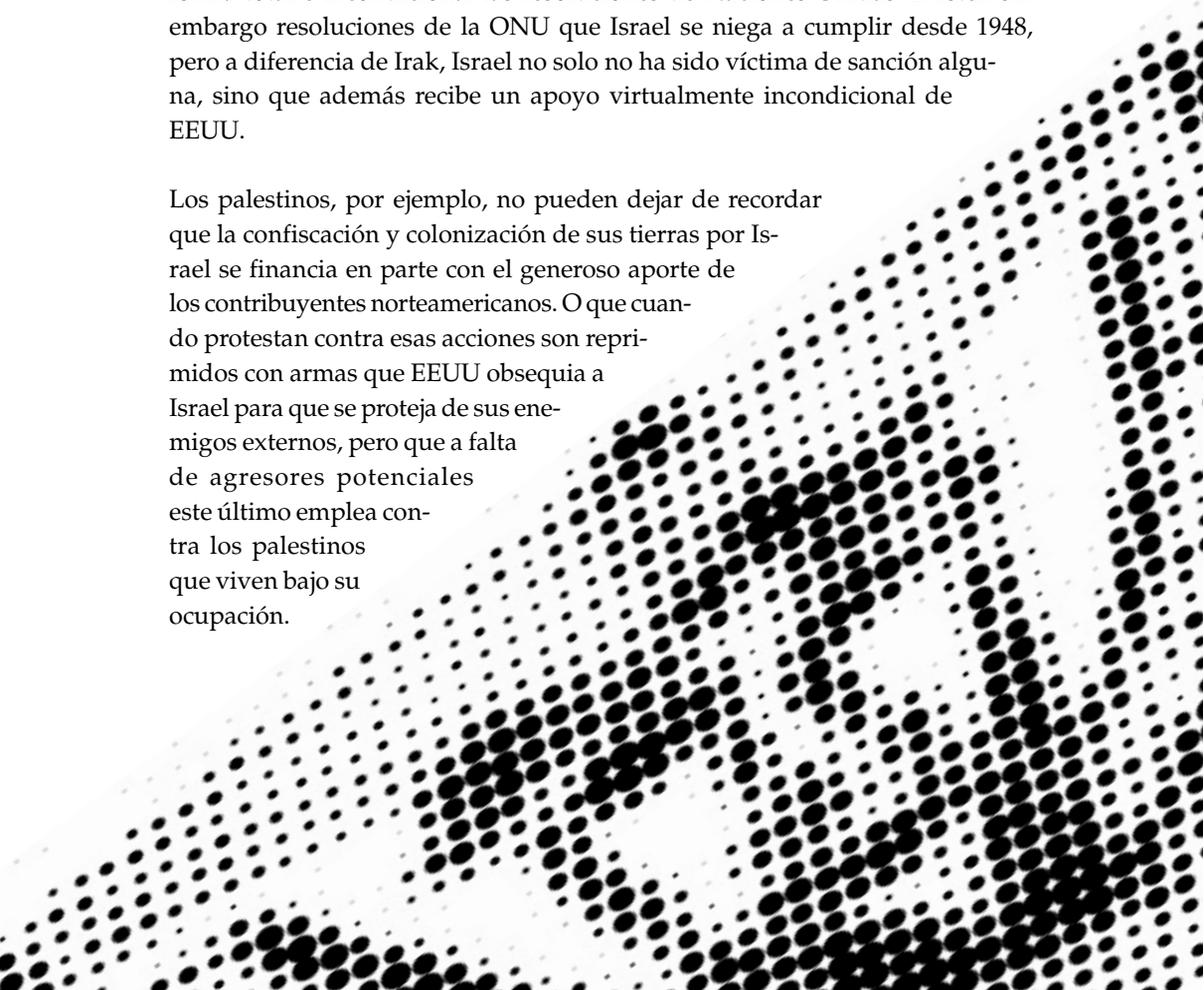
son usualmente los primeros los que se encuentran en la condición de víctimas o, cuando menos, en una clara posición defensiva. Ese es, por ejemplo, el caso de los palestinos bajo ocupación israelí, el de los rebeldes chechenos enfrentados al ejército ruso, o el de los kosovares de origen albanés bajo el régimen de Milosevic. Ello sin mencionar el caso de Bosnia, en donde muchos se enteraron de que su condición de musulmanes debía regir

sus destinos y lealtades políticas solo cuando empezaron a ser masacrados por causa de ella. En otras palabras, no fue la presencia de identidades primordiales e irreductibles lo que desencadenó el conflicto, fue más bien la violencia etnocida la que forjó una identidad defensiva entre sus principales víctimas, los musulmanes.

El ejemplo de Bosnia, a su vez, nos revela una dimensión medular del problema: la evolución reciente de la cultura islámica obedece esencialmente a razones políticas, y no al hecho de que perdure en ella desde tiempos inmemoriales una esencia inmutable que la hace ser lo que es. El radicalismo islámico, aunque minoritario, cobra relevancia política solo después del fracaso de las alternativas de modernización secular (el nacionalismo en el mundo árabe, el comunismo en las repúblicas soviéticas del Asia central, etc.). De hecho, los movimientos integristas islámicos son esencialmente pacíficos en su origen, y suelen permanecer así mientras se les permita participar legalmente en el proceso político (p. ej., en Jordania y Turquía). Solo se tornan violentos en respuesta a la represión del Estado (como en Argelia o Uzbekistán), o a la intervención de una fuerza militar extranjera (como en el Líbano o Afganistán).

Ahora bien, la represión estatal y la intervención extranjera suelen ir de la mano en esta región del mundo. Desde la perspectiva del radicalismo islámico, regímenes autocráticos, ineptos y corruptos hasta la médula como el de Arabia Saudita o el de Irán en tiempos del Sha no se sostendrían en el poder de no mediar el respaldo de Estados Unidos. Y en eso probablemente no se equivocan. De otro lado, el radicalismo islámico siempre encontró deleznable la secularización de la política y la emancipación de la mujer que prevalecen en el mundo occidental, pero no siempre tuvo el arraigo social con que cuenta hoy en día. Y es que ese cambio obedece a razones políticas antes que religiosas. Por ejemplo, el doble rasero en la política de EEUU hacia el Medio Oriente no es una invención de la mente febril de Bin Laden. Así, podríamos pensar en el caso de Irak, que se encuentra bajo un régimen de sanciones que ha condenado a la desnutrición crónica a uno de cada tres niños (en un país en el que la desnutrición infantil ya había sido erradicada durante los años 80). Ese régimen de sanciones se explica por la presunta negativa del gobierno de Irak a cumplir en forma total e incondicional las resoluciones de Naciones Unidas. Existen sin embargo resoluciones de la ONU que Israel se niega a cumplir desde 1948, pero a diferencia de Irak, Israel no solo no ha sido víctima de sanción alguna, sino que además recibe un apoyo virtualmente incondicional de EEUU.

Los palestinos, por ejemplo, no pueden dejar de recordar que la confiscación y colonización de sus tierras por Israel se financia en parte con el generoso aporte de los contribuyentes norteamericanos. O que cuando protestan contra esas acciones son reprimidos con armas que EEUU obsequia a Israel para que se proteja de sus enemigos externos, pero que a falta de agresores potenciales este último emplea contra los palestinos que viven bajo su ocupación.



El islamismo armado en la posguerra fría

Eric Lair

El islamismo se encuentra desde hace décadas en un doble proceso de territorialización y desterritorialización. Estas dos lógicas no remiten solamente a distintos escenarios, sino también a apelaciones morales y religiosas diversas; en cualquier caso, ambas reflejan la profunda discrepancia religiosa respecto de la política, el Estado y el poder.

Sobre el islam y el islamismo (armado)

Algunos de los comentarios consecutivos a los atentados perpetrados en Estados Unidos en septiembre de 2001 han contribuido, de manera más o menos explícita, a generar una confusión entre el islam¹ y la violencia armada cometida en su nombre. Más allá de su efecto sensacionalista, dichos comentarios tienden a desconocer los preceptos del islam y la diversidad del mundo musulmán². Por eso, es útil recordar que la principal fuente de inspiración y fe de los musulmanes –el Corán³– limita constantemente el uso de la fuerza. Junto con el judaísmo y el cristianismo, el islam es la más reciente de las tres grandes religiones de las escrituras monoteístas. Según la teología musulmana, los fieles de estas religiones son los «hijos» de un solo Dios: Alá, figura suprema de la humanidad. Si bien es cierto que es en el último profeta, Mahoma, que recayó la labor de difundir la palabra de Alá, el Corán reconoce otros mensajeros anteriores, como Abraham y Jesucristo. Discípulos de Alá, fueron mal entendidos por los pueblos que fundaron las religiones judía y cristiana⁴. Históricamente, el islam se ha forjado en la adversidad, lo cual se ve reflejado en particular con el difícil proceso de «islamización» de las poblaciones llevado a cabo por Mahoma y en el recurrente tema de la defensa del islam en el Corán, que es una de las obligaciones fundamentales en la tradición musulmana.

Eric Lair: profesor de la Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Externado de Colombia, Bogotá. @: <elb1@externado.edu.co>.

Palabras clave: islam, islamismo, *yihad*.

De lo anterior procede la noción de *yihad*, hoy tan usada y muy pocas veces definida. Este término remite a un esfuerzo dirigido hacia una dirección determinada. En el presente contexto, hace referencia a la lucha física y espiritual por el islam. La *yihad* no necesariamente debe ser violenta ni armada. Es más, numerosos religiosos consideran que es ante todo una forma de vida cotidiana no violenta que incita a cada creyente a superarse para servir a Alá.

***El islamismo
armado actual
se singulariza por
la heterogeneidad
de sus estructuras,
medios y objetivos***

Sin embargo, otros religiosos más radicales (y la mayoría de los comentaristas) han hecho del uso de la fuerza el fundamento de la defensa del islam. La *yihad* entendida como lucha violenta se ha vuelto el horizonte de acción y el principal elemento retórico de muchas organizaciones políticas islámicas. Cuando la religión del islam entra en interferencia con lo político y la idea de poder, se habla de islamismo.

La época de descolonización de 1950-1970 es esencial para comprender la dinámica del islamismo en el siglo xx, en ese entonces ampliamente asociado al nacionalismo y a la lucha contra el colonizador. Hoy día el islamismo surge en gran parte «desde abajo», en contestación al Estado poscolonial (Egipto, Argelia, etc.) y/o con el propósito de defender el islam y la «comunidad de los creyentes», la *umma*. En muchos casos, se trata de un islamismo desinstitucionalizado y descentralizado como lo ilustran los activistas de la red de Osama Bin Laden (Al Qa'ida), acusado de ser el autor intelectual de los atentados antiestadounidenses de septiembre de 2001.

Heterogeneidad y «nomadismo de guerra» del islamismo armado

Vale la pena aclarar que todos los grupos islamistas no son armados aunque aquí nos referiremos solamente a algunos de ellos: los asociados a la guerra afgana antisoviética y Bin Laden. En su conjunto, la geopolítica del islamismo corresponde a las zonas de gran influencia del islam, concentrándose en el norte de África, en Cercano y Medio Oriente, en Asia y en Europa⁵.

1. Islam: «sumisión» u «obediencia» a los preceptos establecidos por Alá (Dios).

2. La palabra «musulmán» remite de manera genérica a los seguidores de la religión del islam (un poco más de 1.000 millones de personas repartidas en los cinco continentes) que reconocen a Mahoma como último profeta.

3. Libro sagrado de los musulmanes que corresponde a las revelaciones de Alá hechas al profeta Mahoma.

4. Para una introducción al islam, v. Chris Horrie y Peter Chippindale: *¿Qué es el Islam?*, Alianza, Madrid, 1995.

5. Sobre estos temas, v. Gilles Kepel: *Jihad: expansion et déclin de l'islamisme*, Gallimard, París, 2000.

El islamismo armado actual se singulariza por la heterogeneidad de sus estructuras, medios y objetivos. Se sitúa entre lo local, lo (inter)nacional y lo transnacional. En este último caso, presenta una fuerte dimensión desterritorializada y una gran tendencia a diseminarse (hacia EEUU p. ej.) fuera de sus áreas de implantación tradicional arriba mencionadas, para ofrecer un panorama de la violencia particularmente difuso. Se vuelve así un «nomadismo de guerra» articulado en redes que a veces ignoran y superan las fronteras nacionales.

Desde la segunda mitad de los años 70, numerosos estudiosos del islamismo se han enfocado en los efectos de la «revolución» político-religiosa en Irán bajo el ayatollah Khomeyni, en la guerra civil libanesa y en el conflicto entre Israel y Palestina. Hasta hace poco, la importancia de la lucha afgana contra la ocupación soviética (1979-1989) dentro de la evolución del islamismo mundial no había recibido mayor atención, situación que ha cambiado tras los atentados de septiembre de 2001 por el doble protagonismo de Bin Laden en la confrontación antisoviética y en dichos atentados.

La intervención de la URSS en Afganistán propició la creación de una resistencia armada heteroclita conformada por las principales etnias del país, unidas en torno de la defensa del territorio y del islam. Esta coalición recibió el apoyo de otras naciones (Arabia Saudita, EEUU, Pakistán, etc.) y de una multitud de musulmanes procedentes de varios países (Argelia, Egipto, etc.), que en nombre del islam se solidarizaron para combatir a la Unión Soviética en territorio afgano.

El entrenamiento de los voluntarios musulmanes fue sobre todo coordinado desde Pakistán gracias a figuras carismáticas como Bin Laden y a la ayuda de EEUU, que encontró en ellos aliados de circunstancia para luchar contra el comunismo. Después de la guerra antisoviética los voluntarios musulmanes –hoy denominados «veteranos afganos»– regresaron a sus respectivos países, integraron grupos armados y/o participaron en otros conflictos (Cachemira, Argelia, ex-Yugoslavia y Chechenia) con el fin de seguir defendiendo el islam. El papel de Bin Laden ha sido significativo en el islamismo armado inherente y posterior a la Guerra Fría. Gracias a su red de activistas con ramificaciones internacionales (Al Qa'ida) y a la apertura de campos militares antes y después de la salida de los soviéticos de Afganistán, Bin Laden ha formado varios de los «veteranos afganos» y nuevas generaciones de combatientes.

Los miembros de Al Qa'ida no son en su totalidad «veteranos afganos» y viceversa, pero Bin Laden cuenta con nexos con los protagonistas de la exitosa lu-

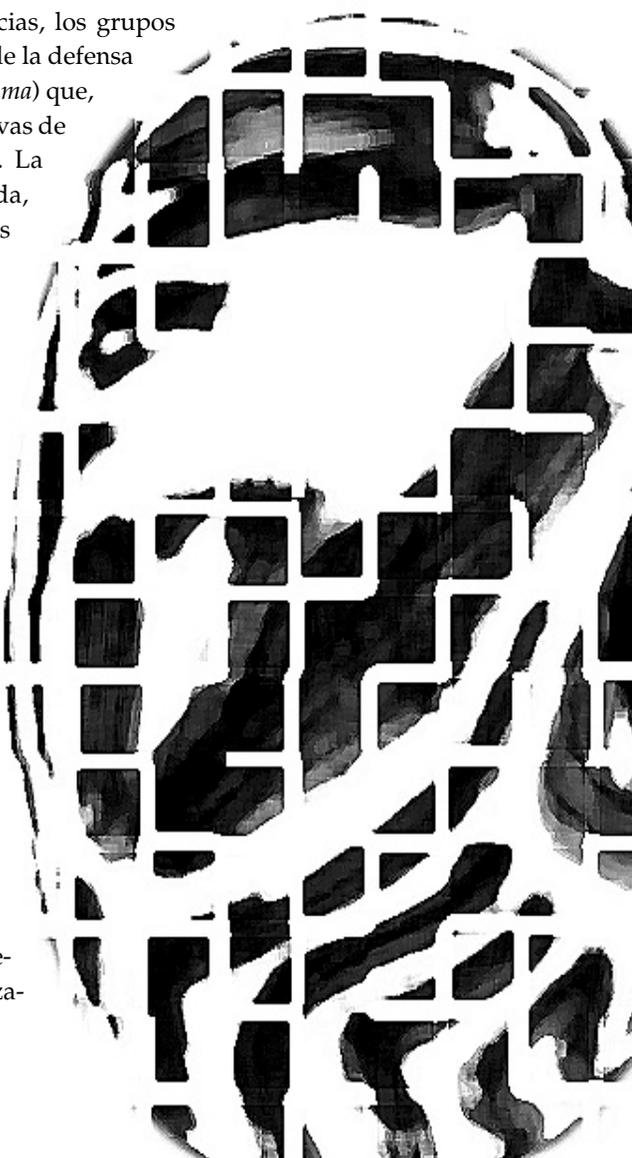
cha antisoviética y la experiencia de guerra de grupos locales (en Egipto p. ej.) para internacionalizar y descentralizar la lucha en nombre del islam.

Islamismo y guerra de representaciones

Surge el interrogante de saber por qué varios grupos armados islamistas han decidido entrar en guerra contra las otras religiones e inclusive musulmanes, presentados como «enemigos» del islam e «infiel». Los móviles son de una gran heterogeneidad. Nos limitaremos a mencionar dos, complementarios a los hechos.

A pesar de sus múltiples divergencias, los grupos islamistas se cohesionan alrededor de la defensa de la «comunidad de creyentes» (*umma*) que, para retomar las estrategias discursivas de sus actores, parece «amenazada». La *umma* es una comunidad imaginada, casi mítica, como si los musulmanes de todas las nacionalidades formasen una entidad unida, libre de tensiones. Luchar por la *umma* es una manera de darle un referente identitario y un imaginario colectivo de alcance transnacional (desterritorializado) a la lucha armada. En segundo lugar, la decisión de entrar en guerra contra países occidentales, entre los cuales figura EEUU, se justifica por las agresiones contra ciertos territorios del islam: intervención militar en Irak (1991); ocupación de Arabia Saudita –uno de los lugares sagrados del islam– por fuerzas no musulmanas; y política de apoyo a Israel en el conflicto contra el pueblo palestino mayoritariamente islámico.

En otras palabras, estos móviles revelan un doble proceso de territorializa-



ción (segundo caso) y desterritorialización (*umma*) de la lucha librada en nombre del islam, proceso que supone una creciente «bipolarización» del mundo entre creyentes e «infieles». En efecto, varios líderes religiosos y armados radicales crean representaciones de guerra de tipo dual «amigo-enemigo» satanizando al otro⁶, que inclusive puede ser musulmán. Según ellos, el mundo se encuentra en una situación de desorden, ignorancia y no creencia. Recurren a la

***estos móviles
revelan un
doble proceso de
territorialización y
desterritorialización
de la lucha librada
en nombre del islam***

imagen de sociedad preislámica (anterior a Mahoma) de *djahilliya* para insistir en la necesidad de (r)establecer los preceptos de la religión de Alá por vía de las armas. De allí viene en parte la justificación avanzada por islamistas como Bin Laden, de luchar contra regímenes políticos musulmanes acusados de ser corruptos y de haberse distanciado del islam, mientras que la tradición islámica no permite la confrontación entre

musulmanes. Estos se ven así «desposeídos» de su condición de fieles para entrar en la categoría genérica de «infieles» bajo la denominación de «hipócrita», *taghut*⁷ o «no creyente» al lado de los cristianos y judíos, que según el Corán no son enemigos del islam.

Finalmente, es la interpretación maniquea del mundo y de la religión musulmana de algunos islamistas que da una visión errónea de esta religión. El islamismo va en contra del carácter plural y tolerante del islam aunque los islamistas pretenden defenderlo al llamar a la *yihad* armada. Concepción de la *yihad* a la cual no adhiere la mayoría de los musulmanes, mostrando así que la guerra conducida en nombre del islam no se parece a una lucha entre supuestas civilizaciones musulmanas y occidentales.

6. Es interesante anotar que esta operación de demonización del enemigo aparece también en la retórica de quienes se oponen a los islamistas, como el presidente Bush en su lucha contra Bin Laden. Fenómeno recíproco que remite a la «construcción» social y a la deshumanización del enemigo para luego legitimar el uso de la fuerza en su contra.

7. Figura pagana presente en el Corán, hoy percibida como una expresión del Mal.

¿Apocalipsis? ¡Now!

Jean Meyer

Sería un error afirmar que Bin Laden representa el islam, como también lo sería sostener lo contrario. Hay una parte del islam que se resiste a la secularización, y todavía considera al Estado y la política como esferas de la religión. La preeminencia de una de las partes sobre el resto será decisivo para los próximos tiempos.

Nos guste o no, en los últimos 30 años, la mayoría de los actos terroristas han sido realizados por hombres salidos de países musulmanes. ¿Existe una relación entre islam y terrorismo? La pregunta va en serio y para contestarla hay que afirmar primero varios puntos. La cronología es esencial: «Los últimos 30 años». Hubo una época, entre 1870 y 1919, en la que decir «ruso» significaba decir «posible terrorista». Ni antes ni después funciona la ecuación *ruso = terrorista*; por lo mismo, no hay para todos los tiempos y todos los lugares una regla *musulmán = terrorista*.

Segundo punto: en los últimos 2.000 años los tres grandes monoteísmos parientes, y también el budismo y el hinduismo, han engendrado, con una ambigüedad tan perfecta como constante, lo mejor y lo peor; entre lo peor, las sectas apocalípticas. Tienen en común una lectura «pura» (eso dicen los sectarios) y dura de las «escrituras sagradas», una voluntad de regresar a una pureza original, primitiva, negando asimismo la historia; hablar de secta no es decir que el número de sectarios es pequeño; pueden ser poquísimos o numerosos, lo decisivo es su voluntad de «cortarse» de la sociedad presente, de destruirla para, después de la purificación a sangre y fuego, construir un nuevo mundo. Su impaciencia explica su violencia destinada a precipitar la marcha de la historia, para aniquilar la historia misma. Ahí está el iconoclasmo bizantino, contempo-

Jean Meyer: historiador-investigador del Centro de Investigación y Docencia Económica - CIDE, México.

Palabras clave: islam, Osama Bin Laden, política internacional.

ráneo del éxito inicial del islam vecino, el catarismo bogomil, el anabaptismo de Alemania y, muy recientemente, cierta tentación milenarista entre los guerrilleros católicos de una teología de la revolución, mal disimulada detrás de una legítima teología de la liberación. Eso en una Centroamérica que empieza en el sureste mexicano, entre 1965 y 1995. Así en todas las casas se cuecen habas.

Tercer punto: la secta apocalíptica no necesita de religión, puede ser política como la populista o la secta social-revolucionaria rusa, cuando la política se transmuta en religión: comunismo, fascismo, nacional-socialismo con su hiper-

***la secta apocalíptica
 no necesita de religión,
 puede ser política
 como la populista
 o la secta social-
 revolucionaria rusa***

secta de los nazis entre los nazis, la «orden negra» de la S.S. Esta última precisión nos lleva a pensar que en la presente galaxia, nebulosa terrorista globalizadora y mundialista, la misma que denuncia la globalización, figuran sectas apocalípticas que no son ni judaicas, ni cristianas, ni musulmanas, sino que bien pueden aliarse con las anteriores

en lo que Adam Michnik propone llamar un Fundintern, una Internacional Fundamentalista; a Ilich Ramírez, alias Carlos, alias El Chacal antes de convertirse al islam, no lo movía ninguna religión; a los terroristas alemanes de la Rote Armee Fraktion, a los brigadistas italianos, a los franceses de Acción Directa, a los japoneses, etc., tampoco. Sin contar con las alianzas momentáneas o duraderas con los terrorismos nacionalistas grandes y chicos, y con los juegos de los servicios secretos. En común todos tienen la voluntad tan vieja como el mundo de provocar el crepúsculo de los dioses para que surja una nueva tierra purificada, y todos gritan: ¡Apocalipsis, ahora!

Ahora bien, el historiador debe recordar, sin el menor prejuicio anti-islámico, que la tentación apocalíptica ha sido más fuerte en tierra islámica, más recurrente que en otras tierras, por una relación especial con el poder. El poder y la violencia pueden encontrarse explícitamente marginados, como en el budismo, o separados de la religión, según el principio de «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», como en el cristianismo. Podría darse en el islam, pero el proceso empieza apenas ahora en el seno de la muy reciente diáspora en el mundo occidental (que los musulmanes llaman con razón «cristiano») y falta un tiempo para que sea aceptada esa separación de los reinos. Si bien fue afirmada desde el primer día en el cristianismo, a los cristianos les costó siglos, si no es que milenios, y sangre y conflictos para entender el mensaje. La naturaleza del islam es «la sumisión a Alá», y sobre ese pilar se ha construido históricamente el poder musulmán. Esa sumisión incondicional se en-

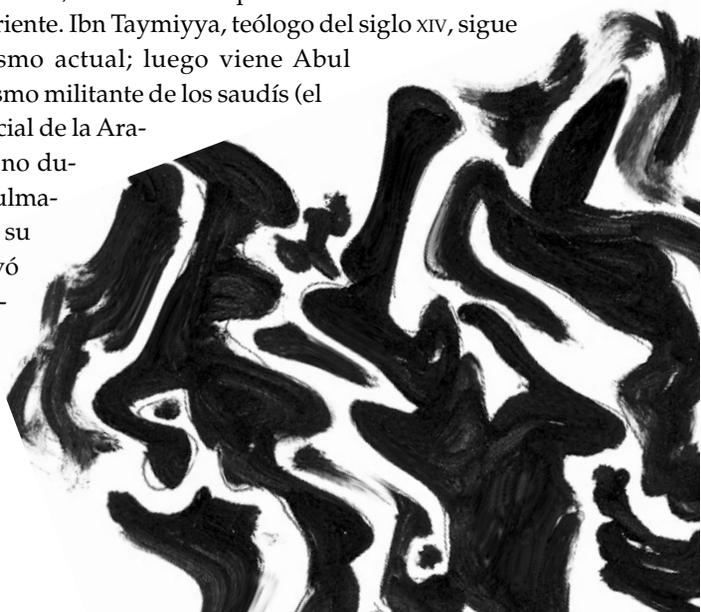
cuentra compensada en la esfera pública con el poder otorgado a los creyentes, a la comunidad de los creyentes (la *umma* islámica), sobre los que no lo son. Y en la esfera privada por el poder que Dios concede al hombre sobre la mujer. Ha existido, existe y lo más probable es que se desarrollará un islam benévolo y generoso, pero la realidad es que el espíritu combatiente que anima a todo radicalismo musulmán se fundamenta en la lectura del Corán:

La recompensa de quienes combaten a Dios y a su enviado ... consistirá en ser matados o crucificados, o en que les corten las manos y pies opuestos, o que sean expulsados de la tierra que habitan. Esta será su recompensa en este mundo (V, 37-33).

Si no se apartan de vosotros, ni ofrecen la sumisión, ni dejan en reposo sus manos, entonces cogedlos, matadlos donde los encontréis. Os damos sobre esos un poder manifiesto (IV, 93-91). (Traducción de Juan Vernet.)

La consigna es clara: los que se oponen a la dominación del islam deberán ser vencidos, y la tolerancia funciona solo cuando el no creyente acepta la subordinación definitiva. La gran mayoría de los musulmanes contemporáneos no tiene nada que ver con el terrorismo de la nueva secta apocalíptica, que sin embargo se inscribe en la continuación de una larga tradición. Unos pocos ejemplos: entre 1061 y 1147, los monjes-guerreros almorábitas, desde sus conventos del actual Senegal-Mauritania, conquistaron Marruecos y Andalucía, «purificando» una cultura urbana y tolerante que consideraban una traición al islam. Les tocó a su vez ser «purificados» después de su «decadencia» por los almohades (1147-1269), según el mismo esquema y la misma geografía. Así empezó el lento final de la España multirreligiosa y multicultural.

Mientras, en 1190, al otro extremo del mundo musulmán, Hassan al Sabbah fundaba su secta apocalíptica, la de los «hashishin», llamados a una siniestra y eterna celebridad: asesinos suicidas, temidos tanto por los musulmanes como por los cristianos del Medio Oriente. Ibn Taymiyya, teólogo del siglo XIV, sigue inspirando al fundamentalismo actual; luego viene Abul Wahhab, el padre del puritanismo militante de los saudíes (el wahhabismo es la doctrina oficial de la Arabia Saudita). El y sus huestes no duraron en exterminar a los musulmanes que calificaban de infieles; su radicalismo implacable los llevó a tomar La Meca a sangre y fuego y a destruir todo lo que consideraban «ídolos», incluso la tumba del profeta... De manera que la destrucción de



los budas gigantes de Bamyán, sugerida en 2001 por Bin Laden, el árabe wahhabi, a sus amigos del Afganistán talibán no debería sorprender.

Bin Laden (debería escribirse Ben Laden o Bin Ladin) desde su evidente modernidad, niega a ésta y pretende borrar la historia para recuperar la pureza mítica de un islam primordial. ¿Pero de dónde viene ese hombre y por qué ese aparente regreso a un pasado que pudo haber pasado? Otra vez el recurso a la historia es necesario. Hace 40 años el mundo árabe era americanófilo y vibraba de entusiasmo para el proyecto de socialismo pan-árabe del joven oficial Gamal Abd el Naser; la cumbre de la popularidad de Estados Unidos se sitúa en el

***Decir que Bin Laden
 no es el islam o que es
 una parodia del islam
 es un error;
 no es todo el islam
 pero es parte de él***

otoño de 1956, cuando EEUU obliga a Inglaterra, Francia e Israel, coligados contra un Naser que había nacionalizado el canal de Suez, a evacuar los territorios ocupados en una guerra-relámpago. En ese momento nadie hablaba del islam, nadie confundía la religión con la política, la hora era del nacionalismo, del desarrollo, de la modernización, de

la emancipación de la mujer. Naser mandaba a colgar al fundador de la secta fundamentalista de los Hermanos Musulmanes, de los cuales el brazo derecho de Bin Laden es hoy el heredero (el egipcio Zawahiri, quien participó en la organización del asesinato en 1981 de Anuar al Sadate, heredero y continuador de Naser).

Todo cambió con la Guerra de los Seis Días y la derrota (1967) de Naser frente a Israel. Se esfumó la ilusión de una rápida solución de los problemas y empezó a gestarse un sentimiento radical de ira hacia EEUU. Había que buscar un culpable: Israel estaba en primera fila y detrás de él, sus protectores (Occidente). Cuando desapareció la URSS, otro objeto de la ira árabe, puesto que era el principal enemigo de un islam que durante 70 años había perseguido con saña, como todas las religiones, Occidente y ese super-occidente que es EEUU, heredó toda la carga de odio (y amor) árabe y musulmán. Intento decir que ese proceso es reciente, que es histórico y por lo tanto reversible.

Decir que Bin Laden no es el islam o que es una parodia del islam es un error; no es todo el islam pero es parte de él. Ahora bien, las autoridades espirituales musulmanas de América y de Francia, representantes de un islam geográficamente muy reciente, han demostrado en sus declaraciones que se está gestando un islam sublimado que descubre la separación de los reinos y no tiene nada que ver con Fundintern. Esa es nuestra esperanza.

Violencia y globalización

El tiempo abierto con el ataque terrorista y sus consecuencias permite entender mejor esta nueva época de globalización sin el poder hegemónico de Estados Unidos. La reinstalación del nacionalismo como valor principal puede opacar otros como democracia, justicia y derechos humanos que se han impuesto a lo largo de los años. En este marco, una primera hipótesis aproximativa sería que cualquier acción imperialista en un mundo globalizado puede constituirse en fuente potencial de conflicto.

Renato Ortiz

Cualquier reflexión a partir de un acto de violencia siempre es polémica y difícil. Frente a la brutalidad del hecho, la mente oscila entre la facultad de comprensión y la reprobación ética. Para evitar malentendidos digo desde el inicio: el ataque al World Trade Center, segando la vida de miles de inocentes, es un acto condenable. Como todo atentado contra la población civil –bombardeo de las ciudades europeas durante la Segunda Guerra Mundial, bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, napalm en Vietnam, masacres étnicas en Africa– no podemos ser conniventes con ello. Pero la condena moral, no obstante su intención, no nos ayuda a comprender lo que ha pasado. La indignación no puede cegarnos al punto que desconozcamos el significado del evento. Por eso, cualquier explicación del tipo «se trata de la obra de», «fanatismo», «un acto irracional», «un comportamiento psicótico», nada añade a lo que se quiere analizar. Categorías como esas tienen tal vez una compensación psicológica frente a lo que ocurrió, pero difícilmente aprehenden la intención del asunto. La violencia no es algo gratuito (como nos gustaría que lo fuera), pues se inserta en la lógica de la sociedad. Como el crimen para Durkheim, la violencia es

Renato Ortiz: profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Estadual de Campinas, Unicamp; autor, entre otros títulos, de *Mundialización y cultura y Otro territorio*.

Palabras clave: globalización, violencia, nacionalismo.

un hecho social «normal», es decir, un fenómeno social significativo siendo por lo tanto sujeto de entendimiento. Esa verdad dolorosa, incómoda, es corroborada por la existencia de una formidable industria bélica, por los conflictos y por las guerras.

Mucho de lo que ocurrió puede ser considerado bajo el ángulo de la globalización. Esta es una llave importante para que entendamos el cuadro de la sociedad contemporánea. Durante los innumerables debates en los cuales he participado a lo largo de la década de los 90, solía decir que,

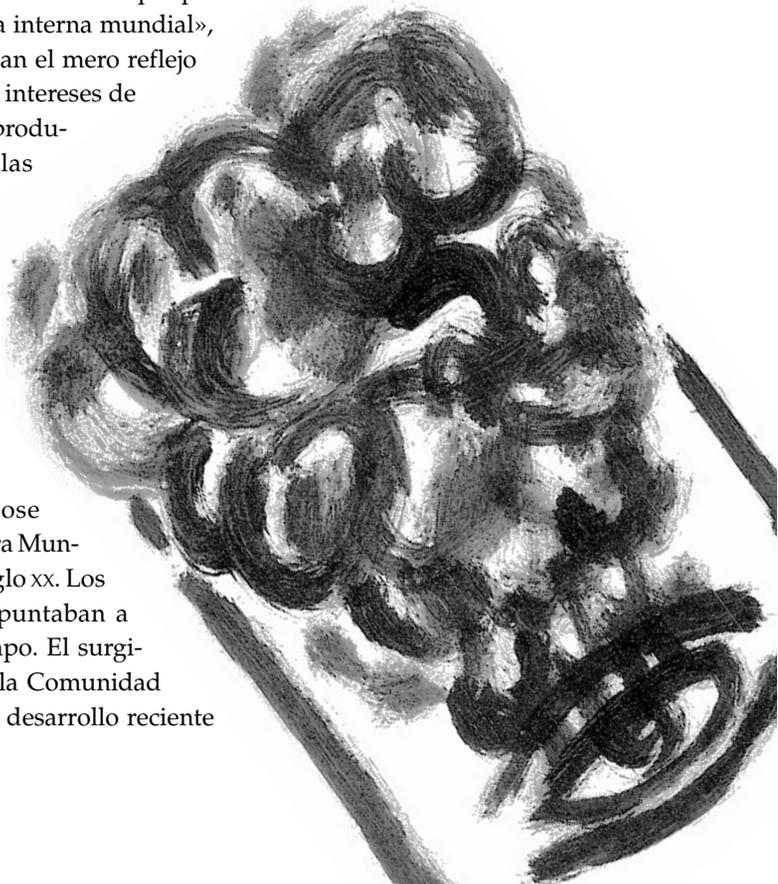
*El «orden»
mundial
que inaugura
este siglo XXI
no dispensa
la presencia de
la violencia
sino que
la redistribuye*

entre la caída del muro de Berlín y la guerra del Golfo, yo prefería esta última como marco de una nueva época. La debacle soviética determinó más el fin de un orden que el inicio de otro.

La guerra del Golfo ya traía los gérmenes de algo desconocido. Fue una acción militar orquestada en el seno de una organización internacional (ONU), había un enemigo claro a ser abatido, y la voluntad de una acción colectiva realizada en nombre de «todos» los países del planeta. La invasión a Irak (no tengo la menor intención de justificarla) contó incluso con el apoyo del mundo árabe, y si los americanos no consiguieron derrocar el régimen de Sadam Hussein fue porque las propias reglas que iniciaron el ataque (lograr que los iraquíes retirasen su ejército hacia una zona considerada ocupada) mantuvieron su validez. El conflicto se agotó cuando los objetivos fueron alcanzados, o sea, la comunidad internacional había circunscrito su legitimidad a determinadas condiciones. El atentado al World Trade Center expresa el movimiento de globalización en forma todavía más perfecta. El enemigo ya no puede ser un Estado-nación sino un grupo nómada capaz de controlar y administrar en escala ampliada un conjunto de técnicas de violencia. Sabiendo que una de las características del proceso actual es la fragilidad del Estado-nación, nos encontramos ante un evento paradigmático. Para diversos analistas este ya es considerado como el verdadero inicio del siglo XXI. Hasta fechas recientes, sobre todo en la literatura sobre las relaciones internacionales, predominaba una visión que apuntaba hacia la existencia de un «desorden mundial». Dicho de manera ingenua, tal afirmación llevaba a un entendimiento enteramente equivocado del siglo pasado. No podemos olvidar que el «orden» anterior se contuvo entre dos guerras mundiales, diversas guerras de descolonización, un primer experimento atómico, además de múltiples masacres a poblaciones civiles en las esferas de influencia soviética y norteamericana. Sin embargo, todo eso «tenía sentido» en el marco de la Guerra Fría. La noción del «orden» provenía

de la existencia de un cuadro organizado de las fuerzas involucradas, pero nada tenía que ver con una situación de paz. El «orden» mundial que inaugura este siglo XXI no dispensa la presencia de la violencia, lo nuevo es que ella se organiza en otra forma distinta al del monopolio que la confinaba a los límites de los territorios nacionales. En este sentido las fronteras de los países, la separación entre «interno» y «externo», «nosotros» y «ellos», se diluye. Quedó clara la dificultad de designar a un enemigo sin rostro, sin territorio, de detectar el centro de operaciones que desencadenó la acción militar. No hay centro, existe apenas la intención violenta amparada por una red discontinua que le otorga sustento material. Por otro lado, los norteamericanos se habían acostumbrado a pensar en sí mismos como estando «fuera» del mundo, como si todavía fuese posible trazar una línea divisoria, nítida y segura, entre «ellos» y los «otros». Esta ilusión, alimentada por una política internacional aislante, desapareció (la no participación de Estados Unidos en la Unesco, su retirada del protocolo de Kyoto, la política en el Medio Oriente, etc.), pero sería erróneo pensar que la mezcla de las fronteras se refiere solamente a «ellos»; en verdad, todos estamos involucrados. En este sentido el atentado no ocurrió en EEUU sino en una provincia del mundo. En el futuro podrá reproducirse en otros sitios. El «nuevo orden» requiere, por lo tanto, instituciones que puedan arbitrar la «política interna mundial», instituciones que no sean el mero reflejo de las ambiciones y los intereses de los países más ricos, reproduciendo, globalmente, las desigualdades existentes en la realidad.

El evento del World Trade Center simboliza también el fin del imperio norteamericano. En rigor, un dominio de corta duración, extendiéndose desde la Segunda Guerra Mundial hasta el final del siglo XX. Los análisis económicos apuntaban a eso ya hace algún tiempo. El surgimiento de Japón y de la Comunidad Europea, sin olvidar el desarrollo reciente



de China, creó nuevas zonas de producción y comercio directamente competitivas con los productos norteamericanos. El capitalismo «flexible», descentrando las unidades productivas, infligió una reestructuración radical en la economía de EEUU. La propia industria cultural, que hasta entonces reinaba sin contestación, fue obligada a redimensionar sus ambiciones. Pokemon suplantó al Pato Donald y la industria televisiva de la Comunidad Europea y la asiática (e incluso la latinoamericana) dislocaron el predominio de las series norteamericanas en las ficciones televisivas locales. Se mantuvo apenas la hegemonía de las películas de Hollywood, sin olvidar sin embargo que buena parte de sus estudios son hoy propiedad de capitales japoneses y europeos.

***En el mundo
actual
el Estado-nación
perdió su lado
«heroico»***

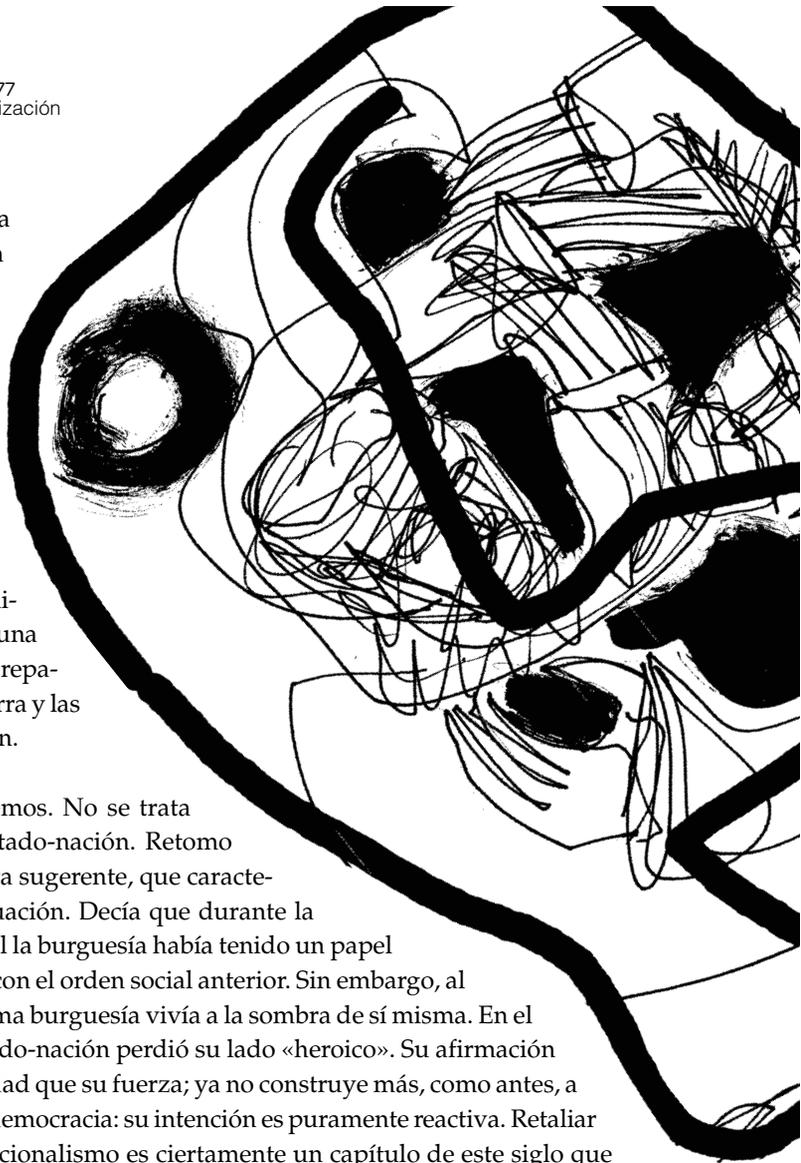
Difícilmente podríamos escribir, como lo hizo en la década de los 70 Jeremy Thunstall (un ideólogo del dominio norteamericano) que «*midia are American*».

En ese momento la preponderancia de EEUU era indiscutible. No quiero decir con esto que este país ya no tenga más importancia. Sería una equivocación. Pero las bases materiales para ejercer su dominio de deshicieron. Vivimos no obstante una contradicción: frente a esas transformaciones, y contraponiéndose a ellas, la mentalidad imperialista sobrevive y se manifiesta. En 1941, la revista *Life*, con orgullo y autoconfianza, decía: «Norteamérica es el centro dinámico de los trabajadores de la humanidad. Norteamérica es el buen samaritano. Norteamérica es la fortaleza de los ideales de la Libertad y de la Justicia». Versión popular y apologística del norteamericanismo. Hoy el lema, «Quien no está con nosotros está en contra» es de otra naturaleza. Su función es meramente reactiva. La convocatoria a la guerra del presidente Bush, la voluntad del retaliación a cualquier costo, la oposición entre el «bien» y el «mal», la descalificación de la civilización islámica, son parte de esta mentalidad beligerante, lo que nos lleva a una primera conclusión: EEUU se torna una amenaza mundial, pues la búsqueda de una compensación al ataque perpetrado puede poner en marcha otro peligroso mecanismo para la convivencia planetaria. Dicho en términos más abstractos: cualquier acción imperialista en un mundo globalizado, es fuente potencial de conflicto. Se sigue de esta argumentación su corolario: la reinstalación del nacionalismo, pues, al fin y al cabo, el concepto de imperialismo se fundamenta en la idea de la centralidad de la nación. En la discusión sobre la globalización, el nacionalismo es muchas veces visto como un freno al proceso de integración, como si fuera capaz de reafirmar la autoridad del Estado-nación ante su debilitamiento. Ejemplo: la fragmentación de las antiguas repúblicas soviéticas. En verdad, debemos pensar las cosas desde el punto de vista inverso. El nacionalismo norteamericano, liberado por los sangrientos acon-

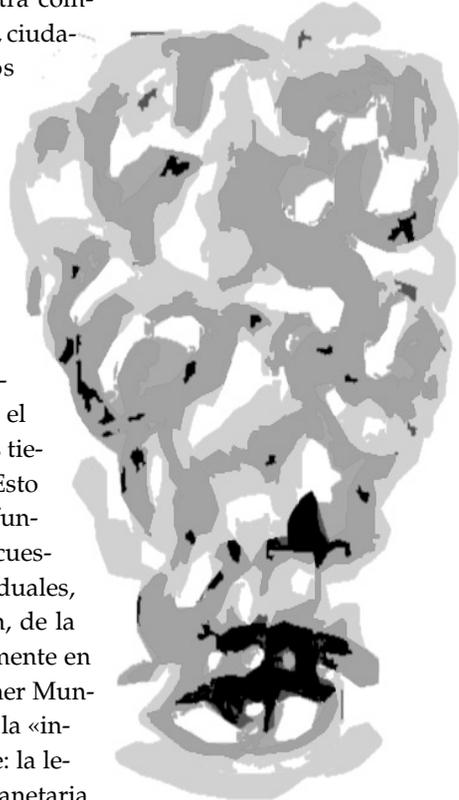
tecimientos de Nueva York, no escapa a la regla. Frente a la imposibilidad de una acción inmediata –no se sabe dónde se encuentra el enemigo– la retórica nacional actúa como conciencia colectiva uniendo a los individuos en el pánico. Ella todavía tiene una función ideológica, preparar al país para la guerra y las medidas de excepción.

Pero no nos ilusionemos. No se trata del «retorno» del Estado-nación. Retomo de Marx una metáfora sugerente, que caracteriza bien nuestra situación. Decía que durante la Revolución Industrial la burguesía había tenido un papel «heroico» al romper con el orden social anterior. Sin embargo, al final del XIX, esta misma burguesía vivía a la sombra de sí misma. En el mundo actual el Estado-nación perdió su lado «heroico». Su afirmación revela más su fragilidad que su fuerza; ya no construye más, como antes, a la sociedad civil y la democracia: su intención es puramente reactiva. Retaliar para afirmarse. El nacionalismo es ciertamente un capítulo de este siglo que se abre, desmintiendo la tesis apresurada de la desaparición del Estado-nación, pero su cara y su significado cambiaron de sentido.

Por último la cuestión de los valores. El advenimiento de la modernidad-mundo se relaciona con el surgimiento de un territorio público en amplia escala que trasciende y atraviesa los espacios locales y nacionales –particularmente la televisión– tornándose cada vez más importantes. Satélites, cables, computadoras, fibras ópticas, transnacionalización de las empresas de comunicación, son factores determinantes en el cuadro político actual. No es sin razón que las ONGs, especie de metáfora del quehacer político en el ámbito global, se identifican con el uso de las «nuevas tecnologías» (utilización vista usualmente como «alternativa»). También es sintomático que se inicie en este siglo XXI un debate



sobre una posible «democracia cosmopolita», una «sociedad civil mundial», una «ciudadanía mundial», es decir, temas extensivos al planeta como un todo y ya no más circunscritos a las fronteras del Estado-nación, que envuelve actores diferenciados, ONGs, movimientos ecológicos, religiones. Es significativo constatar que en los últimos años la discusión sobre la ética haya resurgido en términos planetarios. En la década de los 90 la Unesco organizó dos debates sobre «ética universal» y su relación con la temática de la globalización (París, marzo de 1997; Nápoles, diciembre de 1997). El filósofo Karl Apel ha insistido sobre la necesidad de que los problemas mundiales sean ecuaciones que parten de una base común de valores compartidos por «todos». El libro de Edgar Morin, *Patria Tierra*, expresa el mismo estado de ánimo. Como los problemas ambientales existentes tienen una envergadura planetaria, sería urgente, según el autor, construir una plataforma común de valores éticamente compartidos. Podemos leer esa discusión de varias formas, concordando o no con los puntos de vista presentados. A veces me da la impresión de que el énfasis en la ética significa dejar a la política de lado; sin embargo, me gustaría subrayar que en el cuadro actual este debate se encuentra comprometido. Valores como democracia, ciudadanía, libertad, están amenazados cuando en el plan mundial el tema de la seguridad adquiere una dimensión desproporcionada. Todo ocurre como si estuviésemos asistiendo al surgimiento de una «ideología de seguridad», ya no nacional, como la conocíamos en Brasil en la época de la dictadura militar, sino mundial. Frente a una violencia ilegítima (los actos terroristas) y otra orquestada por el poderío militar, los ideales anteriores tienen poco espacio para manifestarse. Esto no es solamente inquietante, sino profundamente peligroso. Por lo tanto, las cuestiones del abuso a los derechos individuales, de la xenofobia, de la discriminación, de la desigualdad, que vivimos cotidianamente en nuestras ciudades (del Tercer al Primer Mundo), son traducidas en el lenguaje de la «inseguridad» con una respuesta simple: la legitimación de la violencia en escala planetaria.



Los civilizados y los bárbaros

Edgardo Lander

Los debates públicos posteriores al 11 de septiembre de 2001 muestran cómo los dispositivos clasificatorios coloniales preservan su eficacia operativa. Se ejerce un monopolio discursivo que distribuye valores y argumentos de convalidación y condena. Una de las consecuencias de la experiencia colonial es la interiorización, por parte de los dominados, de la inferioridad donde los pone el discurso dominante.

Todo acto de terrorismo realizado en contra de civiles inocentes es un atentado brutal contra la vida y la dignidad humana. Aun en los casos en los cuales éste sea realizado en nombre de los dominados y los oprimidos, es una imposición no democrática que trae como consecuencia el sometimiento de los oprimidos a nuevas formas de violencia y subordinación, frenando el desarrollo de sus luchas. Habría que preguntarse, sin embargo, si la indignación moral que recorrió al mundo ante los atroces acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 fue formulada desde una plataforma ética universalista de rechazo a toda violencia terrorista, en defensa, por igual, de la dignidad y la vida de todos los seres humanos. Lamentablemente no ha sido así. Es comprensible y está desde luego más que plenamente justificado que se produzca una profunda, sentida y generalizada indignación ante la matanza de miles de hombres, mujeres y niños. Sin embargo, cabe interrogarse por qué no se produce una reacción moral similar con otros muertos y otras expresiones tanto coyunturales como más cotidianas del sufrimiento humano en otras partes del mundo. ¿Será que hay unos lugares ocupados por seres humanos superiores que no es concebible matar, mientras hay otros inferiores susceptibles de dicha suerte? En las versiones más ampliamente divulgadas por los medios, esta indignación moral ha sido construida desde un lugar privilegiado de enunciación de sentido que expresa la continuidad básica del contenido racista y colonial que ha caracterizado al conocimiento eurocéntrico a lo largo de los últimos cinco siglos.

Una dimensión constitutiva medular de este régimen de saberes es el sistema global de clasificación racial que sistemáticamente, y por todas las vías posibles, ha establecido la superioridad de unos seres humanos (blancos, civilizados, occidentales, desarrollados), y la inferioridad de otros (negros, indios, orientales, salvajes, primitivos, tradicionales, subdesarrollados). Si algo resulta notorio en los debates públicos posteriores al 11 de septiembre ha sido la medida en la cual estos dispositivos clasificatorios coloniales preservan su eficacia operativa. Hay tres aspectos centrales de las relaciones entre *saber* y *poder* que atraviesan explícita o implícitamente el imaginario global de la *guerra contra el terrorismo* que merecen especial atención.

En primer lugar, se confirma que los medios de comunicación globales se han convertido en los lugares desde los cuales se construye toda *realidad significativa*. Lo que no pasa por las pantallas de la televisión global –especialmente CNN– no ocurre, no importa, no forma parte de la realidad, no entra a alimentar nuestra memoria. No se trata de una elaboración ingenua de la realidad: está condicionada por las experiencias de vida e intereses de las minorías metropolitanas y de los centros del poder político y económico global. La mayoría de los acontecimientos humanos son meros hechos «locales» que, como tales, no entran en la historia ni en la conciencia global. Otros acontecimientos, igualmente locales, pero que se producen en otros sitios (considerados más importantes) son transformados en hechos globales. No se experimenta el mundo de la misma manera desde los campamentos de refugiados palestinos que desde los restaurantes de Manhattan y las oficinas de *The New York Times*.

En segundo lugar, en el conocimiento que se produce desde el poder continúa siendo medular la construcción racial jerárquica de los seres humanos. No todos los seres humanos parecen ser igualmente humanos. Hay unos que valen mucho, y otros que valen poco o nada. Hay habitantes del Sur (como los indígenas guatemaltecos, o campesinos africanos o del sur de Asia) que pueden morir por millones, por causas fácilmente evitables, o incluso como consecuencia directa de acciones de los centros mundiales de poder, y sin embargo ese sufrimiento humano es anónimo, gente sin cara, sin nombre, sin familia, sin historia; cuando más, estadísticas que cuentan cosas, no a seres humanos. No parecen haber merecido el estatuto de humanos los 500.000 niños que se calcula han muerto en Irak como consecuencia del bloqueo de los «aliados».

Una de las consecuencias más perversas y devastadoras de la experiencia colonial es la interiorización por los dominados de la inferioridad en que los ubica el discurso dominante. Es éste el dispositivo que opera cuando en América Latina se produce una indignación (plenamente justificada) por la masacre ocurrida en el Norte, que contrasta fuertemente con la indiferencia con la cual se reacciona ante las muertes y sufrimiento humano ocurridas en los propios territorios, especialmente si se trata de poblaciones indígenas o pobres.

El valor otorgado a los seres humanos depende no solo de su lugar en el régimen clasificatorio colonial, sino igualmente de su circunstancial ubicación geopolítica. Los kurdos pueden ser catalogados como seres humanos cuya dignidad tiene que ser protegida si son víctimas de Sadam Hussein. La misma población kurda desaparece por completo del radar de la preocupación humanitaria cuando son víctimas del genocidio llevado a cabo por un régimen de la OTAN como el gobierno de Turquía¹. Cuando Silvio Berlusconi, primer ministro italiano, afirma que la civilización occidental es superior al islam, y el presidente Bush caracteriza la guerra como una *cruzada* –con sus inevitables referencias a una confrontación global entre *cristianos e infieles*– solo cometen la indiscreción de decir públicamente lo que constituye el supuesto básico de todo el imaginario de la llamada guerra contra el terrorismo: la oposición maniquea entre *civilización y barbarie*, entre el *bien* y el *mal*, entre los superiores seres humanos de *Occidente* y los *otros*.

Una tercera dimensión del actual monopolio de la producción de sentido se refiere a la complicidad básica e inevitable del lenguaje en la construcción y el ejercicio del poder, esto es, la dimensión semántica de la guerra global. El significado de las palabras, de los conceptos, incluso de las categorías morales del bien y el mal depende del lugar desde el cual éstas son enunciadas. La *nueva lengua* tan agudamente caracterizada por George Orwell, ya hace más de medio siglo, es una dimensión constitutiva del ejercicio del poder global contemporáneo.

El uso que se hace de los conceptos de *fundamentalismo* y *terrorismo* en el debate internacional es, en este sentido, particularmente ilustrativo. El fundamentalismo, con toda su carga de negatividad, se refiere siempre a *otros*, actualmente al fundamentalismo en el islam. Por ello la derecha religiosa norteamericana, a pesar de su profunda intolerancia, no es incluida en la categoría fundamentalista.

¹ En apoyo a esta guerra contra los «terroristas» kurdos el gobierno de Turquía se convirtió en el tercer receptor de armas estadounidenses, después de Israel y Egipto. Noam Chomsky: «Injusticia infinita: la nueva guerra contra el terror» en *La Jornada*, 7/11/01, México.

Tampoco la pretensión vaticana de imponer en forma universal su moral sexual que, negando el acceso a la educación sexual y a los derechos reproductivos de la mujer, aunque ello contribuya a la miseria de millones de seres humanos y a la propagación del sida, podría ser catalogada de fundamentalista. Carece de sentido, desde esta perspectiva catalogar de fundamentalista a la visión mecánica y unilateral según la cual todas las dimensiones de la vida individual y colectiva deben ser sometidas a la lógica inexorable del mercado –independientemente de sus costos humanos.

El concepto de terrorismo no se refiere de modo alguno al carácter de la acción misma (muerte de civiles inocentes producida mediante actos violentos). Está definido estrictamente en términos de quién realiza la acción. Si es una acción ejecutada desde el poder –el Estado de Israel– nada tiene que ver con él. Se trata en este caso de la defensa de la libertad, del mundo libre, de la civilización, de Occidente. Los grupos que organizan la resistencia palestina a la ocupación militar de sus territorios son necesariamente terroristas. Las acciones de la «contra» en la Nicaragua sandinista y del talibán contra el *imperio del mal* soviético en Afganistán, son ejemplos de *freedom fighters*, herederos de la gloriosa gesta de la independencia de Estados Unidos, parte de la lucha universal del bien contra el mal. Poco importa cómo es la acción, ni cuántos muertos civiles e inocentes produce. Si, y este es el caso de los talibanes, los mismos grupos que han sido entrenados, financiados y armados por las agencias de seguridad de EEUU, utilizan esos mismos métodos de lucha en contra de intereses occidentales, pasan en ese mismo instante de la gloriosa categoría de luchadores por la libertad a la categoría execrable de terroristas, seres quienes «por sus propias acciones se han divorciado de los elementos que definen la civilización»².

Desde su privilegiado lugar de enunciación, el gobierno estadounidense asume para sí el derecho exclusivo de definir quién es o no terrorista. El etnocentrismo y la lógica amigo/enemigo no son patrimonio exclusivo del mundo colonial/imperial contemporáneo. Sin embargo, sus consecuencias son otras cuando, desde la extraordinaria concentración de poder económico, político y militar existente hoy en el planeta, se establece por primera vez en la historia un alineamiento obligado para todos: «En esta guerra no hay lugar para la neutralidad, o se está con nosotros o se está con el terrorismo». Todo país que no le

² Palabras del presidente Bush en Shanghai en ocasión de la cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), en *The New York Times*, 21/10/01.

dé su apoyo expreso a EEUU se convierte en terrorista o sospechoso de fomentarlo o cobijarlo. La guerra global contra el terrorismo es, en estas condiciones, parte de un proceso de recolonización del mundo.

Edgardo Lander: sociólogo venezolano, investiga temas relacionados con geopolítica del conocimiento, eurocentrismo, teoría democrática, democracia en América Latina, ciencia, tecnología y política. Último libro publicado (como editor): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Unesco / Clacso, Buenos Aires, 2000.

Palabras clave: eurocentrismo, hegemonía discursiva, racismo, colonialismo.

Política de la memoria y Estados terroristas

Estamos frente a una exacerbación de los efectos del poder y de las formas del terror. Esto merece una contextualización crítica, de manera de revelar otra lectura de la política global. En este artículo se consideran algunos efectos claves de la actuación de EEUU en el mundo, en el sentido de sus intervenciones geopolíticas, y también, se analizan una o dos dimensiones históricas de la cuestión palestino-israelí, relacionadas con el papel imperial desempeñado por Gran Bretaña, hoy el «socio menor» de la superpotencia solitaria. En ambos casos el objeto es problematizar asuntos del poder, el terrorismo y la memoria, y contribuir a localizar el antagonismo contra el dominio occidental que está tan justificadamente arraigado en las diversas regiones del Sur global.

David Slater

A raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, el futuro geopolítico del mundo ha sufrido una transformación. En ese cambio Estados Unidos tendrá un lugar cada vez más central, como también las relaciones entre Occidente y el resto del planeta. Al mismo tiempo, aquello que hoy se enfatiza como crucial, va a ser siempre un reflejo del complejo entrelazamiento de una política de la memoria con una política del olvido. En un debate reciente en torno de la política exterior estadounidense, Carlos Fuentes comentaba que «Estados Unidos de Amnesia» podría ser un nombre más apropiado para EEUU. Sin embargo, ¿en qué medida es puntual esa descripción? Quizás sería

David Slater: profesor del Departamento de Geografía de la Universidad de Loughborough, Inglaterra.

Nota: Este artículo se publicará en *Soundings* en enero de 2002.

Palabras clave: colonialismo, memoria, Estados Unidos, Gran Bretaña, Palestina.

más pertinente caracterizar una memoria oficial que diferencia entre sucesos que recuerda, tales como la Declaración de la Independencia, Pearl Harbour y el fin de la guerra de Vietnam, y otros que habitualmente consigna al olvido. Está claro que lo vital aquí es la pugna en torno de lo que se recuerda y con qué propósito, y lo que se olvida y por qué. Por ejemplo, cuando Silvio Berlusconi destaca lo que para él es la superioridad de los valores occidentales, o cuando Francis Fukuyama declara que «Occidente ganó», en su fábula sobre el fin de la historia, se está reactivando y refortaleciendo una visión colonial más antigua de la realidad mundial¹.

Lo que sigue siendo vital para desplegar cualquier poder geopolítico es la construcción de un conjunto de significados, valores y aspiraciones para legitimar tal despliegue. En este momento se está integrando nociones de «civilización», «democracia», «libertad» y «justicia» para justificar la guerra contra el terrorismo. Ese terrorismo se atribuye de modo inmanente al otro, ya sea en forma de una oscura red de «fundamentalistas islámicos» o de una lista *made-in-USA* de «Estados villanos»². «Terrorismo» es lo que se comete contra «nosotros en Occidente» mientras perseveramos en nuestra misión benéfica de transferir nuestros valores y prácticas superiores al receptor no occidental. Declarar la guerra al otro que osa retaliar con terror es parte intrínseca de esa misión.

El imperio y sus efectos invasores

El imperio se volvió tan intrínsecamente nuestro estilo de vida americano que racionalizamos y suprimimos la naturaleza de nuestros medios en la euforia de nuestro gozo de los fines, W.A. Williams³

No veo por qué tenemos que observar pasivamente cómo un país se vuelve comunista por la irresponsabilidad de su propio pueblo, Henry Kissinger⁴

Nunca es demasiado tarde para recordar y analizar la arrogancia del poder. Cuando al día siguiente del 11 de septiembre un neoyorquino exclamaba frente a las cámaras de TV, «nosotros somos *la* superpotencia, ¿cómo se atreven a ha-

1. F. Fukuyama: «We Remain at the End of History» en *The Independent*, 11/10/01, p. 5. Para un comentario sobre Berlusconi, v. *The Guardian*, 3/10/01, p. 18, y para algunos comentarios críticos sobre la conexión colonial, v. Rana Kabbani, *The Guardian*, 9/10/01, p. 24.

2. Para dos textos recientes sobre «Estados villanos», v. William Blum: *Rogue State - a Guide to the World's Only Superpower*, Common Courage Press, Maine, 2000; y Noam Chomsky: *Rogue States*, Pluto Press, Londres, 2000.

3. *Empire as a Way of Life*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York, 1980, p. ix.

4. *New York Times*, 11/9/74, p. 14, cit. en L. Schoultz: *National Security and United States Policy toward Latin America*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1987, p. 284.

cernos esto?»), se nos estaba ofreciendo una muestra de respuesta cotidiana de orgullo lacerado ante la realidad. Pero las raíces del antagonismo hacia EEUU no se encuentran en la postulada envidia a su estilo de vida, sino en una oposición a los efectos nocivos de su estrategia estatal global de intrusión permanente. Sin embargo, a diferencia de la Europa del imperio y el coloniaje, EEUU, desde su origen anticolonial, siempre ha respaldado oficialmente la autodeterminación de los pueblos y la lucha contra el colonialismo europeo. A excepción de las Filipinas, la anexión colonial nunca ha sido la preferencia del «imperio de la libertad», pero la creación de protectorados, como en el caso de Cuba y

***es preciso
 recordar
 que EEUU
 ha intervenido
 para terminar
 con gobiernos
 democráticos***

Haití, y constantes intervenciones militares en Centroamérica y el Caribe fueron rasgos característicos del poder imperialista estadounidense en los inicios del siglo xx, aunque modificados luego en los años 30 bajo la «política del buen vecino» de Franklin D. Roosevelt⁵. En lugar de la anexión territorial, el poder geopolítico de EEUU ha afincado raíces en sus variadas capacidades (militar, económica, política), y siempre con la cooperación de sectores dominantes de sociedades

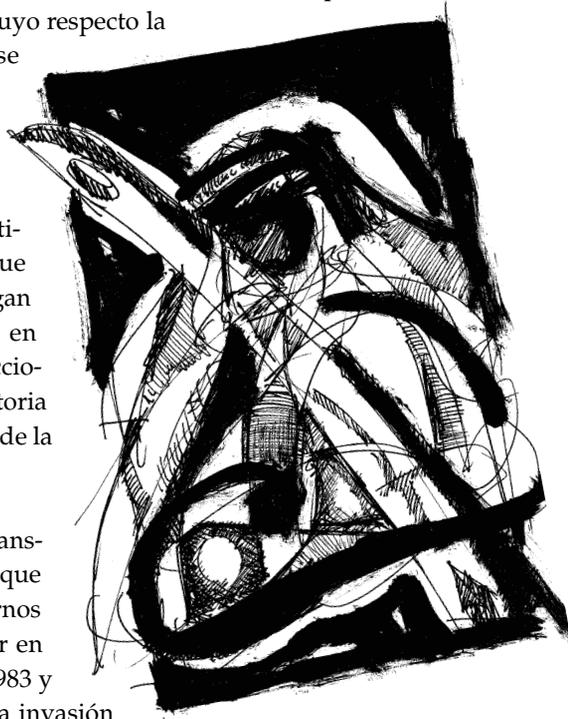
periféricas, para penetrar y reconfigurar las formas de gobierno dentro de ellas. Es necesario ilustrar esas diversas modalidades de intervención, no solo para contradecir los mitos de la narrativa gubernamental, sino también como parte de nuestro intento de fomentar una política alternativa de la memoria, y otra visión del terrorismo: el terrorismo del poder certificado. Podemos identificar siete tipos de acciones que en conjunto representan una extensa estrategia de intervención geopolítica.

1. En contraste con el muy recitado argumento de que Occidente, y en particular EEUU, han difundido y continúan difundiendo la democracia entre las sociedades del Tercer Mundo, es preciso recordar que EEUU ha intervenido para *terminar* con gobiernos democráticos que buscaban desarrollar políticas independientes del poder estadounidense. En Irán, en 1953, el gobierno de Mossadegh, un nacionalista conservador, defensor de la nacionalización de la petrolera Anglo-Iranian Oil Company y electo democráticamente, fue derrocado con un golpe de Estado respaldado por la CIA. El golpe reinstaló en el poder al Shah, dando inicio a un periodo de 25 años de severa represión, mientras la industria petrolera volvía a manos extranjeras (esencialmente anglo-estadounidenses)⁶. En forma similar, en 1954, en Guatemala, un golpe de Estado respal-

5. Para un análisis histórico reciente y cabal de la política exterior estadounidense en las Américas, v. L. Schoultz: *Beneath the United States*, Harvard University Press, Cambridge, 1999.

dado por la CIA derrocó el gobierno democráticamente electo de Jacobo Arbenz, quien había iniciado un programa de reforma agraria vigorosamente adversado por la United Fruit Company. Estados Unidos prefirió la instalación de un régimen militar a la posibilidad de un gobierno reformista y redistribuidor, que posiblemente actuaría como un ejemplo a seguir para otros países latinoamericanos. El golpe preludió un periodo de 40 años de terrorismo estatal, escuadrones de la muerte, torturas, desapariciones y ejecuciones⁷. Otras intervenciones que derribaron gobiernos democráticamente electos ocurrieron en República Dominicana en 1965, y Chile en 1973, a cuyo respecto la arrogancia del poder estadounidense se plasma en las palabras de Kissinger citadas anteriormente. En el caso de la revolución nicaragüense, el gobierno sandinista que ganó las elecciones de 1984, en comicios considerados limpios y legítimos por observadores independientes, fue desestabilizado por la administración Reagan y posteriormente perdió las elecciones en 1990. En la cobertura mediática de las elecciones de 2001 predomina el olvido de la victoria sandinista de 1984, borrada de los anales de la memoria.

2. Otras intervenciones que constituyen transgresiones de la soberanía nacional, pero que no representan derrocamientos de gobiernos electos democráticamente, tuvieron lugar en Cuba en 1961 (un fracaso), Grenada en 1983 y Panamá en 1989. En el caso panameño, la invasión estadounidense que incluyó el desembarco de 13.000 soldados, recibió el nombre clave «operación causa justa» y sus objetivos primordiales eran «defender la democracia en Panamá» y «combatir el narcotráfico». En 13 horas, aviones de guerra estadounidenses arrojaron más de 400 bombas, grandes áreas de Ciudad de Panamá fueron reducidas a cenizas y más de 10.000 personas perdieron sus hogares. Al final, el general Manuel Noriega, un ex-agente de la CIA, fue arrestado y sentenciado por un tribunal de Miami a 40 años de cárcel por conspiración para contrabandear drogas a EEUU. En el caso de Grenada, conflictos



6. V. Gabriel Kolko: *Confronting the Third World*, Pantheon Books, Nueva York, 1988, pp. 72-77.

7. Para un recuento completo de las operaciones de la CIA en Guatemala, v. Nick Cullater: *Secret History*, Stanford University Press, Stanford, 1999.

dentro del régimen radical del New Jewel Movement, culminando con la muerte de Maurice Bishop, más la presencia de una pequeña cantidad de obreros cubanos de la construcción, proporcionaron un pretexto para la intervención estadounidense y el desembarco de 6.000 *marines*. La administración Reagan justificó su invasión invocando el Artículo 6 del Pacto de Río de 1947 que, según afirmó, legitima la intervención cuando la seguridad regional está amenazada por un conflicto extracontinental o por cualquier otra situación que ponga en peligro la paz de América. Estados Unidos actuó unilateralmente conforme a sus imperativos estratégicos, y sin convocar previamente una reunión de la Organización de Estados Americanos como lo requiere el mencionado Artículo 6. Como lo expresó un autor: «la invasión ... estaba dirigida a sentar ejemplo para los que presuntamente amenazaban la seguridad nacional de EEUU»⁸.

3. La liquidación de gobiernos democráticos independientes y la transgresión de soberanías nacionales tienen su reverso: un récord histórico de respaldo a dictaduras pro occidentales. En América del Sur se brindó apoyo a regímenes militares en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en lugar de desestabilizarlos y socavarlos⁹. En África, el orden social y político represivo que impuso Mobutu en Zaire sobrevivió solamente por el fiel respaldo estadounidense después de 1965. En Angola, EEUU, junto con Sudáfrica, hizo todo lo posible para socavar el gobierno legítimo del MPLA a partir de 1975, y continuó respaldando la guerra desestabilizadora de Unita, con resultados desoladores para el futuro de la paz y la seguridad del pueblo angoleño¹⁰. En Indonesia no solo hay que recordar el papel que desempeñó Washington con su respaldo al régimen militar de Suharto después de 1965, sino también la nefasta parte que tuvo en la «solución final» para el problema del comunismo en ese país. Los cálculos del número de masacrados varían –según algunas cifras de la CIA, 250.000 muertos en un partido comunista (el PKI) con 3 millones de miembros– y la misma CIA clasificó la matanza de comunistas en Indonesia como «uno de los peores asesinatos en masa del siglo xx»¹¹.

Estos son ejemplos que resaltan como particularmente significativos en su impacto geopolítico de largo plazo, pero ha habido muchos más, como lo atestigua la historia del Medio Oriente. El punto clave aquí es confirmar el expediente histórico y quizás traer a la memoria lo que escribiera Edward Said hace

8. V. Frank Miess: *A Hemisphere to Itself*, Zed Books, Londres, 1990.

9. P. ej., en el caso del golpe militar de 1964 en Brasil, EEUU llegó a suministrar 1.500 millones de dólares durante los primeros cuatro años del régimen; v. G. Kolko: ob. cit., p. 159.

10. V. Victoria Brittain: *Death of Dignity*, Pluto Press, Londres, 1998.

11. Cit. en N. Chomsky: *Powers and Prospects*, Pluto Press, Londres, 1996, p. 195.

algunos años atrás: «rara vez en la historia de la humanidad ha habido una intervención tan masiva de fuerza e ideas, de una cultura a otra, como es hoy la de Estados Unidos sobre el resto del mundo»¹².

4. Una forma de intervención más focalizada, que muchas veces no se consigna, concierne a la política de asesinatos de la CIA, declarada ilegal en 1976 para ser reactivada por el presidente Bush a raíz del 11 de septiembre. En su informe sobre presuntos asesinatos, una comisión del senado de EEUU escribió en 1975 que no creía que los actos criminales que había examinado representaran el «verdadero carácter estadounidense», que más bien eran «aberraciones». Sin embargo, en su libro sobre EEUU como Estado villano, William Blum muestra que entre principios de la década de los 50 y mediados de los 70 hubo más de 40 incidentes registrados de conspiraciones criminales, dirigidas mayormente contra líderes del Tercer Mundo¹³. Nada más en el caso de Fidel Castro, los registros oficiales estadounidenses, publicados en julio de 1997, mostraron que durante los años 60 la CIA planeó cuando menos ocho atentados contra la vida del líder cubano, incluyendo disparos, bombas, píldoras letales y en una ocasión notoria, un tabaco explosivo¹⁴. Tampoco hay que pensar que los únicos blancos eran líderes políticos, así quedó demostrado claramente a principios de los años 70 durante la guerra de Vietnam, cuando se lanzó la «operación fénix» para «neutralizar» –arrestar o matar– a presuntos partidarios del Vietcong en Vietnam del Sur. Aldeanos inocentes fueron sistemáticamente arrestados, torturados o asesinados¹⁵.

5. La política de asesinatos puede interpretarse dentro de un marco más amplio de desacato del derecho público internacional. Más de 40 años de bloqueo a Cuba son un ejemplo. Esta estrategia fue condenada por la ONU, la Unión Europea y el Comité Jurídico Interamericano, el cual determinó que medidas tales como el embargo comercial contra Cuba violan el derecho internacional¹⁶. Como un segundo ejemplo, en el caso del respaldo estadounidense a los contras en Nicaragua, durante la década de los 80, la Corte Internacional de La Haya declaró a EEUU culpable de violar el derecho internacional y sus obliga-

12. *Culture and Imperialism*, Chatto & Windus, Londres, 1993, p. 387. Sobre el Medio Oriente, v. G. Kolko: ob. cit., pp. 69-91; y Joe Stork: «Oil, Islam and Israel: US Policy and Democratic Change in the Middle East» en Jochen Hippler (ed.): *The Democratization of Disempowerment*, Pluto Press, Londres, pp. 153-172.

13. W. Blum: ob. cit., pp. 38-42.

14. *The Guardian*, 1/11/97, p. 14.

15. V. Robert Buzzanco: *Vietnam and the Transformation of American Life*, Blackwell, Oxford, 1999, p. 103.

16. N. Chomsky: ob. cit., p. 2.

ciones de tratado con Nicaragua, y le ordenó a Washington cesar inmediatamente su intervención y negociar un acuerdo de compensación con Managua. Después de ganar las elecciones de 1990, el gobierno (respaldado por EEUU) de la presidenta Chamorro, presionado por Washington, retiró la acción judicial, cuyos costos se elevaban a 17.000 millones de dólares, y posteriormente EEUU condonó a Nicaragua 260 millones de dólares en préstamos¹⁷. Otros ejemplos de desacato del derecho internacional se reflejan en el uso de poderes de

No solo podemos señalar un cierto irrespeto de la jurisdicción internacional, sino, más seriamente, actos de terrorismo internacional

jurisdicción extraterritorial, definidos por EEUU (como en el caso de Noriega), y en una renuencia a acatar las obligaciones internacionales impuestas por tratado¹⁸.

6. El bombardeo de Libia en 1986, el derribamiento de un avión de pasajeros iraní en 1988, el bombardeo de Irak por EEUU y el Reino Unido después de la guerra del Golfo, y el bombardeo de Sudán y Afganistán en 1998 son ejemplos de actos ilícitos del Estado villano más poderoso del planeta. Sin embargo, oficialmente se presentan como «retaliación» por actos de terrorismo presuntamente cometidos por otros países o redes, y muchas veces se interpreta creativamente el Artículo 51 de la Carta de la ONU para redimir actos de violencia de Estado como medidas legítimas adoptadas en el ejercicio del derecho a la autodefensa¹⁹.

7. Finalmente, dentro del propio EEUU es importante recordar las actividades de la Escuela de las Américas (SOA por sus siglas en inglés). En 1984 fue trasladada de Panamá a Fort Benning (Georgia), y para 1996 había entrenado aproximadamente a 60.000 militares y policías latinoamericanos. En 1996 se eliminó el carácter confidencial de siete manuales del ejército estadounidense utilizados por la SOA entre 1989 y 1991. En ellos se daban instrucciones para detectar y suprimir actividades políticas y militares antigubernamentales, y también había información sobre cómo este ejército entrenaba a funcionarios militares y policiales latinoamericanos en una variedad de técnicas de interrogatorio. Como

17. V. Robert H. Holden y Eric Zolov (eds.): *Latin America and the United States: a Documentary History*, Oxford University Press, Nueva York-Oxford, 2000, pp. 300-301.

18. Según se sostiene en el *American Journal of International Law* N° 92, 1998, y se cita en N. Chomsky: ob. cit., p. 216.

19. Y hay una referencia a ese artículo en el Art. 5 del Tratado de la OTAN, el cual estipula que un ataque armado contra una o más de las partes de ese convenio será considerado un «ataque contra todas ellas», y que si tal situación llegara a ocurrir, se pueden adoptar medidas, incluyendo el uso de la fuerza armada, para recuperar y mantener la seguridad del área del Atlántico Norte; v. <www.nato.int/docu/basic/txt/treaty.htm>.

ha sido señalado, graduados de la SOA han encabezado una cantidad de golpes militares en América Latina, y como lo sugiere Blum, es muy improbable que se conozca alguna vez toda la gama de atrocidades cometidas por los graduados de la Escuela²⁰. Lo que se ha documentado es evidencia de que se entrenó personal militar y policial latinoamericano en las técnicas del terrorismo institucionalizado.

Estas siete facetas de intervención geopolítica no ofrecen una guía completa, pero ciertamente señalan una realidad alternativa al discurso oficial en torno del papel de EEUU en el mundo, pasado y presente. Igualmente sugieren otro reservorio de memoria al que podemos recurrir para considerar cabalmente otros Estados terroristas, a menudo olvidados en un silenciamiento del pasado. Las modalidades de intervención esquematizadas también nos acercan a los efectos invasores del poder imperial y a las raíces de tanto odio y tanta injusticia.

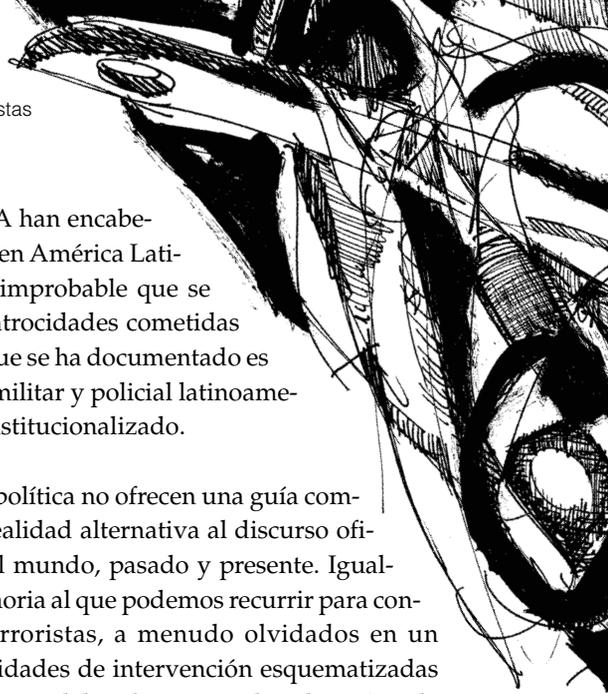
Abordemos ahora un asunto diferente y crucial para explicar las raíces del antagonismo hacia Occidente, especialmente en el mundo árabe: la cuestión palestina. En este caso, quisiera dar una breve ojeada al papel histórico desempeñado por el «socio menor» de la superpotencia mundial, pero en la época en que la propia Gran Bretaña era un actor imperial en el escenario mundial.

Occidente y la cuestión palestina: orígenes geopolíticos de una injusticia

«La tragedia en Palestina no es simplemente local; es una tragedia del mundo, porque es una injusticia que es una amenaza para la paz mundial», **Arnold J. Toynbee**²¹

El 2 de noviembre de 1917, el secretario de Asuntos Exteriores del Reino Unido, Arthur James Balfour, escribió a lord Rothschild presentando una declaración de simpatía con las aspiraciones del sionismo judío. La Declaración Balfour, que posteriormente se incluiría en el mandato de la Sociedad de Naciones para Palestina, era un planteamiento corto, de apenas 67 palabras, cuyo impacto sin embargo iba a ser profundo y duradero. Al reexaminar el texto vale la pena recordar lo siguiente: primero, que el gobierno británico «favorecía el establecimiento de una patria nacional para el pueblo judío en Palestina», y segundo, «que nada debe hacerse que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos

20. Ver W. Blum: ob. cit., pp. 62-63; y Holden/Zolov: ob. cit., pp. 313-316.
21. [1968], cit. en el informe de la ONU sobre Palestina 1990.



de las comunidades no judías existentes en Palestina», así como tampoco los «derechos y estatus político que disfrutaban los judíos en cualquier otro país»²².

Lo que me parece importante destacar es la referencia a los «derechos *civiles* y *religiosos* de las comunidades no judías» antes que a sus derechos *políticos*, lo que contrasta con los «derechos y estatus político» asociados con el pueblo judío. Más aún, en esta declaración el pueblo palestino y el pueblo árabe no se mencionan como tales, sino que se hace referencia a ellos como «las comunidades no judías en Palestina», en otras palabras, no se reconocen explícitamente ni su identidad ni sus derechos políticos a la autodeterminación como pueblos. Por añadidura, en un memorándum revelador escrito dos años después a lord Curzon, Balfour aseveraba que los aliados no pretendían ni siquiera consultar los «deseos de los actuales habitantes de Palestina», contraviniendo así el Artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones. La explicación se remitía al hecho de que los poderes de la época estaban comprometidos con el sionismo «sea éste correcto o no», dado que «está arraigado en tradiciones sempiternas» y «de significación mucho más profunda que los deseos y prejuicios de los 700.000 árabes que ahora habitan esa tierra milenaria»²³. Tal vez el único aspecto positivo de esta declaración es que al menos incluía un reconocimiento de la existencia de 700.000 palestinos y árabes en el territorio palestino en esa época. En contraste, una de las consignas fundamentales de la organización sionista fue «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra», es decir, se borraba del mapa de Palestina la existencia de los otros pueblos para ayudar a legitimar la creación de una patria para el pueblo judío. Es evidente, sin embargo, que los criterios cándidamente expresados por Balfour sobre la postulada insignificancia de «los deseos y prejuicios» de 700.000 árabes plasmaban una forma de prejuicio occidental que ha proyectado una sombra larga y persistente sobre la región del Medio Oriente²⁴.

El mandato británico sobre Palestina autorizado por la Sociedad de Naciones entró en vigencia en 1923, y en el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial el territorio palestino fue testigo de una inmigración continua y cuantiosa de colonos judíos, provenientes sobre todo de Alemania durante el principio del terror nazi. Para 1939, la población judía de Palestina alcanzaba 445.000 personas sobre un total aproximado de 1.500.000 habitantes (casi 30%, en contraste

22. V. ONU: *The Origins and Evolution of the Palestine Problem 1917-1988*, Nueva York, 1990, p. 8.

23. ONU: ob. cit., pp. 25-26.

24. Para un clásico de las visiones orientalistas del Medio Oriente, ver E. Said: *Orientalism*, Penguin Books, Londres, 1978.

con menos de 10%, 20 años antes). En forma similar, para finales de 1939 casi se había triplicado la tenencia de tierra de los judíos en comparación con el comienzo del mandato. Arnold Toynbee, el eminente historiador que se ocupó directamente del mandato palestino en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico, escribió en 1968 que si Palestina hubiera permanecido bajo el dominio otomano, o si se hubiera convertido en un Estado árabe independiente en 1918, no se habría permitido que entraran en esa tierra cantidades tan grandes de inmigrantes judíos. El historiador continúa comentando que «la razón por la cual el Estado de Israel existe hoy en día y por la cual hoy hay 1.500.000 árabes palestinos refugiados, es que durante 30 años el poder militar británico impuso a los árabes palestinos la inmigración judía, hasta que los inmigrantes fueron lo suficientemente numerosos y estuvieron lo suficientemente bien armados como para poder defenderse por sí mismos con sus propios tanques y aviones». Toynbee concluye con la observación presciente, citada anteriormente, al comienzo de la sección²⁵.

El expansionismo territorial del Estado israelí se refleja en la guerra de 1967

Gran Bretaña terminó su mandato en 1948, varios meses antes de lo previsto en el plan de la ONU.

Como es sabido, la creación del Estado de Israel estuvo precedida por una oleada de terror contra la población árabe palestina. El informe de la ONU (1990) sobre Palestina concluye que el terror propagado entre la población palestina fue un factor crucial para los futuros acontecimientos políticos, ya que condujo a un éxodo masivo de refugiados hacia los países vecinos. Se calcula que para finales de 1949 el número de refugiados a causa de las hostilidades alcanzaba a 726.000 personas: la mitad de la población natural de Palestina²⁶. La declaración que estableció el Estado de Israel hacía referencia al derecho del pueblo judío a un «renacimiento nacional en su propio país», derecho que, como se señaló, había sido reconocido en la Declaración de Balfour y confirmado en el mandato de la Sociedad de Naciones. Su ejercicio significó la expulsión de palestinos de su tierra natal, y los comienzos de un proceso de expansionismo territorial donde es preciso unir las raíces gemelas de la palabra «territorio», es decir, tierra y terrorismo. El expansionismo territorial del Estado israelí se refleja en la guerra de 1967, en la invasión del sur del Líbano en 1982, que dejó un saldo estimado de 17.000 civiles muertos, y en el establecimiento continuo de nuevos e ilegales asentamientos judíos en territorio palestino ocupado. La resolución 242 de la ONU emitida en noviembre de 1967, y adoptada por el Con-

25. V. ONU: ob. cit., pp. 72 y 42 para cifras sobre población y tierra.

26. V. ONU: ob. cit., p. 135.

sejo de Seguridad, estipulaba que era «inadmisible la obtención de territorio mediante la guerra» y solicitaba un «justo arreglo del problema de los refugiados». Sin embargo, Israel ha desafiado esa y muchas otras resoluciones de la ONU, con el firme apoyo de EEUU. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Israel ha sido y sigue siendo para Occidente, y especialmente para EEUU, un «activo estratégico» en el corazón geopolítico del Medio Oriente.

La resistencia a la ocupación israelí en la primera y segunda *intifadas* ha enfrentado la violencia del Estado. Entre 1988 y 1994 Israel sometió a interrogatorio a un promedio de 5.000 palestinos por año. Según estadísticas oficiales, de los 83.321 palestinos enjuiciados en tribunales militares de la Ribera Occidental y de la franja de Gaza entre 1988 y 1993, solo 3,2% fue absuelto. La mayoría de los interrogados recibió golpizas graves, muchas de las cuales entrañaron huesos rotos y hospitalizaciones. Posteriormente esos métodos fueron revisados y sustituidos por una serie de medidas entre las que se contaban palizas que no dejaban marcas corporales, posiciones dolorosas y desorientación sensorial²⁷. Por supuesto que también ha habido otros efectos. Por ejemplo, a un año de haber comenzado la segunda *intifada* (2000), hay un saldo de 706 palestinos muertos (alrededor del cuádruple de los muertos israelíes), de ellos, 30% niños; 16.204 heridos; 809 hogares palestinos demolidos por las autoridades israelíes; 112.900 olivos arrancados de la tierra palestina; y como resultado de clausuras israelíes se estima que entre septiembre de 2000 y marzo de 2001 el PIB de Palestina disminuyó en 1.500 millones de dólares²⁸.

Finalmente, como escribe Said, «equipado con lo último en caza-bombarderos, helicópteros de guerra con artillería pesada, tanques y misiles donados por EEUU ... Israel ha venido aplastando un pueblo desposeído, sin ... ninguna de las instituciones protectoras de un Estado moderno». El cruel confinamiento de 1,3 millones de personas en la franja de Gaza ... y de cerca de 2 millones en la Ribera Occidental tiene «pocos paralelos en los anales del colonialismo». Said le recuerda al lector que «ni siquiera bajo el *apartheid* se usaron jamás F-16 para bombardear suelos patrios africanos, como se envían ahora contra pueblos y aldeas palestinos»²⁹. Mientras reflexionaba sobre los orígenes geopolíticos de la injusticia y en las conexiones entre la política de la memoria y los Estados terroristas, me encontré con la siguiente información que me pareció una coda idó-

27. Sobre estas estadísticas basadas en información de Human Rights Watch, v. James Ron: «Varying Methods of State Violence» en *International Organization* 51/2, primavera de 1997, pp. 275-276.

28. La información proviene de varias fuentes, incluyendo el Banco Mundial, la ONU y la Palestine Red Crescent Society; v. *Palestine News*, 10-12/2001, Londres, p. 4.

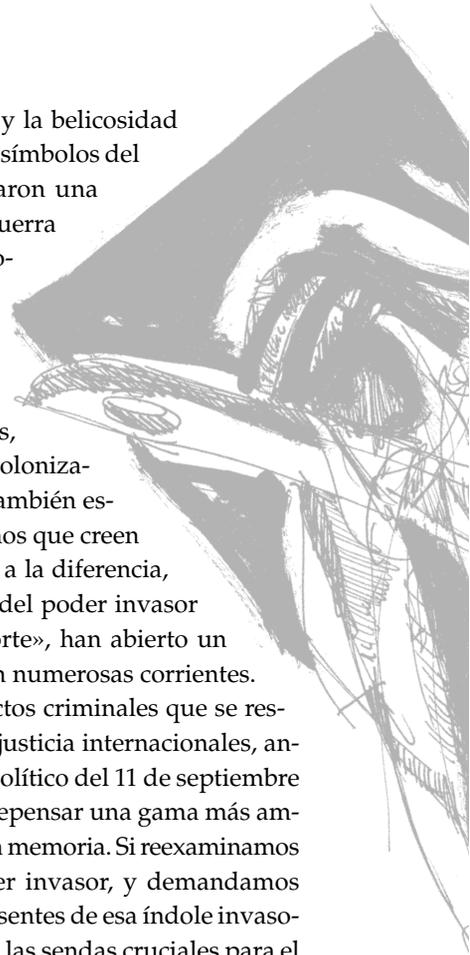
29. «A People in Need of Leadership» en *New Left Review* N° 11, 9-10/2001, pp. 27-28.

nea y pertinente para las observaciones que he esquematizado. Hace poco, en una visita de Tony Blair a Gaza, un reportero de *The Guardian* encontró a un residente de 65 años de un campo de refugiados conocido como «Beach Camp» por su cercanía al Mediterráneo. «¿Qué más quiere Blair de nosotros?» le preguntó el sexagenario Ahmad, bajando su pipa como para enfatizar su desaliento, «es por culpa de su predecesor, Balfour, que hoy estamos viviendo así»³⁰. Sería difícil encontrar un ejemplo más vivo de la significación de una política de la memoria arraigada en un sentimiento de injusticia tan profundo y legítimo.

El poder invasor y la creciente marea de furia

En el Washington contemporáneo, la beligerancia y la belicosidad son el orden del día. Los devastadores ataques a los símbolos del poder financiero y militar de EEUU desencadenaron una nueva fuerza para la venganza y un deseo de una guerra sin fin al terrorismo. En un mundo donde hay un poder globalmente preeminente, la «nación indispensable» de Bill Clinton, nación que desde el siglo XIX cree en su «destino manifiesto» de llevar a todos los rincones del orbe su estilo de vida presuntamente superior, existen también otros mundos, los de los desposeídos, de los irrespetados y de los colonizados. Dentro de «América», como en todas partes, también están presentes esos mundos habitados por ciudadanos que creen en la justicia global, en la igualdad y en el respeto a la diferencia, cultural y política. Pero los efectos de largo plazo del poder invasor de Occidente, y especialmente del «coloso del Norte», han abierto un océano de antagonismo en el cual fluyen y refluyen numerosas corrientes. Es necesario tratar los actos de terrorismo como actos criminales que se responden dentro de los parámetros del derecho y la justicia internacionales, antes que elevarlos a actos de guerra. El impacto geopolítico del 11 de septiembre de 2001 puede tomarse como una coyuntura para repensar una gama más amplia de intersecciones entre el poder, el terrorismo y la memoria. Si reexaminamos la ilegitimidad y la duplicidad histórica del poder invasor, y demandamos medidas para remediar las injusticias pasadas y presentes de esa índole invasora, podemos mantener abiertas en forma más eficaz las sendas cruciales para el diálogo intercultural y la comprensión crítica. En este mundo en que andamos todos, esas sendas se necesitan hoy con más urgencia que nunca.

30. *The Guardian*, 2/11/01, p. 3.



Terrorismo de Estado y terrorismo internacional

Los acontecimientos ocurridos en Nueva York, Washington, Pennsylvania y Afganistán, han alcanzado niveles impactantes y dramáticos en distintos aspectos de la vida social y política internacional, para no mencionar la tragedia personal de millares de vidas humanas implicadas. La relación causal entre «terrorismo de Estado» y «terrorismo internacional» ha alcanzado una mayor visibilidad y precisa ser analizada para calibrar la verdadera naturaleza de los hechos.

John Saxe-Fernández

Está plenamente establecida la relación causal entre terrorismo de Estado y terrorismo internacional. Desde 1997 el Defense Science Board de Estados Unidos informó a la Subsecretaría de Defensa para Adquisiciones y Tecnología que «... la información histórica muestra la existencia de una fuerte correlación entre la intervención de EEUU en ultramar y el aumento de ataques terroristas en su contra». El documento continúa advirtiendo que, «... además, la asimetría militar que le niega a otros Estados la capacidad de realizar ataques abiertos contra EEUU, les induce a usar actores transnacionales, es decir, terroristas de un país atacando a otro»¹. El reconocimiento de que la práctica del terrorismo estatal como parte de los instrumentos de política exterior puede ocasionar un estado generalizado de anarquía y guerra, fue reconocido en el Acta de Seguridad de 1947, por medio de la cual se refundaron los servicios secretos de EEUU, para labores de inteligencia y la práctica de cuestionables operaciones

John Saxe-Fernández: coordinador del seminario El Mundo Actual, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias, UNAM; coautor, con James Petras, de *Globalización, imperialismo y clase social*, Lumen / Hvmánitas, Buenos Aires-México, 2001.

Nota: Una versión preliminar de este texto fue presentada el 14 de septiembre de 2001 en Casa Lahm, Ciudad de México.

Palabras clave: terrorismo, terrorismo de Estado, Estados Unidos.

que, por su naturaleza, son clandestinas y deben mantenerse secretas porque violan el derecho internacional, penal, comercial y constitucional, así como la normatividad de los juicios de Nuremberg. En esa Acta, se estableció que aquellos operativos de terror de Estado, que incluyeran el asesinato político, los atentados, la desestabilización y la inducción de golpes de Estado, entre otras actividades, debían realizarse de manera «clandestina» y con una capacidad «de negación plausible», los que conllevaba el sigilo respecto a la participación del gobierno de EEUU en su planeación, financiamiento y ejecución. Durante 50 años este tipo de diplomacia de fuerza, basada en operaciones secretas, para justificar posteriormente acciones militares o políticas abiertas, se aplicó de manera marcada en América Latina, aunque también en Asia y en el Medio Oriente.

El sentimiento de pérdida, de rabia y de duelo en relación con un acontecimiento colectivo de masacre que sentimos el 11 de septiembre de 2001 lo habían experimentado 28 años antes, el mismo día pero de 1973, cuando comenzó en Chile una espantosa operación de terrorismo de Estado que derrocó a un presidente constitucional, generando un baño de sangre que acabaría con la vida de miles de hombres y mujeres y sometería a crueles torturas a muchos otros, infligiendo daños morales, físicos y emocionales a miles de familias y marcando a toda una generación. Esta no fue solamente una operación endógena. Según documentación existente, fue iniciada e impulsada por el presidente Richard Nixon, con Henry Kissinger como principal coordinador –desde las oficinas de la asesoría de Seguridad Nacional de la Casa Blanca– de las operaciones secretas de guerra económica, política y militar con incidencia en la polarización interna. Conviene recordar ahora este caso latinoamericano, uno entre muchos, porque ahí están otros operativos como la participación de EEUU en la instauración de una brutal dictadura en Brasil desde 1964, en los años 70 en Argentina y Uruguay y en los 80 el establecimiento de regímenes de terror de Estado en Centroamérica, protagonistas de horrendas masacres en Guatemala, Honduras y El Salvador, con especial saña, infamia e ignominia contra la población maya.

El recordatorio histórico es necesario para ejemplificar el concepto de terrorismo de Estado, fundamental para lanzar vistas más certeras sobre los procesos causales que pueden estar en la base de la tragedia que se viene registrando

1. Ivan Eland: «Protecting the Homeland: The Best Defense Is to Give No Offense» en *Policy Analysis* N° 306, 5/5/1998, Cato Institute, p. 3 (cit. por Chalmers Johnson: *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Metropolitan Books, Nueva York, 2000, p. 9.

El ciudadano promedio de EEUU conocía poco de este tipo de operaciones y atrocidades cometidas por su Gobierno

desde septiembre último. Se trata de la relación entre el terrorismo de Estado y la promoción de las condiciones objetivas que inducen el terrorismo internacional.

En el caso del operativo desplegado por el gobierno de EEUU en Chile, conviene retomar las evidencias documentales ofrecidas por Peter Kornbluth y el archivo de Seguridad Nacional, así como la síntesis ofrecida por el periodista John Lee Anderson: «el plan de juego, de acuerdo con documentos gubernamentales de EEUU desclasificados, se dirigió a crear la ingobernabilidad en un Chile gobernado por un presidente socialista electo, Salvador Allende, provocando el caos social con el fin de inducir un golpe de Estado». Un cable de la CIA claramente sintetizó los objetivos al jefe de su estación en Santiago, en estos términos:

... es nuestra firme y persistente intención que Allende sea derrocado por medio de un golpe ... vamos a continuar generando la presión máxima hacia la consecución de este fin, usando todos los medios disponibles. *Es imperativo que estas acciones sean aplicadas de manera clandestina y segura de tal suerte que la mano del gobierno de EEUU permanezca bien oculta...*²

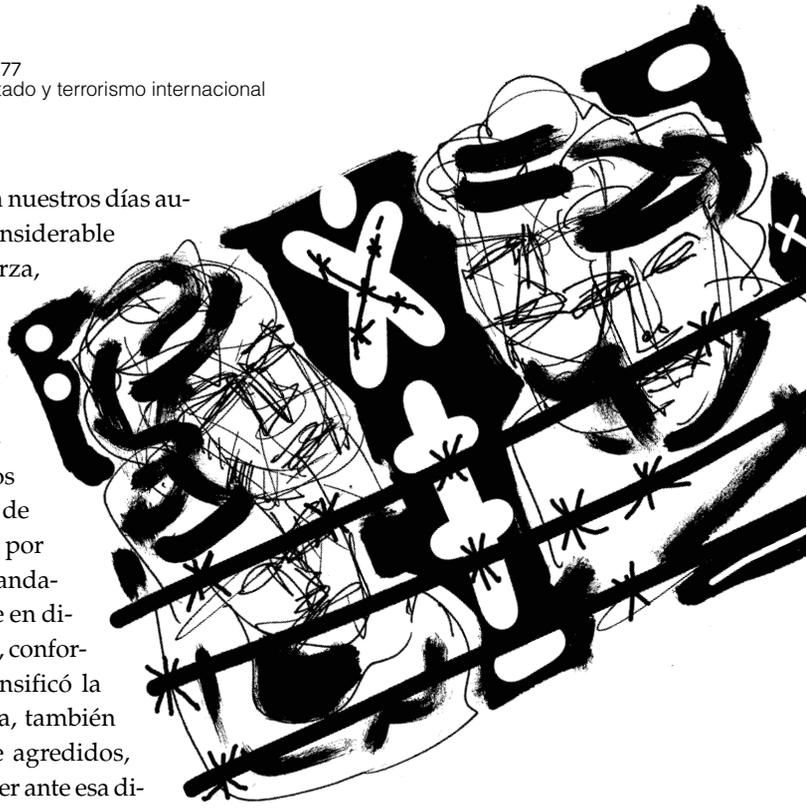
El ciudadano promedio de EEUU conocía poco de este tipo de operaciones y atrocidades cometidas por su Gobierno. No voy a describir ni enumerar las matanzas, desaparecidos, torturados y perseguidos, o su coordinación internacional por medio de la Operación Cóndor. Stella Calloni ya lo hizo de manera puntual³. Solo quiero recordar al lector que este tipo de diplomacia de fuerza se proyectó con igual saña y barbarie en Asia y de manera particularmente intensa en el Medio Oriente. Los operativos clandestinos y el terrorismo de Estado se registran virtualmente a lo largo y ancho del orbe. Por ejemplo, como resultado de la intensificación bélica que siguió a los incidentes del Golfo de Tonkin en 1964, cientos de miles de personas resultaron muertas durante el gobierno de Johnson y de Nixon. Nixon y Kissinger arrojaron más bombas sobre la población rural de Camboya que el total lanzado sobre Japón durante toda la Segunda Guerra Mundial, muriendo al menos tres cuartos de millón de campesinos camboyanos y ayudando a legitimar el movimiento del Khmer Rojo de Pol Pot, cuya revancha y búsqueda de pureza ideológica significó la muerte de millón y medio de camboyanos, tanto rurales como urbanos.

2. Jon Lee Anderson: «The Dictator» en *The New Yorker*, 19/10/1998; Peter Kornbluth: «Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup» en *National Security Archive Electronic Briefing Book*, N° 8, <www.seas.gwu.edu/nsarchive>, énfasis mío.

3. Stella Calloni: *Operación Cóndor: pacto criminal*, La Jornada Ediciones, México, 2001.

Desde entonces hasta nuestros días aumentó de manera considerable la diplomacia de fuerza, expresada en violencia abierta de corte intervencionista (téngase en la memoria el bombardeo contra los barrios populares de Ciudad de Panamá, perpetrado por el padre del actual mandatario estadounidense en diciembre de 1989). Así, conforme se amplió e intensificó la diplomacia de fuerza, también aumentó la masa de agredidos, dispuestos a responder ante esa diplomacia, observándose la incapacidad estadounidense para controlar los efectos inesperados: las respuestas de corto, mediano o largo plazo de las víctimas, que en la jerga de la Seguridad Nacional de EEUU se conoce como «blowback» (una suerte de efecto *boomerang*)⁴.

Según Chalmers Johnson, el término «blowback» fue



... inventado por funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia, para uso interno, y empezó a circular entre los estudiosos de relaciones internacionales. Se refiere a las consecuencias no esperadas de operaciones que fueron mantenidas en secreto y sin que los estadounidenses se enteraran. Lo que la prensa diariamente califica como actos malignos, de «terrorismo» o «capos de la droga» o «rogue states», o «mercaderes ilegales de armas» a menudo resultan ser el «blowback» de operaciones estadounidenses realizadas anteriormente (p. 8).

Los ejemplos más notables de «blowback» ofrecidos por Johnson provienen de los operativos desplegados por Washington en el Medio Oriente, como el ataque terrorista de 1988 contra el vuelo 103 de Pan Am, que mató a 256 pasajeros y a 11 personas en tierra. Una respuesta, según Johnson, del ataque aéreo de Reagan en 1986 contra Libia que mató a la nuera de Kadafi. El «blowback» tiende a generar más «blowback» en una espiral de violencia. Una buena ilustración de esta característica la ofrece precisamente la reacción del gobierno de EEUU a los ataques del 7 de agosto de 1998 contra varios edificios de las embajadas en Nairobi y Dar es Salaam:

4. Precisamente el título del esclarecedor libro de Johnson, ob. cit.

.. El Gobierno pronto culpó a Osama Bin Laden, un saudita que por años había denunciado a los gobernantes de su país y a sus aliados estadounidenses. El 20 de agosto, EEUU respondió lanzando cerca de 80 cohetes crucero (con un costo de 750.000 dólares cada uno) contra una planta farmacéutica en Kartún (Sudán) y contra un viejo campamento mujaidín en Afganistán. ... Ambos blancos habían sido identificados por el aparato de inteligencia de EEUU como áreas vinculadas con Osama Bin Laden o sus seguidores. Pronto se dio a conocer que la información sobre ambos sitios era errónea y que ninguno de los blancos tenía relación alguna con aquellos que se sospechaba habían atacado las embajadas ... los voceros gubernamentales continúan justificando estos ataques como formas para disuadir el terrorismo aun si los blancos han sido comprobadamente irrelevantes a cualquier daño ocasionado a edificios estadounidenses ... de esta manera, se siembran en el mundo las posibilidades para más «blowback» en el futuro. ... Los mismos voceros ignoran que de hecho Bin Laden, el supuesto responsable de la maquinación de los ataques contra las embajadas, es un *ex-protegé* de EEUU. Cuando EEUU organizaba a los rebeldes afganos contra la URSS en los años 80, él jugó un importante papel en sacar a la Unión Soviética de Afganistán y solo se volvió antiestadounidense en 1991 porque consideró que la presencia de tropas de EEUU en Arabia Saudita durante la Guerra del Golfo era una violación de sus creencias religiosas (ibíd., pp. 10-11).

Los ejemplos más notables de «blowback» provienen de los operativos desplegados por Washington en el Medio Oriente

Por ello, Osama Bin Laden fue vetado por Washington para acceder al puesto de ministro de Petróleo de Arabia Saudita.

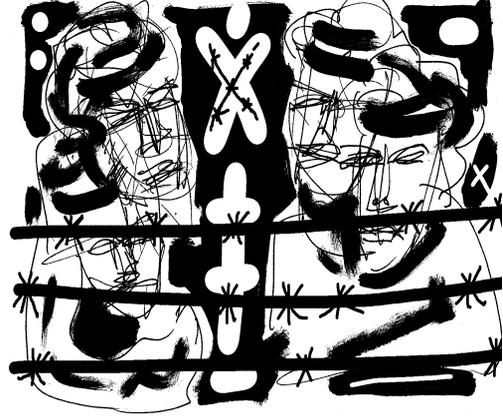
El análisis sobre los efectos y peligros de la diplomacia de fuerza, con sus políticas de infiltración, penetración, desgaste y desgarré de estructuras internas de legitimidad aplicados por la CIA, desde las embajadas estadounidenses en el mundo, me hizo advertir en 1977⁵ que el uso de este tipo de diplomacia de fuerza, podía repercutir dentro de EEUU, con crecientes riesgos de que «desembocara en una tragedia humana generalizada, pero en una proporción inmensamente mayor en los propios EEUU». En ese libro señalaba que una diplomacia de corte hitleriano, como la que se había observado en Chile y posteriormente en Argentina y Uruguay, «significa el inicio de una era hobbesiana», y dejé constancia de mi opinión en el sentido de que antes de seguir aplicando la guerra política y urbana en el exterior,

El Ejecutivo norteamericano haría bien en advertir que su agresividad internacional transforma a su propio sistema político en blanco de ataque inmediato por parte de actores internos o externos, que han sido atacados y/o provocados; después de todo, se trata de una guerra barata (que no excluye el sabotaje urbano químico-bacteriológico) capaz de ser desarrollada eficientemente por cualquier nación. ... Como lo ha reconocido Brian Jenkins, experto del Laboratorio de Ideas de la Rand Corporation, «los gobiernos podrían emplazar a grupos terroristas o preparar grupos propios, ya que la perspectiva es una forma barata de guerra limitada». [El texto de 1977 continúa:] ... Ello significaría que el sistema político norteamericano tendría que explicitar todos los elementos de un Estado-guarnición que ya contiene, tanto en el nivel legal como operativo; pero ni un Estado policiaco-militar sin precedentes en la historia norteamericana sería capaz de garantizar el funcionamiento de sus grandes –y vulnerables– centros metropolitanos. La complejidad de la sociedad norteamericana y la notable

5. Consultar J. Saxe-Fernández: *De la seguridad nacional*, Grijalbo, México, 1977, pp. 37-39.

interdependencia de todo el sistema colocan a EEUU ante alternativas poco dichosas para el ejercicio de la guerra política y urbana en el exterior.

Mi crítica a la diplomacia de fuerza se basó en varios estudios realizados por especialistas estadounidenses indicando las vulnerabilidades estructurales de EEUU. En ellos se mencionaba la explotación de esas vulnerabilidades por movimientos revolucionarios. Hoy se aplicaría al terrorismo o a las respuestas probables de la gran acumulación de grupos y Estados agredidos por la diplomacia de fuerza. En una de esas investigaciones, realizada por Horowitz, se describe la vulnerabilidad estructural como resultado de la accesibilidad a un número inmenso de blancos indefensos y estratégicamente importantes, mencionándose la «complejidad de la estructura social, política y económica» como fuente de una amplia gama de blancos vulnerables: sistema de transporte y comunicación, fuentes de energía y centros de diversión. Horowitz advertía que



La interdependencia del sistema hace posible crear un daño significativo por medio de la destrucción de blancos relativamente insignificantes. Por ejemplo, la falla que produjo un apagón en los sistemas eléctricos de toda la costa del Este en 1968, fue causado por un pequeño error del componente eléctrico. Si una subunidad de un sistema complejo e interdependiente puede ser destruida, todo el sistema resulta afectado. Una disminución en las actividades de una parte del sistema de producción en masa puede crear embotellamientos en todo el sistema de producción. La complejidad misma de EEUU hace imposible defender todos los blancos posibles de ataque ... la lista no conoce límites. No hay ausencia de blancos. Para defenderlos se requeriría un Estado-guarnición: aún así permanecerían muchos puntos vulnerables.⁶

En medio de esta fragilidad y vulnerabilidad estructural, nos parecía entonces, y con mucha más razón nos parece hoy, después de la tragedia del 11 de septiembre y de la espiral de violencia que se ha desatado, que es imperativo detener inmediatamente el brutal ataque contra Afganistán. Es irracional e irresponsable proseguir con una diplomacia que usa el terror de Estado de manera frecuente, generando miles o millones de víctimas y por lo tanto cosechando enemigos por doquier⁷. Más aún, en la era del armamento balístico intercontinental y de los dispositivos termonucleares y bioquímicos de destrucción masiva, la «globalización del *blowback*», se presenta como una de las más serias amenazas a la seguridad y estabilidad y sobrevivencia de la humanidad.

6. Irving L. Horowitz: *Foundations of Political Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1972, p. 299.

7. Sobre las formas de cosechar enemigos por doquier, consultar John Stockwell: *In Search of Enemies: a CIA Story*, W.W. Norton, Nueva York, 1978.

El difícil camino hacia la sociedad global

El mundo supuestamente inaugurado por los ataques terroristas de septiembre de 2001 tiene poco de nuevo. Desde los años 90 ha sido suficientemente descrito en sus términos, riesgos y desafíos. En este nuevo contexto global, hay una tensión entre pluralismo y seguridad a la que el pensamiento progresista debería prestar mayor atención de manera de diseñar un horizonte humano de valores que evite que uno de los polos de la tensión crezca a expensas del otro.

José Joaquín Brunner

Se ha dicho en estas semanas que «con el ataque terrorista perpetrado contra Estados Unidos se inicia una nueva época» y que «el mundo nunca volverá a ser igual». Tales dichos son sin embargo una exageración, y constituyen un error de perspectiva histórica. Por lo pronto, el análisis del mundo contemporáneo, en los términos evocados por el acto terrorista del 11 de septiembre de 2001, hace rato que está presente en los textos más lúcidos de las ciencias sociales producidos durante los últimos años. Tres autores son aquí particularmente decisivos: el politólogo norteamericano Samuel Huntington, el sociólogo alemán Ulrich Beck, y el sociólogo español, radicado en Berkeley, Manuel Castells.

José Joaquín Brunner: sociólogo chileno; director del Programa de Educación de la Fundación Chile; profesor-investigador del Instituto de Economía Política de la Universidad Adolfo Ibáñez; miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Jurídicas y Morales del Instituto de Chile. Entre otros cargos de responsabilidad política y académica, ha sido ministro secretario general de Gobierno (1994 y 1998). Sus publicaciones más recientes: Chile: *Informe e índice sobre capacidad tecnológica*; Instituto de Economía Política, Universidad Adolfo Ibáñez; «Modernidad: centro y periferia. Claves de cultura» en *Estudios Públicos* N° 83, Santiago, invierno de 2001, y «Globalization, Education, and Technological Revolution» en *Prospects* vol. XXXI N° 2, 6/2001, Unesco.

Palabras clave: globalización, pluralismo, terrorismo.

A comienzos de la década pasada, Huntington señaló que el mundo inaugurado tras la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría se caracterizaría por el «choque de civilizaciones». En adelante, predijo, los conflictos se trasladarán al plano de las identidades más primarias de la gente, las que están siendo amenazadas por la modernización y la globalización; lo que encendería las pasiones y animosidades de unas civilizaciones contra otras serían sus sentimientos más básicos: «distintas visiones sobre la relación entre Dios y el hombre, sobre el individuo y el colectivo, sobre la ciudadanía y el Estado, sobre los padres y los hijos, sobre la igualdad y la jerarquía». En suma, pasada la ola de las «grandes ideologías» decimonónicas no llegarían la paz y la armonía mundiales –la *pax* americana, por tanto– sino la confrontación entre diversos principios civilizatorios y la colisión de identidades tribales, locales y nacionales. Por la puerta de atrás de la historia vuelven a ingresar los dioses e ídolos que habíamos declarado muertos y sepultados.

***vuelven
a ingresar
los dioses
e ídolos que
habíamos
declarado
muertos
y sepultados***

A ese certero diagnóstico, el alemán Beck añade su análisis de lo que llama una «sociedad de riesgo mundial». La globalización conduce a difundir los riesgos que la propia civilización industrial ha «manufacturado»: riesgo nuclear, ecológico, de la bio-ingeniería, del contagio epidémico, del narcotráfico, del terrorismo. Vivimos, literalmente, al borde del abismo. Tal es nuestra *hybris*. No es que EEUU sea particularmente vulnerable, como piensan los periodistas que comentan en pantalla los sucesos; lo que sucede es que el mundo contemporáneo es un entramado global, interrelacionado, altamente complejo y frágil. Por lo mismo, el miedo juega un papel central y está siempre ahí, latente, pudiendo ser movilizado (para bien o para mal) «cuanto más amenazadoras son las sombras que se ciernen sobre el presente o el anuncio de un futuro terrible». Por allí, como veremos, es por donde puede colarse la demanda orwelliana; esto es, la de rehacer un sistema mundial sometido íntegramente a los dictados de la seguridad y a cargo de un poder policial omnímodo.

Por último, Castells –que analiza la sociedad contemporánea como sociedad global de redes– muestra cómo, con las nuevas tecnologías, la relación del individuo y los grupos con el Estado ha cambiado para siempre. Es decir, cómo este último –el viejo Leviatán– se ha ido debilitando hasta semejar un pesado aparato mecánico que debe hacer frente al desafío de redes movibles, de base electrónica e informacional, dispuestas a golpear con el terror o a comercializar la muerte. En definitiva, según este autor, el Estado-nación ha ido perdiendo su monopolio de la violencia, puesto que «sus principales retadores toman la for-

ma ya bien de redes transnacionales del terrorismo o de grupos comunitarios que recurren a la violencia suicida». ¿Cuál es el riesgo? Que empecemos a vivir, próximamente, en un permanente estado de emergencia, obsesionados por la amenaza y la represalia.

Estos tres autores han captado, estudiado y anticipado los conflictos del mundo a comienzos del siglo XXI. Y nos han advertido sobre la crisis de las instituciones –desde el Estado hasta la democracia, desde el mercado hasta la propiedad– llamadas a hacer frente a los nuevos desafíos globales. Así, en la transición hacia una nueva organización del mundo nos encontramos, efectivamente, suspendidos sobre el vacío. A la luz de tales análisis la explosión de las torres gemelas de Nueva York, con su secuela de destrucción y muerte, parece menos incomprensible. Pero a la vez resulta más grave de lo que se desprende de las imágenes televisivas. A fin de cuentas, éstas transmiten el dramatismo de la situación, no su profundidad. Crean una visión plana de los hechos, no una explicación de los mismos. Ofrecen una mirada, no los conceptos que necesitamos para deliberar en el espacio público.

***Cualquier
sociedad que
se proclame
democrática
debe reconocer
la diversidad***

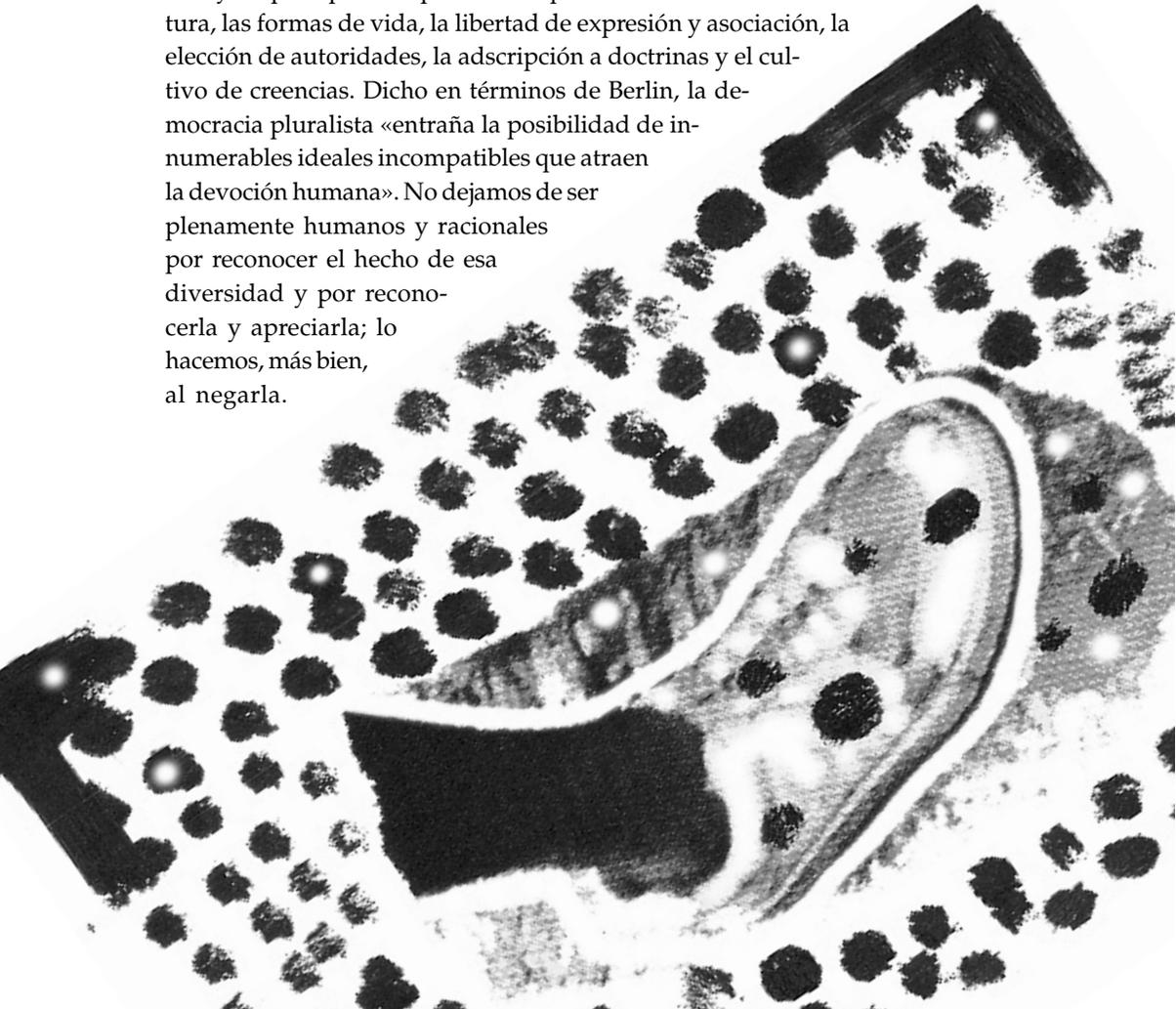
En efecto, ¿qué está en juego en este difícil tránsito hacia una sociedad mundial globalizada? Sabemos que una de las claves para el éxito de dicha transición será la forma como se resuelva el clivaje inclusión/exclusión dentro de la sociedad global a lo largo del siglo XXI. Si solo un país (EEUU) y sus aliados europeo-occidentales llegaran a dominar el mundo global sin contrapeso y, al mismo tiempo, menos de la mitad de la población mundial pudiese integrarse a los beneficios del capitalismo avanzado, mientras el resto queda sumido en la pobreza y el atraso, entonces tal transición será un fracaso. Y generará enormes tensiones y conflictos en torno del principio de la justicia y de la distribución de los bienes, las oportunidades y las satisfacciones.

De esta clave suele preocuparse, principalmente, el pensamiento progresista de las izquierdas y los movimientos y corrientes críticas o alternativas frente al capitalismo. Aportan, aunque a veces de manera distorsionada o simplista, un contrabalance frente al peso arrollador de la riqueza material y tecnológica, del poderío militar y del poder económico de naciones y empresas multinacionales y locales. En cambio, esa visión progresista de la historia, que comparto en sus anhelos de justicia, no se preocupa de otra clave de la transición, quizá más crucial y compleja, cual es, la tensión entre pluralismo y seguridad.

En este punto, junto a la tríada mencionada más arriba, hace falta mencionar a otros autores. Pienso básicamente en dos. Uno contemporáneo, el gran pensador liberal del siglo xx, Isaiah Berlin; el otro clásico, Thomas Hobbes, para quien el orden, la paz social y la seguridad de las personas eran tan importantes como la libertad. Berlin amaba la diversidad humana y de las culturas tanto como para haber fundado allí su filosofía política. Alguna vez señaló en una entrevista:

El propósito de la Torre de Babel era que tuviera un carácter unitario; una sola edificación enorme, que se alzara hasta el cielo, con un idioma para todo el mundo. Al Señor no le agradó. Me han dicho que existe una excelente oración hebrea que debe rezarse al ver un monstruo: «Bendito sea el Señor nuestro Dios, que introduce la variedad entre sus criaturas».

Cualquier sociedad que se proclame democrática debe reconocer la diversidad (social, cultural, étnica, de géneros, de preferencias, estilos de vida, etc.) y aceptar que se exprese como pluralismo en la esfera de la cultura, las formas de vida, la libertad de expresión y asociación, la elección de autoridades, la adscripción a doctrinas y el cultivo de creencias. Dicho en términos de Berlin, la democracia pluralista «entraña la posibilidad de innumerables ideales incompatibles que atraen la devoción humana». No dejamos de ser plenamente humanos y racionales por reconocer el hecho de esa diversidad y por reconocerla y apreciarla; lo hacemos, más bien, al negarla.

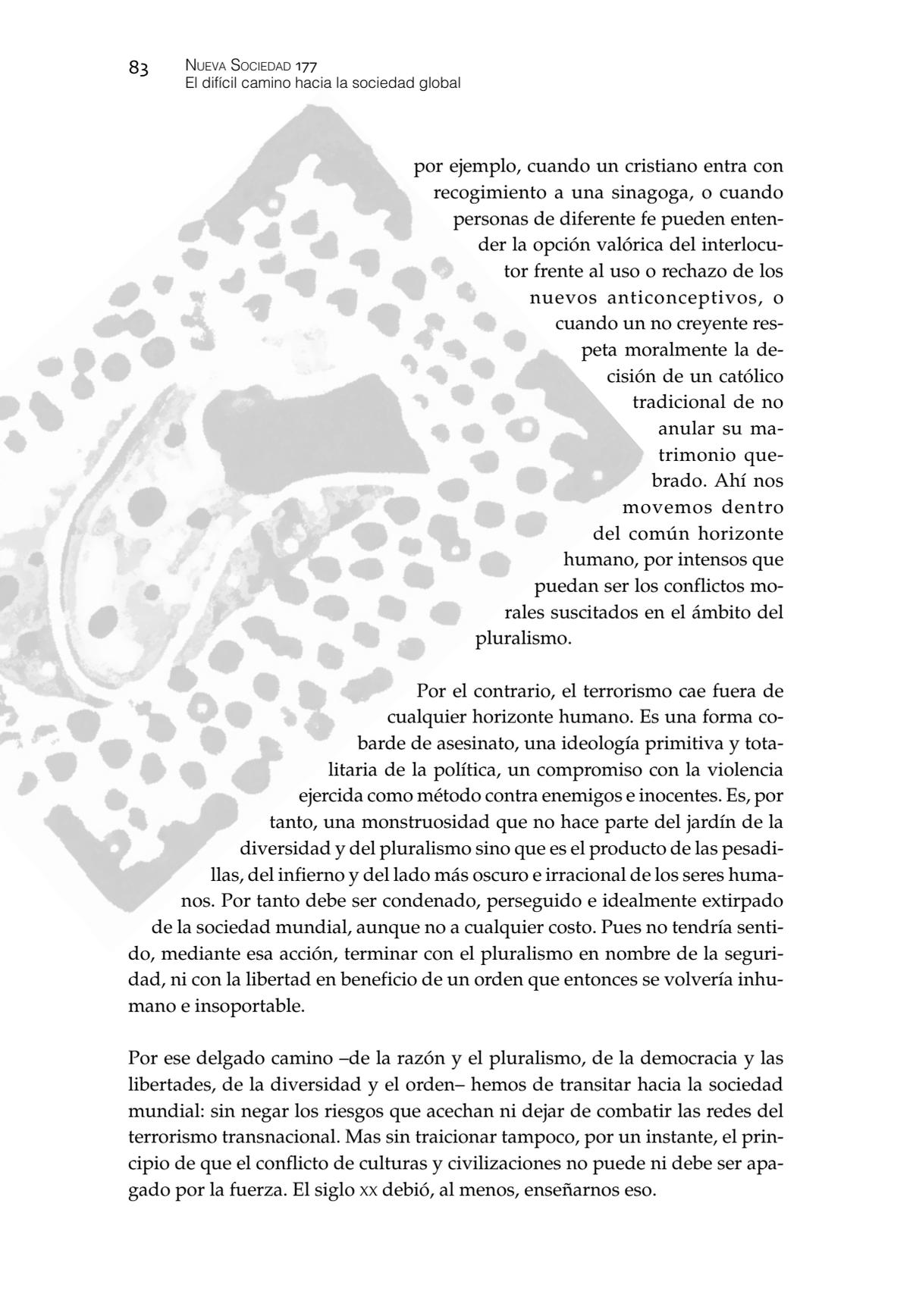


¿Por qué? Simplemente porque no somos iguales, ni tenemos los mismos gustos ni adoramos los mismos dioses. Porque no necesariamente compartimos criterios morales ni los argumentos o lenguajes para justificarlos. Porque nuestras ideas y fines difieren y a veces chocan. En definitiva, porque no tenemos un idioma único ni toleramos vivir encerrados en la Torre de Babel. Ese es el principio sobre el que se funda la separación de la religión y la política que hizo posible la democracia y la libertad. Allí reside el basamento político para la autonomía de las personas y para una convivencia pacífica en la diversidad. Ahora más que nunca necesitamos defender este principio y proteger y ampliar el pluralismo, de modo que llegue a ser la base de la sociedad mundial. De lo contrario no podrían convivir –y morirían luchando– judíos contra árabes, occidentales y asiáticos, talibanes y protestantes, católicos y ateos, sunitas y chiíes, blancos y negros, globalizantes y localistas.

Mas el pluralismo no es cosa fácil de vivir ni de institucionalizar, del mismo modo como la libertad no se conquista ni se mantiene a bajo precio. El pluralismo va a contracorriente de los apetitos agresivos, de dominación y destrucción que anidan en el corazón humano. Exige delicados equilibrios y una modulación de los valores que son incompatibles con el fundamentalismo religioso, el monismo moral y el fanatismo político que abundan en tantas partes. Tampoco el pluralismo es un «free for all» y un «venga lo que venga» como a veces parecieran entenderlo algunos progresistas-alternativos chilenos.

Aquí precisamente entran Tomás Hobbes y la corriente de pensadores que encabeza o simboliza. Lo que buscan es compatibilizar la libertad y el orden. O, según diríamos hoy, el pluralismo y la seguridad. Pues, ¿acaso hemos de bendecir a todo «monstruo» como expresión de la variedad de las criaturas de Dios? ¿Acaso la diversidad lo justifica todo y no hay límites en el terreno de la autonomía de las personas? ¿Puede el pluralismo ir tan lejos como para llegar a destruirse a sí mismo? Ciertamente no. El pluralismo, para ser posible, ha de emplazarse dentro de lo que Berlin llama un «horizonte humano» de valores; es decir, debe encarnar una concepción de bien o valor que, por distinta que sea de la mía, sin embargo yo pueda al menos relacionarme con ella sobre la base de un principio de razonabilidad, argumentación pública y reconocimiento mutuo.

Dicho en otros términos: aunque los valores que tú proclamas o atesoras no sean mis valores, yo debo ser capaz, sin embargo, de entenderlos y, lo que es más importante, tratarlos (racional y empáticamente) como tales. Así ocurre,



por ejemplo, cuando un cristiano entra con recogimiento a una sinagoga, o cuando personas de diferente fe pueden entender la opción valórica del interlocutor frente al uso o rechazo de los nuevos anticonceptivos, o cuando un no creyente respeta moralmente la decisión de un católico tradicional de no anular su matrimonio quebrado. Ahí nos movemos dentro del común horizonte humano, por intensos que puedan ser los conflictos morales suscitados en el ámbito del pluralismo.

Por el contrario, el terrorismo cae fuera de cualquier horizonte humano. Es una forma cobarde de asesinato, una ideología primitiva y totalitaria de la política, un compromiso con la violencia ejercida como método contra enemigos e inocentes. Es, por tanto, una monstruosidad que no hace parte del jardín de la diversidad y del pluralismo sino que es el producto de las pesadillas, del infierno y del lado más oscuro e irracional de los seres humanos. Por tanto debe ser condenado, perseguido e idealmente extirpado de la sociedad mundial, aunque no a cualquier costo. Pues no tendría sentido, mediante esa acción, terminar con el pluralismo en nombre de la seguridad, ni con la libertad en beneficio de un orden que entonces se volvería inhumano e insoportable.

Por ese delgado camino –de la razón y el pluralismo, de la democracia y las libertades, de la diversidad y el orden– hemos de transitar hacia la sociedad mundial: sin negar los riesgos que acechan ni dejar de combatir las redes del terrorismo transnacional. Mas sin traicionar tampoco, por un instante, el principio de que el conflicto de culturas y civilizaciones no puede ni debe ser apagado por la fuerza. El siglo xx debió, al menos, enseñarnos eso.

La integración: entre lo urgente y lo importante

El impacto de los ataques del 11 de septiembre de 2001, particularmente evidente en los ámbitos de la seguridad y la economía globales, permite vislumbrar tendencias contradictorias en el ámbito del comercio y la integración económica en el hemisferio americano. Va resultando tan difícil como necesario impulsar el desarrollo de la red de acuerdos y negociaciones acumulados desde la última década del siglo pasado. Sobre esas dificultades y necesidades se argumenta en estas líneas. Para hacerlo, desde la metáfora del juego, veremos en tres planos las condiciones que rodean los procesos de integración: el contexto, los tableros y finalmente los jugadores y sus apuestas.

Elsa Cardozo

El contexto

Los ataques del 11 de septiembre y sus secuelas aceleraron el deterioro de la economía global y tuvieron fuerte impacto sobre las de Latinoamérica y el Caribe. Los análisis previos a esa fecha fueron rápidamente superados por cálculos y recálculos. Después de los ataques, la reducción prevista del crecimiento

Elsa Cardozo: licenciada en Estudios Internacionales; doctora en Ciencias Políticas y profesora titular de la Universidad Central de Venezuela, Caracas; codirectora y editora de *Visión Venezolana*; directora asociada del Institute for the Study of Democracy and Human Rights; entre sus publicaciones recientes están *Latinoamérica en transición* (Panapo, Caracas, 1995) y, como coeditora, *Democracy and Human Rights in Latin America* (Greenwood-Praeger, Westport, 2001).

Palabras clave: integración económica, comercio, América Latina.

en Latinoamérica y el Caribe era la más pronunciada en la proyección del FMI y de otros organismos hemisféricos y regionales, augurando el más difícil período que las economías de la región enfrentarían en muchas décadas.

En estas circunstancias, el comercio es, no cabe duda, una variable fundamental. Su caída se ha sentido con particular intensidad desde México hasta Chile, en una región cada vez más interdependiente respecto a la economía global, la economía estadounidense y en el plano subregional. Es inimaginable la aceleración del crecimiento económico y de la prosperidad doméstica sin una recuperación del comercio, y para la recuperación del dinamismo económico es indispensable eliminar obstáculos y facilitar los flujos comerciales. Sin embargo, también es cierto que en tiempos de dificultades económicas –como las muy graves que se han acentuado en diferentes tiempos e intensidad por todo el hemisferio– tienden a proliferar los frenos al comercio y los obstáculos al establecimiento y cumplimiento de propuestas de liberalización: cuando aumenta el desempleo y se pierden mercados, también aumentan las presiones para la protección de puestos de trabajo y bienes a través de barreras arancelarias y, especialmente, de barreras no arancelarias. Esos frenos a la integración alimentan una espiral de deterioro sostenido de la economía, amenazando la estabilidad sociopolítica.

*ha quedado al
descubierto el
final de la idea de
transición hacia
la prosperidad y
la estabilidad
global*

Asimismo el contexto ha cambiado geopolíticamente después de los ataques terroristas, quedando al descubierto el final de la idea de transición hacia la prosperidad y la estabilidad global que predominó desde finales de los años 80, durante la posguerra fría. Ha estado ocurriendo una transformación profunda, aún difícil de medir en todas sus consecuencias, en la balanza de poder e intereses mundiales, en la agenda política y de seguridad global, y –más lentamente– en las formas organizativas para atenderlas. En lo inmediato, los ataques y lo que se avizora como una larga y compleja campaña contra el terrorismo introducen consideraciones urgentes de seguridad, a la vez que algunos incentivos para la coordinación política regional y hemisférica.

Más allá del papel político y estratégico de la OEA y el TIAR, los mecanismos de diálogo y de coordinación política de los más importantes esquemas de integración podrían servir como ámbitos para conciliar la atención a lo económico y a lo político. Para hacerlo tienen ante sí una oportunidad extraordinaria. Sin embargo, eventuales complicaciones en el escenario militar de la lucha con-

tra el terrorismo, la posibilidad de acentuación y extensión de los focos de violencia regional y, en suma, la sostenida pérdida de condiciones de legitimidad y eficacia para la gobernabilidad, pueden sumarse a la tentación de las urgencias económicas para debilitar los ya frágiles tableros de la integración: sus principios y sus reglas.

El tablero, los tableros

El juego integracionista latinoamericano y caribeño se mantiene abierto en un amplio sistema de negociaciones: desde los numerosos acuerdos bilaterales, hasta los subregionales, regionales, hemisféricos y extrarregionales. En el contexto descrito, en cada uno de esos tableros tiende a prevalecer la tentación de lo urgente por encima de la conciencia de lo importante para la reconstrucción

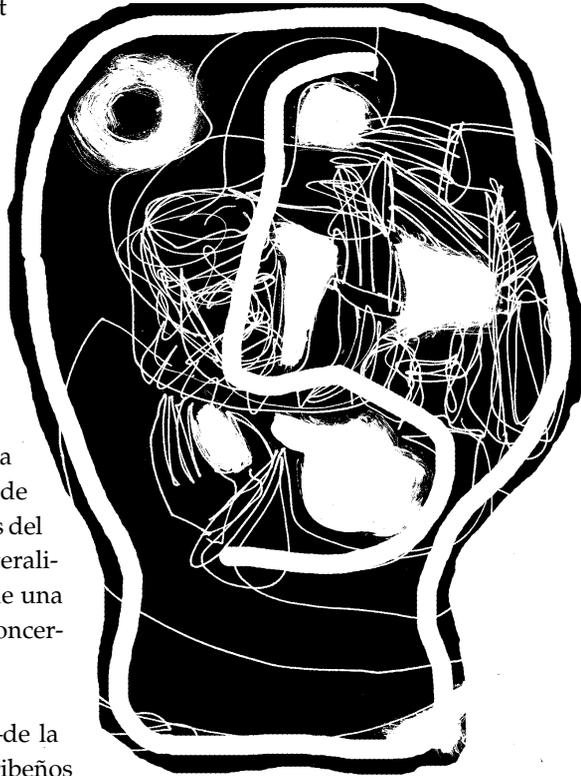
***en el tablero
 multilateral
 –de la OMC–
 los países
 latinoamericanos
 y caribeños tienen
 un complicado
 desafío***

del comercio y la estabilidad económica. Predominan las preocupaciones y cálculos políticos inmediatos sobre las prioridades y las cuentas de más largo alcance de los beneficios de un proyecto sociopolítico más amplio, pero también de más lenta y cuidadosa construcción.

Dejando de lado un vasto espectro de acuerdos bilaterales, hay tres grandes tableros por atender a partir de las negociaciones en marcha o ya concluidas. El primero corresponde a un heterogéneo conjunto de arreglos subregionales cuyos principios, reglas y características institucionales los hacen cercanos al modelo OMC (como en el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y del Grupo de los Tres) o a los acuerdos de integración más afines a la idea clásica de transitar desde la liberación de aranceles hacia el mercado común (como el Sistema de Integración Económica de Centroamérica, la Comunidad Andina –CAN– y el Mercosur). Este conjunto, complementado desde septiembre de 2000 desde Brasilia con el proyecto de integración sudamericana –cuyo plazo es enero de 2002– que va negociándose entre la CAN y el Mercosur, es el más cercano y directamente relacionado con las necesidades regionales. Pero este juego es también –sin duda– el más vulnerable a las presiones de las urgencias económicas y de las prioridades de seguridad de cada país. Así lo evidencian las crecientes tensiones y enfriamientos entre socios muy importantes para acuerdos subregionales y para la integración suramericana –i.e. Argentina-Brasil, Argentina-Chile, Venezuela-Colombia, México-Venezuela– que se han acentuado a medida que aumentan las dificultades económicas y políticas en Latinoamérica y el Caribe.

El segundo tablero es el de la integración hemisférica. A pesar de la continuidad del trabajo de los grupos de negociación que siguen teniendo como meta el año 2005 para el establecimiento de una zona de libre comercio, y no obstante del respaldo político que finalmente recibió este proceso en la Cumbre de Québec de abril de 2001, los obstáculos para avanzar en los plazos previstos han aumentado con el deterioro de las economías del hemisferio, desde la estadounidense hasta la argentina. Aquí el factor geopolítico puede introducir nuevas complicaciones. La solicitud del representante comercial de Estados Unidos, Robert Zoellick, para que el Congreso conceda la *Trade Promotion Authority* (antes «vía rápida») al presidente George W. Bush, hecha días después de los ataques terroristas, es una señal importante sobre el giro que pueden tomar las negociaciones comerciales. En efecto, al señalar que la idea es favorecer tan rápidamente como sea posible la liberación del comercio para los países que colaboren en la lucha contra el terrorismo, se está introduciendo un incentivo geopolítico desde el Norte, a la vez que estimulando la consideración de las urgencias económicas y sociopolíticas del Sur del hemisferio, incentivando la bilateralización de las negociaciones en medio de una ya debilitada capacidad de actuación concertada desde Latinoamérica y el Caribe.

Finalmente, en el tablero multilateral –de la OMC– los países latinoamericanos y caribeños tienen un complicado desafío luego que desde Doha (Qatar) ha sido lanzada una nueva ronda de negociaciones sobre una amplia agenda de temas, todos en extremo importantes para la recuperación global del comercio. Este ámbito es de enorme relevancia porque en él, como han advertido negociadores de países comercialmente tan diversos como Brasil y Chile, se está sometiendo a prueba la efectiva voluntad de negociar multilateralmente y de prestar atención a las necesidades e intereses de los países latinoamericanos y caribeños. Allí se negociarán principios, reglas y disciplinas en temas comerciales y no comerciales que son particularmente sensibles



para las relaciones económicas en nuestro hemisferio: agricultura, acceso a mercados, ambiente, propiedad intelectual, solución de controversias y aplicación de los acuerdos y del principio del trato especial y diferenciado, entre los más importantes, en circunstancias en las que ha aumentado la conciencia mundial de interdependencia y de la necesidad de atender los problemas de pobreza y la desigualdad que favorecen al terrorismo con todas sus relaciones y secuelas.

Este tablero corresponde sin embargo a un juego muy amplio, en el que la variedad de temas, intereses y participantes puede terminar diluyendo las posiciones latinoamericanas y caribeñas dado un contexto en el que las urgencias y la disgregación subregional y regional hicieran más difícil la coordinación de posiciones y el fortalecimiento de capacidades de negociación e influencia, aumentando la tentación de buscar pocos y decisivos socios.

Las dificultades en los tableros más cercanos y las presiones geopolíticas, económicas y sociales, van moviendo el juego a otros tableros dentro y fuera del hemisférico, ahora con una marcada tendencia a la bilateralización y a una complicada geometría de alianzas en torno de temas específicos.

Los jugadores y sus apuestas

El contexto y los tableros de la integración, tal y como han sido descritos, parecen sugerir que los más importantes jugadores y apuestas en el desarrollo de la dinámica de la integración volverán a ser esencialmente gubernamentales. En realidad, es innegable el peso creciente de individualidades, grupos y organizaciones, que en un ambiente cada vez más transnacionalizado han sido y seguirán siendo parte –por acción u omisión, por apoyo u oposición– de una paradójica dinámica mundial de integración y fragmentación. Es más, estrictamente hablando, el más significativo flujo comercial mundial seguirá siendo transnacional, en tanto ocurre entre y dentro de grandes corporaciones, entre y dentro de regiones. Dicho todo esto, sin embargo, es imposible ignorar que la aparición de serias y aún poco conocidas amenazas a la seguridad nacional e internacional y a los prospectos de estabilidad política y prosperidad económica global, vuelven a dar a los gobiernos nacionales y a las organizaciones internacionales una responsabilidad fundamental en la mediación entre los intereses privados y los públicos, los generales y los especializados, lo central y lo descentralizado, así como en la búsqueda del equilibrio entre la eficacia y la legitimidad de la agenda económica, entre las urgencias de corto plazo y la visión del largo plazo.

El terrorismo y la seguridad global

El artículo analiza las novedades implícitas en los ataques del 11 de septiembre de 2001, para el sistema histórico de relaciones y conflictos interestatales. Sin embargo, no resulta evidente que vaya a producirse una reformulación básica de las relaciones internacionales, las que seguirán incorporando, como desde mediados de los años 90, nuevos tipos de actores junto con los tradicionales, los Estados.

Shiguenoli Miyamoto

Independientemente de la durabilidad, la extensión y los resultados de la guerra declarada por Estados Unidos a Afganistán, el concepto de seguridad deberá ser revaluado por todos los miembros de la comunidad mundial. Tradicionalmente, los temas de seguridad nacional e internacional estuvieron orientados hacia el pensamiento de conflictos que involucraban a dos o más Estados. Ya sea por discordia fronteriza o por problemas políticos, tales divergencias, en el límite, siempre hicieron que los gobiernos, en nombre de sus banderas, decretaran la guerra a sus enemigos, fueran ellos vecinos o estuvieran ubicados en latitudes más distantes. Nada más natural que pensar bajo este prisma. Incluso conocidos autores, como Raymond Aron, en *La paz y la guerra entre las naciones*, ya llamaba la atención sobre el hecho de que el sistema internacional está compuesto por una serie de unidades que, en última instancia, son susceptibles de hacer una guerra generalizada. Esos agentes tienen, por lo tanto, poderes diferenciados y se relacionan desigualmente. Por eso mismo cualquier país, independientemente de su tamaño y su localización geográfica, tra-

Shiguenoli Miyamoto: miembro del Departamento de Ciencia Política del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estadual de Campinas (Unicamp), Brasil; libre-docente en Relaciones Internacionales y Política Comparada por la Unicamp; doctor en Ciencia Política por la Universidad de São Paulo.

Palabras clave: terrorismo, relaciones internacionales, seguridad global.

***Las guerras,
 siempre fueron
 pensadas
 entre dos
 o más agentes
 que presentan
 cierta paridad
 de recursos***

ta de maximizar sus capacidades, tanto en los elementos tradicionales (territorio, Fuerzas Armadas, población, recursos naturales), como por inversiones en ciencia y tecnología, dedicando gran parte de su presupuesto a esas variables.

Las guerras, a su vez, siempre fueron pensadas entre dos o más agentes que presentan cierta paridad de recursos.

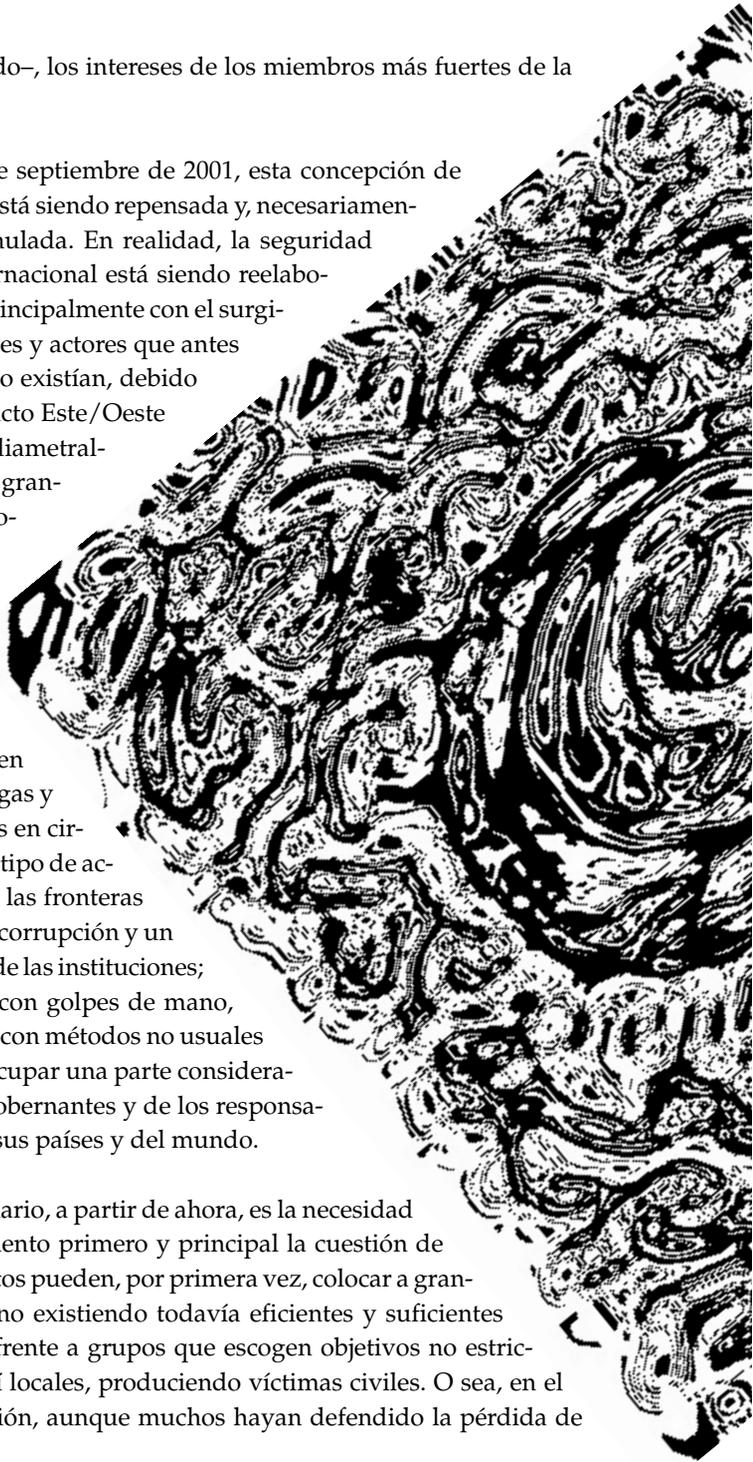
En caso contrario, se configuraría, en principio, un cuadro en el que la desproporción exagerada haría que el conflicto se redujese a una simple masacre por parte del país que tiene más poder. A pesar de que el sistema internacional se ha caracterizado por presentar relaciones de poder asimétricas, no necesariamente las divergencias entre los diversos Estados fueron o son resueltas por la vía de las armas. Tendríamos, teóricamente *a priori*, un vencedor, aunque eso en la práctica no siempre se observe en términos históricos, no solo en periodos más remotos, sino también en la actualidad. Por esa razón, países que presentan vocaciones revolucionarias para conducir sus políticas externas, concientes de las disparidades de poder utilizan medios no convencionales para ver consideradas sus peticiones, o para llamar la atención mundial debido a la necesidad de pensar y remodelar las relaciones internacionales bajo otras perspectivas.

Bajo ese prisma, la seguridad internacional siempre estuvo asegurada por uno de los siguientes modelos: a) un cuadro general en el cual haya relativo equilibrio de fuerzas entre dos o más agentes, cada uno de ellos liderando un bloque; b) un modelo en el que predomine un gobierno mundial, a través de los principios federativos, en el que todos los miembros de la comunidad global necesariamente ceden, de manera voluntaria o forzada, parcelas o la totalidad de su soberanía (caso nunca verificado hasta el presente); c) o un esquema que priorice la seguridad colectiva, es decir, cuando un agente puede desestabilizar el cuadro regional o internacional, que deba ser neutralizado o reprimido para que haya relativa normalidad institucional. Esos modelos, sin embargo, consideran los conflictos entre Estados soberanos en tanto son los actores más importantes del sistema internacional, obviando la existencia de otros miembros y otorgándoles un papel de menor relevancia, como las organizaciones internacionales y no gubernamentales, grupos étnicos o religiosos, u otros de naturaleza variada que buscan que sus reivindicaciones sean oídas y principalmente atendidas. En cualquiera de los ejemplos arriba mencionados, la seguridad regional o internacional estaría asegurada habiendo una relativa estabilidad en el sistema mundial, con la constitución de un orden donde prevalezcan, lógicamente –como

históricamente ha ocurrido—, los intereses de los miembros más fuertes de la comunidad.

Con los sucesos del 11 de septiembre de 2001, esta concepción de seguridad internacional está siendo repensada y, necesariamente, tendrá que ser reformulada. En realidad, la seguridad tanto regional como internacional está siendo reelaborada desde los años 80, principalmente con el surgimiento de nuevas variables y actores que antes no eran privilegiados o no existían, debido a la centralidad del conflicto Este/Oeste que colocaba en campos diametralmente opuestos a los dos grandes líderes de los superbloques. Así, la seguridad ecológica (que toma en cuenta los problemas ocasionados por los desequilibrios ambientales); la desestabilización de gobiernos en función del tráfico de drogas y de los billonarios recursos en circulación, oriundos de ese tipo de actividad dentro y fuera de las fronteras de un Estado, generando corrupción y un funcionamiento precario de las instituciones; y los ataques de grupos con golpes de mano, cada vez en mayor escala con métodos no usuales de actuación, pasaron a ocupar una parte considerable de la agenda de los gobernantes y de los responsables por la seguridad de sus países y del mundo.

Lo que cambia en el escenario, a partir de ahora, es la necesidad de considerar como elemento primero y principal la cuestión de los ataques terroristas. Estos pueden, por primera vez, colocar a grandes países bajo presión, no existiendo todavía eficientes y suficientes mecanismos de defensa frente a grupos que escogen objetivos no estrictamente militares, pero sí locales, produciendo víctimas civiles. O sea, en el contexto de la globalización, aunque muchos hayan defendido la pérdida de



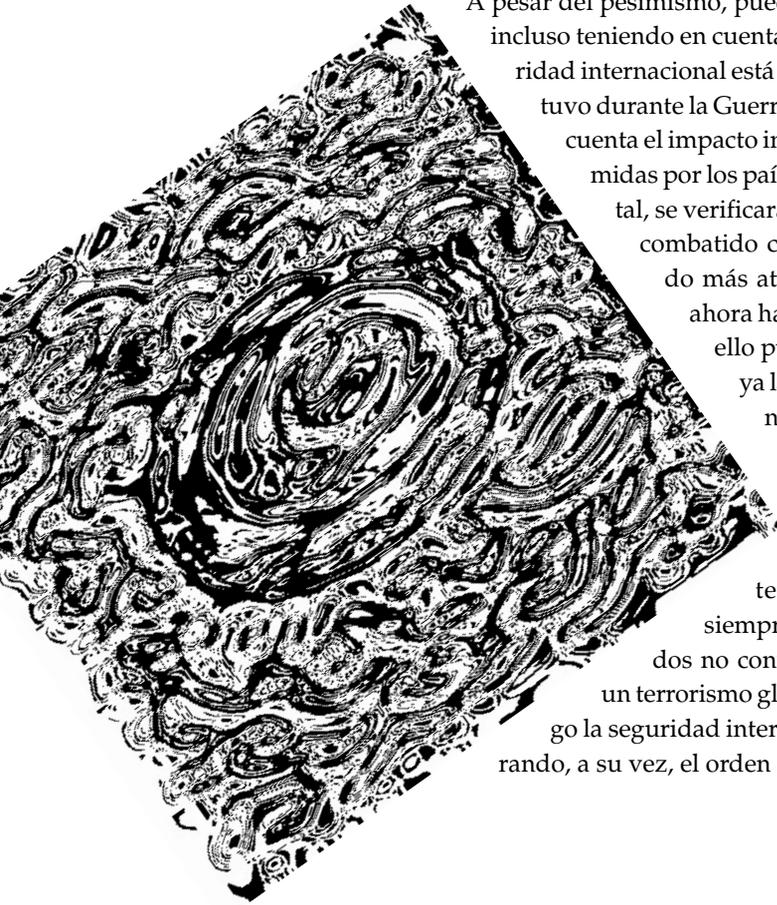
importancia de las cuestiones relacionadas con los problemas estratégico-militares, los sucesos recientes vienen a comprobar el equívoco en los abordajes de esta naturaleza.

Por eso la seguridad internacional, a partir de ahora debe colocarse en la línea frontal de todos los países, independientemente de sus poderes y de su condición físico-geográfica. No obstante cabe la pregunta: ¿por qué privilegiar esta corriente de las relaciones internacionales si solo un país fue objeto de acciones con la magnitud con que ocurrió, si existen problemas de igual o mayor envergadura (medio ambiente, hambre, sida, etc.) que afligen a casi la totalidad del resto de países? Además, dicen otros, todavía podemos considerar que EEUU siempre fue hostil a las solicitudes de los países en desarrollo e implementó sin piedad políticas imperialistas, a sabiendas de las consecuencias para otras naciones con menor campo de acción en el escenario mundial, sin embargo, en el cuadro actual y de los años por venir, consideraciones de esta naturaleza no influirán en la racionalidad de los gobernantes. La actuación de grupos que operan en forma invisible, enemigos sin rostro, puede alcanzar a cualquier país y en cualquier momento, recurriendo a este expediente cuando sus solicitudes no sean atendidas. Al actuar en forma radical cada vez que lo consideren necesario, pasarán por encima de las instituciones internacionales y de las agencias responsables. O sea, se crearía un orden (desorden) en el que las reglas tenderían a ser subvertidas y utilizadas conforme a las conveniencias de esos grupos, sean cuales sean sus motivaciones, sin acatar cualquier convención internacional y echando por tierra todos los acuerdos. Es por esto que los gobiernos están reevaluando su actuación frente a esos nuevos actores –que sin embargo no son tan recientes–, readecuando y reelaborando nuevos códigos que puedan ser utilizados con vistas a mantener la seguridad internacional, para que todo –en los planos político, económico, cultural, etc.–, funcione adecuadamente sin riesgo de mayores problemas, eliminando el peligro de paranoia permanente. Bajo esta óptica se entiende la atención dada por el gobierno norteamericano a la legislación antiterrorista, aprobada el 25 de octubre de 2001, o a los acuerdos más amplios con otros países.

De cualquier manera pese a estas nuevas orientaciones no podemos decir que la seguridad internacional esté en peligro. Lo que está en juego, y deberá profundizarse en los próximos años, es la mayor atención que las potencias deberán prestar a este asunto, ya que son ellas las que le dan forma al mundo y son el objetivo de esos grupos menos dispuestos al diálogo, en un contexto de acentuada asimetría de poder en el sistema internacional. Así, las potencias deberán crear programas y órganos específicos volcados hacia el antiterrorismo,



reforzando igualmente los servicios de inteligencia y canalizando recursos para esas nuevas actividades. Aun países de menor influencia en el escenario internacional deberán caminar en esa dirección. La atención concedida al asunto tendrá, incluso, que orientarse en términos regionales en los debates sobre esos problemas en las nuevas reuniones de los ministros de Defensa de las Américas, que se realizan en el continente desde mediados de la década de los 90. Por otro lado, puede cuestionarse si una acción global antiterrorista, como la propuesta por la OTAN, será eficaz o verdaderamente útil, en la medida en que el terrorismo no afectará a todos los países con la misma intensidad, debiendo concentrarse en los de mayor influencia del sistema internacional.



A pesar del pesimismo, puede decirse también que incluso teniendo en cuenta estos peligros la seguridad internacional está amenazada como lo estuvo durante la Guerra Fría. Aun teniendo en cuenta el impacto inicial y las acciones asumidas por los países del mundo occidental, se verificará que el terrorismo será combatido con más rigor, recibiendo más atención de la que hasta ahora había tenido. Pero no por ello puede decirse que desde ya las relaciones internacionales estarán regidas por la idea de que las conductas de grupos inconformes con su propia situación interna y externa estarán siempre orientadas por métodos no convencionales, alentando un terrorismo global, colocando en riesgo la seguridad internacional y desestructurando, a su vez, el orden establecido.

Los límites de la seguridad

Fernando Bustamante

Los atentados de septiembre de 2001 han producido un cambio en las premisas de la seguridad pública, invadiendo terrenos hasta entonces vedados a la vigilancia. Sin embargo, la energía que se emplea en el control de la vida social puede tener como consecuencia un sobrediseño por donde se pierda la energía del mismo sistema, incluyendo la desnaturalización de las actividades humanas.

En *La condición postmoderna*, Jean-François Lyotard cita un cuento de Jorge Luis Borges en donde se cuenta la ruina de un emperador chino por intentar hacer un perfecto mapa de sus dominios. Llevar adelante esta tarea en la escala que requería una copia exacta, hasta el menor detalle, del reino, requirió dedicar tantos recursos, mano de obra y tiempo, que no quedó gente suficiente para cultivar los campos y trabajar en la industria.

Lyotard trae a colación esta metáfora a fin de explicar por qué –a su juicio– la lógica del control y de la «governabilidad» encuentra unos límites precisos, basados en las leyes de la termodinámica. En efecto, un aparato que pretenda controlar perfectamente al sistema, requerirá de una cantidad de información (y energía) bastante similar a la del propio sistema sobre el que opera, del cual, inevitablemente, deberá absorber la energía provocando una entropía incompatible con su supervivencia.

El dilema que se ha hecho palpable a partir de los brutales atentados del 11 de septiembre de 2001, puede ser una buena ocasión para reflexionar sobre la concepción subyacente de la seguridad que se despliega en los discursos, planes y acciones de Estados Unidos y de la mayoría de sus aliados en la «guerra» contra el terrorismo.

Fernando Bustamante: sociólogo ecuatoriano, especialista en temas de seguridad y defensa; profesor del Colegio de Artes Liberales de la Universidad San Francisco, Quito; consultor de organismos nacionales e internacionales.

Palabras clave: seguridad, políticas de seguridad, control político.

La reacción más frecuente, inmediata y práctico-discursivamente dominante se ha encaminado a aumentar «los controles» destinados a detectar e impedir la acción de los potenciales «terroristas». En esta retórica, las propuestas y acciones convergen sobre la puesta en marcha de un conjunto de medidas invasivas, que tiene por común denominador aumentar la información disponible para los aparatos de seguridad y los medios de intervención destinados a pa-ralizar los planes del enemigo. Como, por definición, sin dichas invasiones al mundo vital de las personas es imposible saber de antemano quiénes son los terroristas futuros (como tampoco puede saberse quién es un futuro criminal), la vigilancia debe tener como blanco al conjunto de la población (incluyendo tendencialmente a los propios controladores). La amenaza se presenta tan temible y generalizada, capilar y difusa, que una consecuente lógica derivada de estas demandas debería llevar a un incremento sustancial de la visibilidad panóptica de las sociedades en su conjunto. En otras palabras, llevaría a un importante aumento de la energía destinada a lograr niveles de información sobre las actividades e intenciones de las personas.

***todo recurso
técnico
puede ser
utilizado
para realizar
acciones
agresivas***

Si la alarma actual apunta a un estado de «cero riesgo» que asegure la ausencia de nuevos atentados y ataques terroristas, tal vez ello implica más que lo que los asustados demandantes pueden anticipar: por ejemplo, una situación que garantice que nadie morirá por ataques bioterroristas (como los llevados a cabo a través del correo, difundiendo esporas de carbuncho), requiere de un estado de transparencia social que bordea límites utópicos. De hecho, lo que los atentados recientes ilustran de manera terrorífica, es que prácticamente todo recurso técnico, instrumento constitutivo de la vida social moderna, puede ser utilizado para realizar acciones agresivas. En último término hasta los propios cuerpos humanos son armas potenciales, de la que no se excluye el propio deseo de supervivencia, el cual puede ser puesto en la balanza de esta guerra nihilista que parece haberse inaugurado.

Un cuchillo de plástico, una carta, un par de manos, un avión de pasajeros, una sustancia química de uso doméstico, etc., son desde ahora fuentes potenciales de peligro. Pero si esto es así, y si se insiste en una demanda de garantía tendencialmente total (que nunca vuelva a ocurrir nada semejante), entonces es toda la cotidianeidad la que debe ser puesta bajo vigilancia y con ello toda actividad humana es susceptible de caer bajo la lente de la alerta temprana. Pero intentar esta tarea seriamente tiene como consecuencia un fuerte aumento de los recursos y del personal cuya tarea y misión sería la de proporcionar seguri-

dad (vigilar). Puede uno fantasear situaciones absurdas y extremas, en que cada persona y acción estarían enmarcadas, rodeadas y reduplicadas en una sombra de vigilancia («un policía detrás de cada ciudadano»). Sin llegar a estos extremos improbables, la tecnología podría permitir multiplicar la capacidad de vigilancia de los vigilantes. Por ejemplo: un sistema orwelliano de cámaras de TV que penetren el tejido social y lo controlen.

Sin embargo, en última instancia alguien debe leer esta información, interpretarla y tomar decisiones en torno de ella, y esta capacidad tendría el límite del cerebro humano para manejar decisiones e información en tiempo real: ¿cuántos controladores serían necesarios detrás de las pantallas del «Hermano Mayor»? A menos que se quiera montar sistemas de inteligencia artificial, robotizados, que actúen automática e instantáneamente. Sin embargo, el control y

***toda tecnología
 de vigilancia
 aumenta el
 ámbito de
 información
 disponible para
 el sujeto del
 control***

supervisión de estos sistemas de inteligencia artificial crean otros problemas en cadena que están lejos de haberse resuelto. En todo caso, los argumentos anteriores apuntan al menos a tres ideas fundamentales:

– La seguridad entendida como eliminación tendencialmente total de riesgos precisa de un uso de recursos sociales cada vez mayor, y ello implica que la actividad humana debe desviarse crecientemente a la vigilancia. Esto solo puede ser a costa de las actividades y medios que se requieren para llevar adelante la vida económica, cotidiana, social, cultural, etc. La seguridad puede llegar a devorar la trama que se supone debe proteger. Una vida segura al máximo es un mínimo de vida.

– La seguridad, en la medida que se hace más segura, debe interferir con las actividades aseguradas, ya no solo con la energía requerida para llevarlas adelante, sino con su misma naturaleza sustantiva. El valor sustancial sustantivo de un viaje, por ejemplo, se ve afectado por el cúmulo de molestias, vejaciones y controles a los que el viajero debe someterse; el disfrute de un deporte o una actividad del cuerpo, a partir de cierto punto merma y se marchita a medida que crece el aparataje destinado a asegurar al sujeto que no sufrirá lesión o accidente alguno. En otras palabras, el valor intrínseco de la vida misma se ve erosionado por aquello destinado a protegerla: una actividad totalmente asegurada deja de ser ella misma y termina siendo apropiada por los mecanismos de seguridad que se le imponen. Buena parte del placer y vitalidad de un viaje, un deporte, una relación humana, están en que puedan desplegarse de acuerdo con su propia lógica y no alienarse en el cuidado de sí mismas.

– Finalmente, pero no menos importante, existe otro aspecto de la lógica del control que se escapa a todo esfuerzo de seguridad: las medidas de seguridad, los aparatos, las tecnologías, son ambiguas y pueden ser utilizadas de maneras no anticipadas. Al fin y al cabo los actuales terroristas usan técnicas e instrumentos que no fueron diseñados para matar o dañar. A todo objeto se le pueden encontrar nuevos usos, inclusive aquellos específicamente orientados a la vigilancia. No solamente se trata de que toda arma tiene más de un filo, sino que los propios vigilantes pueden usar sus instrumentos de vigilancia para acciones colaterales que socavan la seguridad. Un ejemplo pueden ser las cá-



maras de TV en lugares públicos, que están ostensiblemente destinadas a proteger a la ciudadanía en el curso de su transitar diario; sin embargo más de un transeúnte podría preguntarse si el anónimo vigilante no usará la información obtenida para otras acciones capaces de mermar su invocada seguridad.

De hecho, esta situación deriva de otra característica de los sistemas de control: la medición (recolección de información) modifica el subsistema controlado y este cambio implica un contra-control sobre el aparato de vigilancia. Toda tecnología de vigilancia aumenta el ámbito de información disponible para el sujeto del control. El perseguido «aprende» a desarrollar contra-usos de aquello que lo vigila y puede volverlos contra la persecución. Cualquier arma nueva es una posible arma en manos de su blanco. Es curioso, por ejemplo, ver cómo se expande el temor a que el propio arsenal celosamente desarrollado por las grandes potencias caiga en manos de sus enemigos. Quien inventa nuevas formas de vigilancia abre, sin proponérselo, una caja de Pandora que en cualquier momento puede vomitar descontroladamente sus contenidos en lugares y ámbitos no anticipados ni anticipables.

De esta manera la seguridad por el control se revela como la persecución de una vana ilusión, como un intento de llegar al horizonte, pero esta ilusión, aunque imposible, no tiene efectos triviales: como el emperador chino del cuento pudo comprobar dolorosamente, puede arruinar la vida que se quiere preservar. Una seguridad extrema es tan letal como una ausencia de seguridad. Por ello, al tratar sobre este tema es necesario resucitar el concepto de «moderación» (o de suficiencia).

Ello requiere de una revisión a fondo del concepto mismo de «seguridad» y de las expectativas ligadas a ella. Después de todo, la «seguridad» no es más que un término que recubre un amasijo de sensaciones, ideas, emociones y experiencias que anidan en el mundo de la vida (*Lebenswelt*). Una concepción posible y no violenta de la seguridad requiere un examen detenido de los mundos de vida que se quiere proteger, preservar y permitir. La política de seguridad debe estar encaminada a hacer posibles esos mundos de vida y aquellos componentes que los hacen deseables y necesarios para la realización más plena posible de lo que los torna «vivibles» y valiosos. La seguridad no es una variable a maximizar, sino un término que debe ser sometido al análisis crítico y fenomenológico de la cotidianeidad. Preservar esta cotidianeidad y hacer posible una vida tolerable constituye la última *ratio* de la seguridad, y no el determinar estados sistémicos y de ciertos valores definidos abstractamente, desde la idealidad de una gobernabilidad de la existencia social.

Viejas y nuevas razones de la razón gestiva

(viejas y nuevas luchas de la emancipación solidaria)

Alberto M. Binder

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 aceleraron la disputa o los acuerdos entre las potencias que quieren formar parte de la nueva gestión del «sistema-mundo». En este escenario global, con el fin de la sociedad fragmentada como modelo social al servicio de la desarticulación de toda resistencia, una «sociedad de castas» en el seno de la sociedad mundial será la base social del nuevo orden.

Reflexionar con amplitud sobre hechos tan recientes solo se puede hacer con prudencia –y entonces el lector se aburrirá– o con audacia, asumiendo el riesgo mayúsculo de la equivocación inocultable. Por otra parte, es conveniente dejar claro que nada de lo que nos acontece tiene su causa en los atentados a las torres gemelas, aunque este hecho brutal aparezca como el desencadenante de un nuevo mundo.

Pese a todos los análisis de «fin de época», en unos pocos minutos renació el Estado moderno con nuevos bríos y viejas mañas. La sorprendente vulnerabilidad de las superpotencias y el miedo de sus poblaciones, aceleraron lo que apenas se vislumbraba: el proceso de globalización, como un *factum* provocado por la nueva revolución tecnológica, transcurría por carriles que no eran los más convenientes para las potencias con capacidad de gestionar el mundo. Sociedad global no es lo mismo que orden global. Y lo que ahora discutimos con claridad es el *nuevo orden* que reclama el «hecho» de la sociedad mundial.

Alberto M. Binder: director del Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales - Incip; profesor de posgrado en la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad del Zulia (Venezuela); asesor de organismos internacionales y de diversos países latinoamericanos en programas de reforma judicial.

Palabras clave: Estado moderno, Estado supranacional, fragmentación social.

Lo que aceleró el 11 de septiembre de 2001 es la disputa o los acuerdos entre aquellas potencias que quieren formar parte de la nueva gestión del «sistema-mundo». El «mundo musulmán» –sin tener claro lo que ello sea– será solo campo de batalla, ya que no está en condiciones de formar parte del nuevo polo gestor de la humanidad. Más bien se trata de una civilización que, a su manera, desde hace siglos plantea resistencia a ser gestionada desde una «totalidad» construida desde el centro occidental del poder. Hoy por hoy –y todavía– constituye el último sector significativo de la sociedad global que se resiste a aceptar las reglas impuestas por las potencias de Occidente y sus nuevos socios asiáticos (China y Rusia), todos agrupados en el Consejo de Seguridad. África y Latinoamérica solo serán espectadores u obtendrán algún beneficio según el

***la Guerra Fría
 fue solo un
 orden transitorio
 y la posmodernidad
 una mera
 ilusión óptica***

grado de lealtad o de obsecuencia, dado que han perdido toda capacidad de resistencia –y la que oponen diversos grupos y movimientos sociales no es por ahora significativa.

Suena extraña la afirmación de que los nuevos gestores del mundo debían poner fin a la globalización. Sin embargo, a su aceleración y diversidad, a la tecnología barata y disponible, la apertura de los mercados, la enorme acumulación de riquezas, la sociedad televisada y otros fenómenos similares les faltaba un «orden». Para lograrlo, nada mejor que un viejo instrumento, *el Estado moderno*: artificio político con una enorme capacidad de construir y manejar realidades. Cuando Occidente descubrió el «nuevo mundo» necesitó adaptarse para administrarlo (monarquías absolutas, primera fase del Estado moderno); cuando la Revolución Industrial y el ascenso de la burguesía generaron la posibilidad de «explotarlo» como nunca antes, produjo una nueva adaptación (el Estado bonapartista y el régimen colonial, segunda fase del Estado moderno); y, finalmente, cuando ya no se puede explotar el mundo sin graves consecuencias planetarias y la riqueza acumulada alcanza para que toda la humanidad pueda vivir adecuadamente (es decir, en el momento en que el capitalismo está en condiciones de cumplir su promesa –ilusión– básica, pero también acabaría con su motor esencial, que es generar desigualdad y privilegio) se produce una nueva adaptación y nace el Estado supranacional (tercera fase del Estado moderno). Las sucesivas «crisis de globalización» siempre han provocado «saltos cualitativos» de la modernidad. Ahora queda más claro que la Guerra Fría fue solo un orden transitorio y la posmodernidad una mera ilusión óptica.

En su *Ética de la liberación*, Enrique Dussel nos enseña que la modernidad es el «fruto» de la gestión de la «centralidad» del primer «sistema-mundo», y para

hacerlo debe recurrir a la «razón simplificadora» que reduzca la complejidad del mundo a fin de permitir una gestión eficaz. «Los efectos de esa racionalización simplificadora para tornar manejable el sistema-mundo son quizás más profundos y negativos que lo que Habermas o los posmodernos se imaginan». Del mismo modo, el nuevo orden mundial deberá simplificar la inocultable diversidad que ha producido la nueva globalización. Como el contradictorio «mundo musulmán» con su riqueza, radicalidad, carácter expansivo, historia, pobreza y desigualdad hiriente; con sus contrastes, virtudes, mensajes para la humanidad, violaciones a la dignidad del hombre, monumentos culturales, contribuciones filosóficas, literarias y científicas, Estados sin legitimidad, y su violencia; en fin, una civilización que lucha para no ser simplificada y por eso no es funcional para la nueva etapa de la razón gestiva.

Antes que un choque de civilizaciones lo que está en juego es un nuevo combate entre la diversidad y la nueva simplificación que reclaman las nuevas tareas de la razón gestiva, para ponerle bases firmes al nuevo Estado moderno. Es el fenómeno inverso al de la «cristiandad», que siempre se plegó a las necesidades de la razón gestiva occidental. Pero además de la «nueva simplificación», al centro gestor le era imprescindible resolver un problema económico (el caso del patrón deuda) y reafirmar un proyecto social global (la sociedad mundial como sociedad de castas). Para ello, echará manos, sin duda, al Estado tecnopolicial.

La primera necesidad se relaciona con una nueva etapa de expansión del capitalismo. Discutiendo sobre el concepto de capital ficticio en Marx, uno de los personajes de Manuel Scorza en *La danza inmóvil* proclama que la última etapa del capitalismo no es el imperia-
lismo, sino la esquizofrenia. Esto vale para el capitalismo de tipo especulativo que atrajo al mundo en las dos últimas décadas. Pero el problema es más grave aún. Como nunca, la humanidad cuenta con recursos suficientes para lograr el bienestar de todos, pero ha quedado definitivamente claro (¡por fin!)





que el capitalismo no reparte riquezas sino desigualdad, de allí su esquizofrenia: ¿cómo administrar tantas riquezas, manteniendo la desigualdad? Ese es uno de sus principales problemas y lo resuelve con las reglas del capitalismo especulativo, es decir, generando una actividad «ficticia» o «virtual» que produce riquezas que no pueden volcarse sobre lo verdaderamente productivo. Entonces los especuladores deben poder «retirarse» y salir del juego cuando les parezca conveniente. Para ello debe existir un mecanismo que brinde la posibilidad de cambiar la «riqueza artificial» por algo más concreto. Esa función la cumplen los bonos e instrumentos de deuda externa, que le permiten al jugador contar con un papel que nuevamente ingresa al mundo «subvirtual» del capitalismo financiero o productivo. Por eso la deuda externa de los países pobres cumple una función estructural: ella es la «banca» con la que cada tanto el capitalista virtual puede salirse del juego. La deuda externa es la contracara de la segunda dimensión del capitalismo y cumple una función de respaldo. Pero así como el patrón oro tuvo su ocaso, rápidamente se llegó al ocaso del «patrón deuda». Ya los países pobres han perdido toda capacidad de endeudamiento y las relaciones entre la primera dimensión del capitalismo y la segunda (capitalismo virtual, como lo denomina Alexander Schubert) han dejado de ser armónicas. Las crisis de globalización han sido crisis internas del capitalismo. El sistema-mundo necesita otro tipo de orden económico y ha comenzado a gestarse. Pero recordemos que todo orden económico necesita un proyecto social.

Si la «sociedad fragmentada» fue el modelo social «preparatorio», al servicio de la desarticulación de toda resistencia, la sociedad mundial como «sociedad de castas» será la base social del nuevo orden. La fragmentación no es suficiente porque tarde o temprano las condiciones adversas de vida (a través de la política, la cultura o la religión) vuelven a generar lazos grupales, pactos y comunidad. Es decir, la fragmentación no alcanza como proyecto social permanente. Una sociedad global, aun fragmentada, abre las puertas de alianzas impredecibles, de cortes transversales casi imposibles de manejar. Para superar ese modelo es necesario generar barreras más estables, círculos de realidades sin intercambio. La «fortaleza Europa», el nuevo «inside» norteamericano y otros fenómenos similares son el inicio de un proyecto social de castas. Por ahora estará: 1) el Norte y sus sociedades cerradas; 2) las elites de los países «administrados» y sus sirvientes especializados; y 3) los excluidos. Ya no son categorías territoriales, en parte, pero sí serán claras divisiones del orden social. Cada una con sus reglas, su cultura, su violencia y su acceso a la riqueza y el bienestar. Las viejas categorías del eurocentrismo necesitaban ser actualizadas frente a las nuevas tecnologías de comunicación. Es decir, la sociedad de castas es una nueva y más sofisticada forma de gestionar la diversidad, que también tendrá

su reflejo en nuevas formas de sistemas políticos falsamente democráticos.

Por último, no debemos olvidar que el Estado moderno nació como un Estado policial. Nuevas funciones para los ejércitos profesionales, nuevas burocracias y un sistema judicial al servicio del poder concentrado (inquisición). El Estado bonapartista perfeccionó el modelo en los tres planos (modernización de los ejércitos, grandes burocracias estatales y judiciales y la policía urbana moderna). El Estado supranacional recurre a los tres mismos pilares, solo que con un potencial tecnológico inimaginable. El «panóptico» –aquella metáfora de la nueva sociedad de la vigilancia que imaginaba Foucault–, es más eficaz de lo esperado. La vigilancia estatal sin controles, una frontera difusa entre la guerra y lo policial y entre la represalia y el juzgamiento. Un discurso que construye con facilidad «enemigos» y una visión expiacionista que sustenta un nuevo Estado moralizador y por lo tanto sin límites. Viejas mañas del Estado moderno, potenciadas por la tecnología del control, que también se sustenta en un «mercado» ya de proporciones mundiales.

***Una sociedad global,
aun fragmentada,
abre las puertas de
alianzas impredecibles,
de cortes transversales
casi imposibles
de manejar***

No quisiera finalizar sin una advertencia: a lo largo de los siglos nada ha sido tan lineal ni tan sencillo. El poder absoluto no existe ni existirá jamás, porque se destruye como poder (que es siempre una relación que necesita resistencia). Viejas y nuevas luchas se avencinan: la defensa de las libertades públicas (frente al Estado tecnopolicial), la recuperación de lo productivo y la distribución de riqueza (frente a la esquizofrenia del capitalismo virtual), y la destrucción de las sociedades de castas, no son más que nuevos nombres para «libertad, igualdad y fraternidad»; el viejo contradiscurso de la modernidad que desde el humanismo renacentista, pasando por la Revolución Francesa, hoy se instala en las nuevas filosofías de la liberación. Estas nuevas luchas por la emancipación solidaria deben buscar fortalecer el poder local (frente al Estado supranacional, ya que el Estado nacional ni es refugio ni se opone ya a la nueva realidad del Estado moderno) y deben buscar su lugar en los nuevos espacios políticos globales (democratizar la ONU, procurar que el sistema judicial internacional sea imparcial y no esté al servicio de las potencias estatales y «privadas», y desarrollar todas las redes posibles de fortalecimiento de nuevo «ciudadano mundial» en un renovado internacionalismo), para que las categorías de *excluido, migrante, enfermo, consumidor, refugiado* –y una rápida estigmatización de todos los luchadores como *terroristas*– no se conviertan, pura y simplemente, en los nuevos nombres de la humanidad postergada y explotada.

¿Hay oportunidades para América Latina y el Caribe en el nuevo escenario mundial?

El artículo describe las oportunidades de la región latinoamericana en su conjunto para enfrentar con posibilidades de perdurable éxito las amenazas del terrorismo internacional. Debería ponerse el acento en el diálogo intercultural, en la conquista pacífica de los derechos ciudadanos y en el consenso ético, entre otras cosas, para lograr una verdadera erradicación del terrorismo.

Otto Boye

«El mundo agoniza». Estas palabras encabezan la Declaración Final del Parlamento de la Religiones del Mundo, aprobada en Chicago en 1993¹. Sus firmantes describen la situación global en términos no menos dramáticos: «La paz nos da la espalda. El planeta está siendo destruido. Los vecinos viven en el temor mutuo. Hombres y mujeres se distancian entre sí. Los niños mueren».

En ese entonces, en el contexto esperanzador del fin de la Guerra Fría, este cuadro sombrío pudo percibirse, tal vez, como algo lejano. Ya no. Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 –y también los posteriores– han confirmado y agravado esta descripción. Las preguntas en nuestra zona latinoamericana y caribeña son las mismas que se hacen en todos los rincones del planeta: ¿Qué hacer?; ¿existe, en medio de la oscuridad reinante, alguna oportunidad, alguna esperanza?

No debemos ceder a la tentación de la pasividad y el pesimismo. Hay esfuerzos a llevar a cabo en varias direcciones, tanto dentro de los límites de la región,

Otto Boye: actual secretario permanente del Sistema Económico Latinoamericano - SELA, Caracas; ex-embajador de Chile en Venezuela (1995-1999).

Palabras clave: terrorismo, tendencias, América Latina y el Caribe.

como más allá de la misma. La profunda crisis puede –y debe– ayudarnos a acelerar la búsqueda de caminos. Reflexionar es una buena vía para avanzar en esa dirección. En este sentido, lo que sigue es un simple grano de arena. El terrorismo finalmente ha logrado ocupar un lugar central en la agenda mundial. Su espacio desde el 11 de septiembre de 2001 es de tal magnitud, que todos los demás problemas parecieran haber quedado de lado. Cuidado. Esta es una trampa en la que podemos quedar atrapados por larguísimo tiempo, con consecuencias graves e incalculables, sobre todo para regiones menos desarrolladas como la nuestra. No olvidando en ningún instante –detalle importante– que el terrorismo es en esencia un delito grave, hay una sola manera de no caer en la mencionada trampa. Consiste en no quedarnos en la pura etapa de *condena y combate* al terrorismo, sino en ir decididamente más allá, intentando también su *erradicación*.

***La profunda
crisis puede
–y debe–
ayudarnos
a acelerar
la búsqueda
de caminos***

La condena es siempre la etapa más sencilla y rápida. En esta ocasión fue categórica e instantánea. Hubo pocos ausentes. El combate, en cambio, aunque comenzó inmediatamente, no pasará de la fase de la represalia a los responsables directos de los hechos de Nueva York y Washington durante un tiempo todavía imposible de definir². Trascender ambos momentos y avanzar hacia *un mundo sin terrorismo* es una meta ambiciosa, que abre sin embargo una perspectiva mucho más rica en posibilidades de enfrentar los problemas globales y poder secar así los caldos de cultivo que generan este mal. En esta reflexión libre navegaré por las complejas aguas de esta exigencia. Ella se hace especialmente necesaria desde América Latina y el Caribe, zona que querrá sin duda hacer su propio aporte en este tema sin dejar de avanzar en la solución de sus problemas más agudos. Una política latinoamericana y caribeña que trabaje para erradicar el terrorismo, convirtiendo a la zona en territorio libre de este mal, deberá someterse a dos orientaciones metodológicas básicas:

1. Cf. Hans Küng y Karl-Josef Kuschel: *Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las Religiones del Mundo*, Trotta, Madrid, 1994.

2. América Latina y el Caribe, con excepción de la excluida Cuba, aceptó en la OEA formar parte de la alianza mundial contra el terrorismo. En efecto, el 21 de septiembre de 2001, en la XXIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores celebrada en Washington, D.C., los países expresaron su compromiso, en honor de las víctimas, de mantenerse «unidos contra el terrorismo». Invocaron incluso el casi olvidado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), considerando que los ataques terroristas del 11 de septiembre habían sido dirigidos «contra todos los Estados americanos».

1. Lo primero es siempre el diagnóstico. En este caso, deben identificarse con precisión las raíces o causas del terrorismo, mientras se combaten sus efectos³. Hay que identificar los llamados «caldos de cultivo» que alimenta la existencia del delito. Ya lo hemos insinuado: el combate al terrorismo no garantiza su erradicación. En determinadas circunstancias históricas hasta podría contribuir a su aumento o reproducción indefinida⁴.

2. Nuestro espacio latinoamericano y caribeño constituye el lugar para hacer un aporte sustantivo en el enfrentamiento al terrorismo. Existe trabajo de sobra dentro de estos límites, pues hay aquí manifestaciones de terrorismo muy actuales (narcoterrorismo, p. ej.) y bastantes «caldos de cultivo» a enfrentar (miseria, inequidad, tensiones socioculturales), para evitar que esta «planta perversa» crezca y se desarrolle.

A la vez, vislumbro al menos cinco grandes líneas de acción para nuestra región:

1. Diálogo intercultural. En nuestro propio ámbito tenemos tareas pendientes alrededor de este delicado tema. A la luz de lo que está sucediendo, debemos hacer esfuerzos para que se desarrolle un respeto profundo y una convivencia fraternal entre todos los habitantes de América Latina y el Caribe, sin distinciones de ninguna especie.

2. Métodos pacíficos de lucha por los derechos humanos, económicos y sociales. Debemos defender y promover su uso y disuadir a los que desean acudir a la violencia, por justas que pudieran parecer sus luchas, destacando la inmensa capacidad de los medios no violentos de obtener resultados positivos sin contribuir a aumentar la espiral de violencia en la que estamos envueltos⁵.

3. Difusión y promoción del consenso ético mundial alcanzado en 1993 en Chicago por el Parlamento de las Religiones del Mundo. Su Declaración, ya aludida, contiene normas éticas en las que se pusieron de acuerdo representantes de todas las grandes religiones del mundo actual. Frente a ellas definieron cuatro «orientaciones inalterables» o compromisos «a favor de una cultura»: a)

3. El derecho de toda sociedad a la legítima defensa y al castigo de los delincuentes, base del derecho penal en el mundo, debe ejercerse vigorosamente.

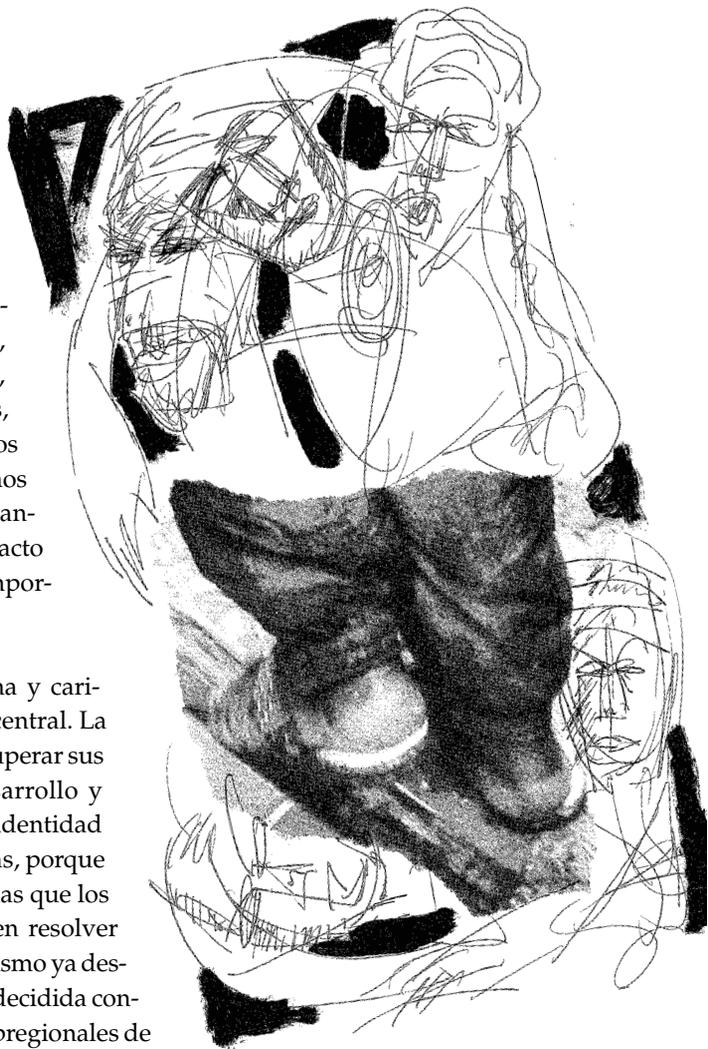
4. El conocido cientista político noruego Johan Galtung graficó esta idea cuando declaró a *Spiegel Online* (19/9/01): «Si matan a Bin Laden aparecen 10 nuevos». Esta puede ser una hipótesis exagerada, pero subraya la idea de que el mero enfrentamiento violento puede derrotar a los terroristas existentes en determinado momento, sin vencer definitivamente (o erradicar) al terrorismo en cuanto tal.

5. Cf. O. Boye: *La no violencia activa: camino para conquistar la democracia*, Santiago de Chile, 1984.

de la no violencia y respeto a toda vida; b) de la solidaridad y de un orden económico justo; c) de la tolerancia y un estilo de vida honrada y veraz; y d) de igualdad y camaradería entre hombre y mujer. Firmaron juntos, en un acto solemne, budistas, cristianos, hinduistas, judíos, musulmanes, taoístas y muchos más. A la luz de lo que hemos estado viviendo –aun desde antes del 11 de septiembre–, este acto adquiere hoy una suprema importancia⁶.

4. Integración latinoamericana y caribeña. Este tema vuelve a ser central. La región debe cerrar filas para superar sus debilidades, acelerar su desarrollo y preservar su rica y múltiple identidad cultural. Debe hacerlo, además, porque ya tiene una serie de problemas que los Estados nacionales no pueden resolver solos. El propio caso del terrorismo ya desborda muchas fronteras. Una decidida convergencia de los esquemas subregionales de integración es urgente y necesaria y constituye un camino para avanzar hacia una empresa de más envergadura, peso y alcance en el nuevo contexto internacional.

5. Política exterior concertada para hacer gobernable y equitativa la actual globalización, que parece estar fuera de todo control. Hay quienes se adelantan y



6. Los textos completos de este documento de 1993 y, también, el de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, pueden consultarse en la página web del SELA, <www.sela.org>. Mientras el primero se refiere a la ética, el segundo se desarrolla en el plano del derecho. Ambos se complementan.



creen ver que podríamos encontrarnos ya ante la posibilidad de organizar un gobierno mundial⁷. Sin descartar esta alternativa en un futuro lejano, no la creo viable en este momento. En cambio, adquiere todo su sentido avanzar deliberadamente, con acentuada voluntad política, hacia la creación de grandes bloques políticos, económicos, sociales y culturales que garanticen la gobernabilidad de la globalización, tan dañada en la actualidad. Una política exterior concertada en nuestra región no solo le daría más impulso a nuestro propio proceso de integración. También favorecería la paz en el mundo.

Nuestra zona no debe quedarse combatiendo solo los efectos del terrorismo y buscando culpables para juzgarlos. No puede gastar sus escasos recursos en esta única dimensión, sin comprometer gravemente las tareas de su desarrollo, que son, en definitiva, las únicas que ofrecen el horizonte de la erradicación de dicho mal. Se requiere una política completa que contenga, al menos, los puntos arriba enunciados. Se trata de un enorme esfuerzo, a la altura de los tiempos que corren y de estadistas visionarios. Varias generaciones, sobre todo las más jóvenes, podrían darle sentido a sus vidas aceptando este reto. Volvamos a preguntarnos si existen oportunidades en medio de esta crisis. Pienso que sí. Hace poco tiempo, un analista escribió lo siguiente en la prensa de Caracas:

La globalización del terror desmitificó la presunción de que la tecnología bélica podía hacer invulnerable a Estados Unidos. También ilustró que la superioridad militar no es suficiente para enfrenar la convicción suicida de fundamentalistas político-religiosos, lo cual sugiere que la eliminación de Bin Laden para extirpar el terrorismo es tan ilusa como la de matar a Pablo Escobar para acabar con el narcotráfico. Hay que idear otra estrategia. Lo positivo que nos dejó fue que debe germinar una conciencia de solidaridad global y nuevas formas de soberanía para atacar problemas comunes que ni siquiera los más poderosos pueden arreglar las cosas individualmente. El bien común no es obra de una voluntad solitaria, es el fruto de la solidaridad y la convivencia.⁸

Comparto esta visión estimulante y esperanzadora.

8. Cf. Agustín Amaro: «Un nuevo paradigma, un futuro cada vez más presente» en *El Nacional*, 28/10/01, Caracas.

7. Cf. Javier Tussel: «Una ocasión histórica» en *El País*, 26/10/01. El autor habla de «un gobierno mundial que imponga la construcción de la paz». Para él, esto «ya no es una utopía, sino que parece lo más funcional imaginable, incluso en el corto plazo».

Las leyes de la guerra

Creo que cuando se habla de guerra (y, por lo mismo, de paz) no hay otro representante de la filosofía política que sea más actual que Kant. Su breve escrito Paz perpetua continúa siendo un clásico en materia de paz y guerra. Hoy día, cuando en medio de otra guerra de esa ya muy guerrera posmodernidad emerge (entre aviones y terroristas; entre las bombas y el miedo; entre montañas afganas y rascacielos derrumbados; y, sobre todo, entre miles y miles de muertos) la posibilidad de una federación mundial de Estados concertados alrededor de la idea de la paz, pensar alrededor de Kant resulta un oficio intelectual muy oportuno. Ese es, entre otros, el objetivo del presente artículo.

Fernando Mires

Las instituciones de la paz

Pero antes de escribir su *Paz perpetua*, Kant ya jugaba con la idea de una federación mundial de Estados. En su posterior *Metafísica de las costumbres*, concebida en 1797, vuelve a insistir con más fuerza sobre el tema. En ese texto escribía Kant acerca de la posibilidad de establecer una suerte de Congreso de Estados en permanencia, tal como había sido ya intentado concretar en la primera mitad del siglo XVIII en La Haya en una asamblea internacional pensada con el objetivo de crear una unidad europea cuya función sería someter a arbitraje las

Fernando Mires: politólogo y sociólogo chileno; docente en el área de Política Internacional de la Universidad de Oldenburg (Alemania); autor, entre otros libros y publicaciones, de *El orden del caos* (1995); *La revolución que nadie soñó* (1996); y *El malestar en la barbarie* (1998), los tres publicados por Nueva Sociedad.

Palabras clave: derechos humanos, guerra, Kant, Habermas.

pendencias que surgían entre diversos Estados (1995c, p. 422). De acuerdo con esa idea, subrayaba Kant que la por él propuesta, no era una federación en sentido estricto, como la de los Estados Unidos de Norteamérica, sino una asociación más bien arbitraria, que podía ser disuelta en cualquier momento y cuyo objetivo era posibilitar que las relaciones entre Estados fueran reguladas de modo civil, y no «de modo salvaje» (ibíd., p. 423).

***En Paz perpetua
 queda claro
 que aquello
 que propone Kant
 es una asociación
 libre de pueblos***

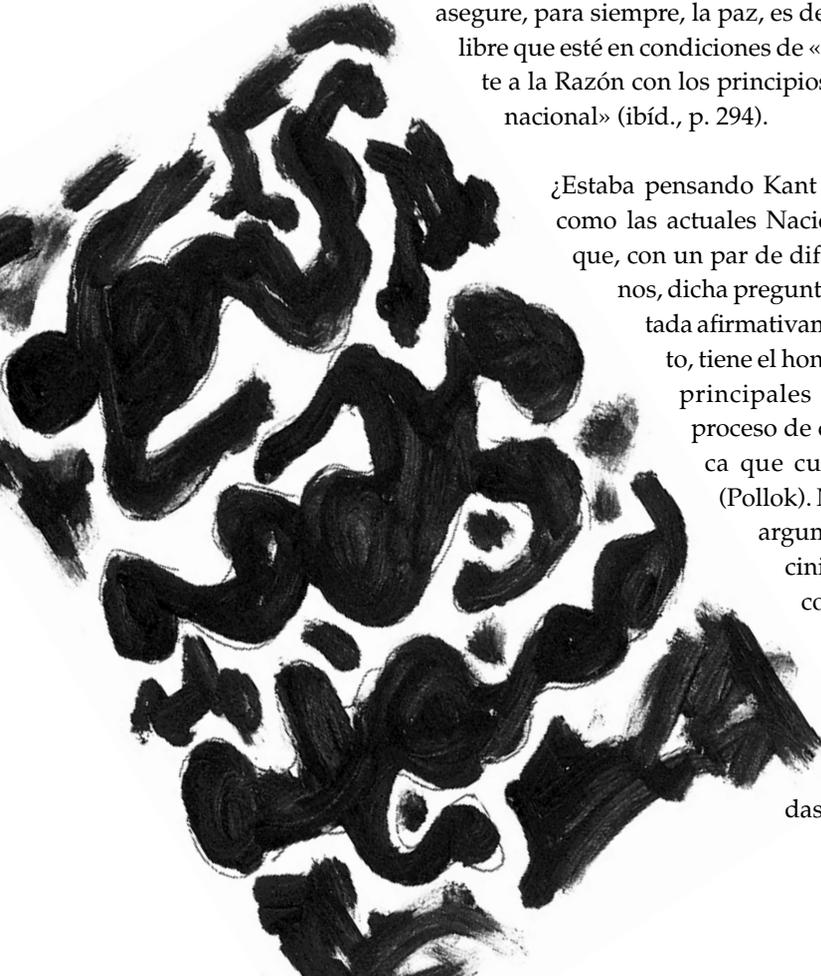
En *Paz perpetua* queda claro que aquello que propone Kant es una asociación libre de pueblos. Dicha federación debe ser la culminación necesaria de un sostenido proceso de civilización, que necesariamente ha de ser asegurado mediante un sistema de derecho. La idea, repito, no es nueva en Kant, más bien es la constante de su filosofía política. Lo nuevo es su propuesta de elevar el derecho público al espacio internacional. Pero, hay que insistir, su propuesta es una federación, y para que sea tal necesita de diversos Estados. De acuerdo con esa construcción, los sujetos son Estados que, habiendo alcanzado el estadio republicano se han convertido en entidades soberanas, propiedad que los faculta para relacionarse unos con otros en el espacio internacional. Al mismo tiempo, la federación internacional se convertiría en una suerte de protección externa respecto a los diversos estatutos republicanos internos. Como se ve, aquí no hay nada parecido a la idea de un Estado mundial que a veces, de modo erróneo, se adjudica a Kant.

La federación internacional como fase más alta del proceso de civilización es fundamentada, como es costumbre en Kant, recurriendo a su noción antropológica del ser humano como entidad natural. Los Estados, afirma, pueden ser juzgados, al igual que los seres humanos, por su capacidad para vivir juntos sin hacerse daño (1995a, p. 192). Los seres humanos han aprendido a vivir juntos dentro de las naciones, pero no todavía entre diversas naciones. Para alcanzar el estadio de la paz internacional –mediante el cual nos despediremos de nuestra condición natural originaria– se requiere de largos y difíciles procesos. Lo que quiere decirnos Kant, es que ya la guerra, pese a ser salvaje, era un paso adelante respecto a aquella supuesta era de locura absoluta en la que reinaba el caos total o la guerra de todos contra todos. Primero las guerras fueron sometidas a normas, después los propios Estados, a leyes. Y esa propiedad, afirma Kant, de los seres humanos para encontrar las normas y leyes que han de relacionarlos entre sí, muestra que en ese ser se encontraban, aun en su fase más originaria y salvaje, disposiciones morales que lo llevan a alejarse, cada vez más, de su supuesto estadio natural (ibíd.). Dicho metafóricamente: para ven-

cer a un enemigo no es necesario comerlo (destruirlo), pues si así ocurre, desaparece el enemigo y, con ello, el amigo, porque amigos solo hay cuando hay enemigos (y viceversa).

Así como dos pueblos en guerra deciden vivir en paz al interior de un mismo Estado, así dos o más Estados pueden desear hacerlo entre ellos. La institución que convierte en realidad legal ese deseo no existía en tiempos de Kant. El problema es que una institución común, un «supraestado» por ejemplo, podría menoscabar los atributos soberanos de cada Estado en particular y llevar a nuevas guerras. Es por esa razón que el federalismo propuesto por Kant no supone diversos objetivos, sino que muy pocos, dentro de los cuales el principal es la institucionalización de la paz, puntual primero, eterna después. Pero para eso no basta un contrato de paz, pues lleva a pacificar las relaciones entre Estados en el marco sólo de una determinada guerra. Lo que se requiere, en cambio, es reglamentar un código que ponga fin a todas las guerras, es decir, cuya validez sea eterna, por eso es necesaria una confederación que asegure, para siempre, la paz, es decir, un federalismo libre que esté en condiciones de «unir necesariamente a la Razón con los principios del derecho internacional» (ibíd., p. 294).

¿Estaba pensando Kant en una institución como las actuales Naciones Unidas? Creo que, con un par de diferencias más o menos, dicha pregunta podría ser contestada afirmativamente. Kant, en efecto, tiene el honor de ser uno de los principales ingenieros en ese proceso de construcción política que culminó en la ONU (Pollok). No obstante, podría argumentarse con cierto cinismo, pero también con cierta razón, que ese honor es más que dudoso. Por cierto, las naciones de este mundo, organizadas republicanamente,



han acordado reglamentar sus relaciones en el marco de una institución común. Dos de los tres artículos definitivos de Kant se encuentran plenamente cumplidos. Sin embargo, la ansiada, la soñada paz kantiana, todavía no llega. ¿Entonces, ha fracasado Kant? ¿Es la radical maldad humana superior a todas las leyes de este mundo? ¿Por qué hay guerras?

La ley no es todo

A través de Kant, Jürgen Habermas ha tratado de responder esas difíciles preguntas intentando, como muchos filósofos políticos de nuestro tiempo, actualizar las lecciones kantianas, pero también, quizás por lo mismo, criticar algunas de sus proposiciones. Por de pronto, Habermas parte de la tesis que afirma que Kant introdujo una tercera dimensión en la teoría política: la de ciudadanía mundial. Las dos primeras dimensiones son, obviamente, la del Estado de de-

***La ciudadanía,
 en primera instancia,
 continúa siendo
 atributo jurídico
 nacional, y solo en
 segunda instancia,
 mundial***

recho y la del derecho de los pueblos (Habermas, p. 192). Probablemente ese era un ideal kantiano, y Habermas lo demuestra citando un párrafo de otro texto de Kant sobre el mismo tema (1995b, p. 364).

La noción de ciudadanía supone, en sentido jurídico, la adscripción a un Estado, y Habermas está de acuerdo que la de Kant no es una proposición que apunte hacia la conformación de un Estado mundial. Otra cosa, y eso es lo que propone Kant, es institucionalizar las relaciones que han de contraer los diversos Estados, de modo que el principal actor político en el concierto internacional no sean los ciudadanos sino que los Estados, o si se prefiere, los ciudadanos, se representarían en el espacio mundial mediados por sus respectivos Estados. Para esa institucionalización del derecho internacional se requiere que todos los Estados tengan un orden político equivalente (o compatible), que es el republicano, de modo que se trataría de una federación interrepublicana que, por serlo, protege y regula sus diversos componentes estatales. La ciudadanía, en primera instancia, continúa siendo atributo jurídico nacional, y solo en segunda instancia, mundial. La ciudadanía nacional es condición de la mundial (Mires 2001).

Con más razón, Habermas critica a Kant su, aparentemente, apresurada deducción relativa a que con la constitución de una federación internacional serán eliminadas las guerras. No obstante, tampoco estoy muy seguro de si fue eso lo que quiso decir Kant. Más bien parece que Kant concebía dicha federa-

ción como un medio para construir la paz eterna, pero no como garantía válida para todo tiempo y lugar. Las deducciones automatistas son ajenas al pensamiento de Kant.

Lo importante, y esto hay que subrayar en la crítica de Habermas a Kant, es que para la concertación de la paz mundial se requieren de otros medios fuera de los legales. Es verdad, como apunta Habermas, que Kant no se refiere a esos otros medios. El problema es que, en su crítica a Kant, Habermas tampoco lo hace; más todavía: refuerza la aparente concepción legalista de Kant hasta el punto de caer en un ultralegalismo que no deja ningún espacio para el hacer político. Por lo menos en Kant esos «otros medios» se suponen, ya que forman parte de su filosofía general, pues las leyes si vienen de la moral y de la razón no anulan ni a la moral ni a la razón, sino que éstas continúan acompañándolas en el curso de la vida civil. Y es obvio, si así no sucediera nunca podríamos cambiar las leyes.

Como ya fue expuesto, la federación mundial propuesta por Kant se basa en una asociación libre y voluntaria, y como anota Habermas, con ello quiere Kant proteger la soberanía de las naciones (p. 210). Pero, en esta proposición tan lógica y obvia, Habermas cree ver en Kant una contradicción. La supuesta contradicción reside, según Habermas, en que los diversos miembros que constituyen la federación se encuentran obligados a cumplir acuerdos comunes. ¿De dónde va a venir esa obligación –argumenta Habermas– si es que la asociación se basa solo en vínculos morales y, por lo tanto, puede ser disuelta en cualquier momento? (p. 212). Con el eventual descubrimiento de esa supuesta contradicción, Habermas ha desconocido uno de los pilares fundamentales de *toda* la filosofía kantiana, pues si es cierto que Kant pone el derecho *sobre* la moral, pone también, y por lo mismo, la moral *antes que* el derecho. Las obligaciones son, para Kant, en primera instancia morales, y solo por eso pueden ser legales en una segunda instancia. Pero la segunda instancia, hay que remarcarlo, no suprime a la primera, sino que la integra en ella (Kant 1995a, pp. 473-476).

Cada ley tiene un pasado no legal (Mires 2001). El pasado no legal es también presente pues la ley no cubre todo el espacio político de una vez y para siempre. No todos los procesos políticos –y eso es lo que hay que criticar no a Kant sino a Habermas– son procesualistas, porque ellos ocurren en algunas ocasiones sobre campos que no están «cubiertos» por leyes, lo que no quiere decir que sean *ilegales* sino, lo que es distinto, *alegales*. De acuerdo con la nomenclatura kantiana, tales campos aparecen como lugares de retroceso, o regresiones, al estadio natural. Probablemente es así. Pero son esas regresiones, o mejor, inte-

rupciones, a los procesos los que a su vez preparan el camino para nuevos campos cubiertos por nuevas leyes.

Las interrupciones a la procesualidad ético-legal son principalmente tres: las revoluciones, las secesiones y las guerras. Ninguna de las tres, en tanto son rupturas con la legalidad, pueden ser inmediatamente legalizadas. Luego, más allá, o más acá de las leyes, no tenemos otro recurso que nuestra razón, la que acordamos éticamente para transformarla en moral (y viceversa). Después habrá tiempo para nuevas leyes. Ahora bien, de esos tres momentos, el más regresivo y/o transgresivo es la condición de guerra, que es la que vivía Kant, cuyos aires todavía seguimos respirando.

***Nunca Kant
 fue tan legalista
 como lo es
 Habermas
 hoy día***

En el marco determinado por condiciones belicistas, los principales recursos políticos son la moral y la razón y por lo mismo, las fuentes que dan origen y sustento a la asociación libre de Estados propuesta por Kant. En otras palabras, la guerra, al generar momentos de armisticios que no son en sí de paz, sino simples paréntesis de las guerras, abren condiciones para la discusión racional y moral. El objetivo de esta discusión ha de ser, según Kant, la formación de instituciones que garanticen esa paz. De esas instituciones han de venir las leyes de la paz, y no de las leyes las instituciones, como reclama Habermas.

En lugar de reconocer la importancia política que poseen los momentos alegales para la reconstitución de la legalidad, Habermas opta no solo por ignorarlos, sino que incomprensiblemente propone además regular con leyes todos los espacios internacionales posibles. Nunca Kant fue tan legalista como lo es Habermas hoy día. En ese sentido, la evidente imposibilidad de la ONU para pacificar las relaciones internacionales, Habermas la ve como una escasez de atributos legales y de mecanismos institucionales para imponer la paz con toda la fuerza que dimana de la ley. Es por eso que acusa a las proposiciones de Kant de inconsistentes (p. 208). En cambio, sugiere que los miembros de la comunidad internacional deben estar ligados a ella no por voluntad soberana, sino de acuerdo con un sistema que amenace con sanciones su no coparticipación (ibíd.). Incluso lamenta: «Las Naciones Unidas ni siquiera disponen de fuerzas militares propias, tampoco de aquellas que puedan subordinarse bajo un solo comando; ni hablar de un monopolio sobre la violencia» (p. 209).

Evidentemente, para Habermas su teoría política, en esencia deliberacionista, rige solo en los espacios nacionales. En los internacionales ha de primar positi-

vamente la razón de la ley basada en el recurso de la fuerza. ¿Por qué los derechos humanos no logran imponerse a escala mundial? Simplemente, esa es la respuesta de Habermas, porque no están suficientemente legalizados, por una parte, y porque los legalizados no están avalados por un organismo que los pueda imponer de

modo coercitivo. Cito nuevamente: «El punto más vulnerable de la protección global a los derechos humanos es la falta de un poder ejecutivo» (p. 212). Es inevitable entonces una pregunta: ¿cómo es posible que un filósofo tan discursivista como Habermas cuando se trata de analizar sociedades abstractas, caiga en posiciones tan «decisionistas» en lo que se refiere a las relaciones internacionales concretas?

Hay dos razones: una tiene que ver con el escenario, aparentemente caótico que emerge después de la Guerra Fría. Mas no se trata de que hoy haya más guerras que antes. Lo que sucede es que esas guerras no siguen el dictado de un orden geopolíticamente acordado y, ni mucho menos, pueden ser racionalmente ordenadas (de acuerdo con una racionalidad como la habermasiana, por supuesto). Frente a esa imagen de caos y terror, Habermas exige, como muchos intelectuales, más «ley y orden». Todo aquello que hoy no cabe en la lógica de sus discursos deberá ser disciplinado, y si las leyes no bastan, ha de ocurrir por medio de la fuerza, ejercida por una institución planetaria avalada por una «sociedad mundial» de la cual todos somos sus supuestos (y abstractos) ciudadanos (Habermas, p. 214).

La segunda razón del decisionismo de Habermas reside en que, según una lectura semimarxista de la cual nunca parece haberse liberado del todo, ha tomado acrítica y excesivamente en serio ese «discurso de la globalización» (Mires 2000) de acuerdo con cuya lógica economicista, la globalización de los mercados aparece como la fase superior del imperialismo, del mismo modo como el imperialismo fue –para la teoría marxista leninista– la (supuesta) fase superior del capitalismo, y como respuesta a ese discurso, ha tomado forma su mecánica respuesta: la globalización política, como única alternativa a la globalización económica. Esa globalización política solo puede provenir de una instancia ex-



***La verdad,
 Habermas quiere
 legalizarlo todo,
 incluso las guerras***

tremadamente centralizada que no sería otra cosa que un centro decisionista mundial. Como la ONU sigue manteniendo su carácter de «foro» (según Kant, de Congreso) se trataría, simplemente de dotarla, de ahora en adelante, de nuevas atribuciones ya no solo legislativas, sino además ejecutivas –y, lo que es peor, militares– para enfrentar los peligros que provienen de esa supuesta (y a veces bastante ficticia) globalización económica.

¿Hay guerras legales?

La verdad, Habermas quiere legalizarlo todo, incluso las guerras. Y para fundamentar su proyecto legalista lleva a cabo una fácil polémica con algunas tesis de Carl Schmitt.

Como es relativamente sabido, Carl Schmitt se pronunció en contra de las guerras moralistas, sobre todo aquellas libradas en nombre de una abstracta humanidad. «Humanidad es bestialidad» fue su consigna, no tan falsa y errada, después de todo, entre otras cosas, porque el concepto de humanidad excluye al enemigo, y sin enemigos no debería haber guerras (Schmitt 1996, p. 54). En ese punto podría decirse que Schmitt sigue a Kant, pues como ya se verá, Kant estaba decididamente en contra de toda política puramente moralista. Habermas, apoyándose en Kant, aduce también que la guerra no puede ni debe llevarse a cabo por razones moralistas. En ese punto está de acuerdo con Kant y Schmitt a la vez, no obstante, de lo que se trata, y esa es la idea particular de Habermas, es de crear un estatuto legal que no sea antagónico a la idea moral sino que la eleve al plano del derecho (hasta ahí hay acuerdo con Kant), pero (y aquí comienza la ruptura con Kant) no para impedir las guerras sino para legalizarlas, pues «el establecimiento de una condición ciudadana mundial significa que los atentados en contra de los derechos humanos no deben ser inmediatamente juzgados y combatidos bajo criterios morales, sino que deben ser perseguidos como acciones criminales en el marco de un orden de derecho estatal» (Habermas, p. 226).

Quizás esté de más decir, después de lo que ha sido expuesto acerca del pensamiento kantiano, que la idea de *paz perpetua* kantiana no tiene como objetivo legalizar las guerras, sino legalizar la paz, lo que es algo totalmente diferente. Que las guerras deben admitir en su interior ciertas reglas (no leyes), eso nunca lo descartó Kant. Por el contrario, constituían esas reglas, «momentos» que permitían desde el interior de las guerras comenzar a hablar de la paz, pero así

como Kant nunca dijo –a diferencia de los escolásticos medievales– que había guerras justas e injustas, nunca dijo tampoco –como hoy tantos años después dice Habermas– que debería haber guerras legales e ilegales. Evidentemente Kant sabía aquello que no quiere aceptar Habermas: las guerras, en tanto se corresponden con la condición del estadio natural de la especie, o son regresivas o son transgresivas, y por lo mismo, en ninguno de los dos casos pueden ser legales. O son alegales (regresiones al estadio natural), o antilegales (transgresiones del estadio civil). Legales, nunca. En cambio Habermas se queja de que la ONU no disponga de un estatuto para diferenciar entre guerras legales e ilegales, e incluso, critica a Kant por no haber hecho esa (a mi juicio) abstrusa diferenciación entre crímenes de guerra y «guerra como crimen» (p. 195).

Pero si Kant hubiese establecido la diferenciación sugerida por Habermas, habría transgredido nada menos que la lógica de su propia filosofía, pues ¿cómo puede ser criminal aquello que ocurre en condición natural? La guerra no puede ser criminal, por la sencilla razón de que la guerra es el retorno a la condición natural y la condición natural es natural porque no se rige por leyes, y sin leyes no puede haber crímenes. Así de simple. Las guerras no pueden ser condenadas legalmente porque no puede ni debe haber ninguna legislación sobre la guerra, entre otras cosas, dado que hacerlas legales es permitir las. *Aquello que debe ser legalizado no es la guerra; es la paz*, de modo que cualquier transgresión a la paz sea ilegal.

¿Hay guerras morales?

Es difícil, por cierto, estar en desacuerdo con Habermas cuando en contra de Schmitt afirma que las guerras no pueden quedar libradas al simple arbitrio de la moral. Y aquí también se está de acuerdo con Schmitt en que la moral, en la mayoría de los casos, no ha sido sino un recurso ideológico para legitimar guerras que se han hecho por diversos motivos, entre los cuales los llamados morales distan de ser los más importantes. Pero, por otra parte, habría que convenir, tanto en contra de Schmitt como de Habermas, que las guerras morales distan de ser la regla; en el mejor de los casos son su excepción.

Las guerras tradicionales, en el pasado, no eran guerras moralistas, sino en primer lugar *territoriales*. Hoy, como la arquitectura mundial está mejor configurada que en el pasado, las guerras territoriales no son las más abundantes, lo que no quiere decir que hayan desaparecido. En Europa occidental y en América Latina es difícil que se produzcan en el futuro guerras de ese tipo. Pero en Europa del Este, en el Medio Oriente y en África, hay que esperar que los lími-

tes nacionales se consoliden de modo más exacto, algo que no solo ocurrirá, desgraciadamente, en las mesas de conversaciones.

Un segundo tipo de guerras son las de *posesión*, particularmente las destinadas a la apropiación de determinados recursos considerados «estratégicos». Pero a diferencia de lo que ocurría en el pasado, los llamados «intereses económicos» no tienden casi nunca a presentarse en forma pura. Desde luego, en toda guerra hay intereses económicos. Sin embargo, que esos intereses deban ser impuestos

***En cierto modo,
 prácticamente
 todas las
 guerras
 contienen
 un elemento
 de «prevención»***

mediante la vía armada, no habla tanto de su magnitud, sino de la incapacidad que demuestran los contrayentes para canalizarlos por vías políticas.

Un tercer tipo son las guerras *geopolíticas*, orientadas, a veces en contra de intereses económicos, a proteger u ocupar zonas de influencia, zonas que no son solo territoriales sino además ideológicas. De más está decir que ese fue el tipo de guerra caliente que predominó en el periodo de la Guerra Fría. Que sigan ocurriendo en el futuro, aunque entre diversos contrincantes, es una posibilidad que no debe excluirse.

Un cuarto tipo de guerra es la de *secesión*, que ocurre cuando determinados pueblos se encuentran sometidos a las condiciones que impone un Estado nacional al que ya no quieren, o no pueden, seguir perteneciendo. Dentro de esa categoría, habría que incluir a las *guerras de liberación nacional* que plagaron el escenario mundial hasta la década de los 70. Hoy día, las guerras anticoloniales son más bien una excepción, aunque habría que discutir en qué medida la guerra de los chechenios contra Rusia pertenece a esa categoría.

Un quinto tipo de guerra son las *defensivas*, que ocurren cuando un Estado invade o amenaza invadir a otros. La de los pueblos y naciones de la ex-Yugoslavia frente a la expansión serbia fue, sin duda, una guerra de ese tipo.

Quizás dentro de un sexto tipo habría que incluir a las llamadas *guerras preventivas* que se realizan para anular desde el comienzo un peligro que aún no ha cristalizado. En cierto modo, prácticamente todas las guerras contienen un elemento de «prevención». Ya sea para evitar que Hussein se siga armando hasta los dientes; ya sea para evitar que el ejemplo de bolchevismo nacional de Milosevic se siga expandiendo sobre las ruinas del comunismo; ya sea para que los “talibanes” y el “terrorismo internacional” no obtengan hegemonía en el mundo islámico, la prevención siempre entra en el cálculo previo a la guerra,

cuya declaración se supone como la «única» alternativa a fin de evitar un «mal mayor».

Ahora bien, dentro de la precaria y provisoria tipología arriba expuesta (el lector puede continuar, si así lo desea, enriqueciéndola) no hay, como se puede observar, ninguna guerra moral. ¿Por qué polemiza tanto Habermas entonces en contra de las guerras morales? Creo, al respecto, advertir un motivo principal. Es el siguiente: como pocas veces ocurrió en el pasado, los conflictos bélicos recientes han pretendido ser justificados con argumentos morales.

Esos derechos que son tan humanos

Dentro del moralismo discursivo que impregna a las apasionadas discusiones que han tenido lugar durante las guerras más recientes, el tema más recurrente ha sido el de los derechos humanos. Así se explica que filósofos como Habermas intenten arrancar el tema de los derechos humanos del moralismo ideológico imperante, pero, en lugar de llevar la discusión al terreno político, que es ahí donde pertenece, Habermas quiere trasladarla precipitadamente al terreno jurídico, es decir, quiere convertir a los derechos humanos en leyes inapelables por las cuales deberán regirse todos los países del mundo. Con ello, aunque sea en el espacio mundial, Habermas convierte el complejo fenómeno de la guerra en un acto casi notarial. Con los derechos humanos transformados en leyes, las guerras del futuro serán legales o ilegales. Cito a Habermas: «El concepto de los derechos humanos no tiene un origen moral, sino una impregnación positiva del moderno concepto de derechos subjetivos. Los derechos humanos son desde su propio origen una conceptualidad jurídica» (p. 222).

***los derechos
humanos,
esto es lo que
olvida Habermas,
tuvieron un origen
revolucionario***

Desde un punto de vista moral, hay guerras justas e injustas. Desde un punto de vista jurídico, hay guerras legales e ilegales. Desde un punto de vista político, en cambio, solo pueden haber guerras evitables e inevitables. Y cuando las guerras son inevitables, porque el medio político ha fracasado frente al ímpetu militar, la alternativa que se abre es la de ajustar la guerra, en un sentido que recuerda a Clausewitz, pero también a Kant, a fines políticos, o permitir que ésta se convierta en guerra total (o carnicería absoluta).

Legalizar los derechos humanos, como propone Habermas, no soluciona ningún problema antes, durante ni después de la guerra pues ninguna se lleva a cabo en las cortes de justicia. Mas aún, someter las guerras al imperio de una

burocracia mundial, o convertir los derechos humanos en leyes judiciales planetarias, avaladas por poderes militares supranacionales, no solo significa «violar» en sentido exacto el propio espíritu que llevó a la formulación de los derechos humanos, sino también incrementar la alternativa bélica. Y peor aún: significa bloquear las puertas de salida hacia la paz que en el curso de cada guerra deben ser encontradas alguna vez mediante ese dificultoso transitar a través de vías políticas.

Concedido: los derechos humanos no tuvieron un origen moral. Pero –y esto es lo que no se puede conceder a Habermas so pena de desvirtuar el principio de la génesis de los derechos humanos– tampoco tuvieron un origen jurídico. Porque los derechos humanos, esto es lo que olvida Habermas, tuvieron un origen *revolucionario*, vale decir, aparecieron justo en aquel momento en que la jurisdicción tradicional había desaparecido sin que hubiese surgido, todavía, una moderna. Y si los derechos humanos no tienen ni origen moral, ni jurídico, no queda más alternativa que devolverlos al único origen posible desde donde pudieron haber provenido: a su origen político.

Quien mejor, según mi opinión, ha situado en su exacto punto tanto el origen como el carácter y el sentido de los derechos humanos ha sido Claude Lefort cuando escribe:

En breve, la formulación de los derechos humanos a fines del siglo XVIII, está inspirada por una reivindicación de libertad que arruina la representación de un poder que estaría situado por sobre la sociedad y que dispondría de una legitimidad absoluta –sea el que procede de Dios, sea el que representa la suprema sabiduría o la suprema justicia– en fin, que estaría incorporado al monarca o a la institución monárquica. Estos derechos humanos marcan una intrincación del derecho con el poder. El derecho y el poder no se condensan más en un mismo polo (1986, p. 43).

Los derechos humanos arruinan, desde el momento en que son declarados, «la representación de un poder que estaría situado por sobre la sociedad», dice Lefort. Habermas, en cambio, quiere restaurar las ruinas de la lógica del puro poder y proponer unos derechos humanos que actuarían como representación de un núcleo que no solo está situado por sobre la sociedad, sino por sobre todo el mundo, como derechos de una sociedad civil mundial que, por lo demás, solo existe en su imaginación, porque en la realidad no se ve ninguna, pues, es obvio, si son legalizados los derechos humanos tienen que someterse a un poder que haga cumplir la ley, de lo contrario no tendría sentido legalizarlos. Ahora bien, ese poder puede ser solo de tres tipos: un poder supraestatal, casi planetario; un poder mundial federado que imponga la dictadura de su legalidad a todos aquellos que no la acatan; o un poder estatal que asuma la responsabilidad de actuar en representación de todos los demás (policía mundial). En

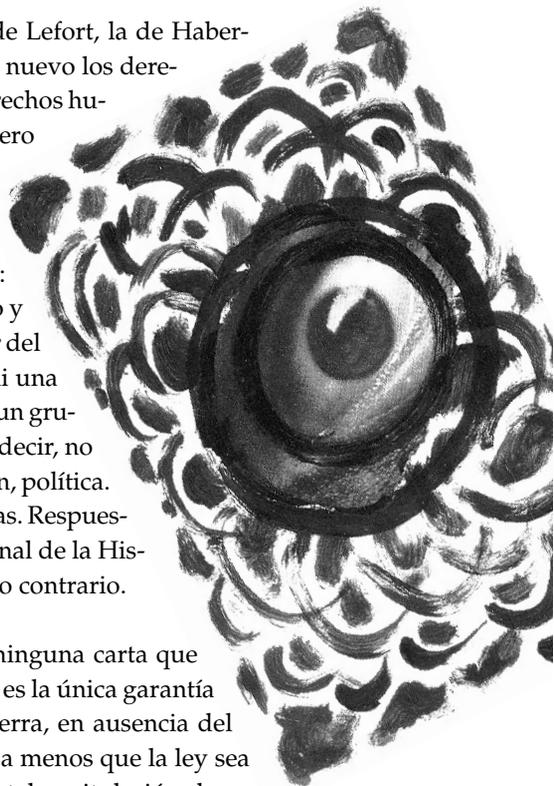
los tres casos hay un poder omnímodo situado sobre los derechos humanos, con lo cual éstos pierden su sentido originario que era estar situados *no sobre*, sino *fuera* de todo poder.

En breve, y utilizando la precisa fórmula de Lefort, la de Habermas es una proposición para «intrincar» de nuevo los derechos humanos con el poder. Con ello, los derechos humanos pasarían a ser derechos judiciales, pero perderían su naturaleza política. Sin embargo esa naturaleza política les permite estar mucho más al lado *del saber* que del poder. O para decirlo de nuevo con Lefort: «La legitimidad del debate sobre lo legítimo y lo ilegítimo supone que nadie ocupe el lugar del gran juzgado. Precisando: nadie, es decir, ni una persona investida de autoridad suprema, ni un grupo, ni siquiera la mayoría» (1986, p. 55). Es decir, no habiendo gran juez, hay debate, deliberación, política. Habermas argüirá: pero habrá nuevas guerras. Respuesta: ¿Y quién asegura que con un Gran Tribunal de la Historia serán impedidas las guerras? Quizás lo contrario.

Es cierto, la política de por sí, no entrega ninguna carta que garantice no entrar en nuevas guerras, pero es la única garantía para salir de ellas. Declarada legal una guerra, en ausencia del debate político será muy difícil terminarla, a menos que la ley sea cumplida absolutamente, lo que implica total capitulación de una de las partes, la avalada como no legal. La ley cierra un espacio, el que solo puede ser abierto con otra ley. En cambio, la política es el espacio abierto desde donde pueden nacer las leyes. El juez y la ley son entidades pospolíticas pues nacen de la política. Nunca podrán sustituirla. Como agrega Lefort:

La negación es operante: suprime el juzgado, pero relaciona la justicia con la existencia de un espacio público –un espacio público donde cada uno está facultado a hablar, a escuchar, sin estar sujeto a la autoridad de otro. ... Es la virtud de este espacio, siempre indeterminado; pues no es propiedad de nadie, sino en la medida que aquellos que se reconocen en él le dan un sentido ... (ibíd., 55).

Ese espacio indeterminado permite a la vez la intromisión de esa ficción necesaria llamada «ser humano» que por ser ficción, o mejor dicho símbolo, tampoco puede estar determinado. El mismo Lefort lo decía en otro de sus escritos: «los derechos humanos han sido declarados, digámoslo así, han surgido, de la ficción de un ser humano sin determinación» (1981, p. 56).



Pero la idea de un espacio y de un actor indeterminados, que no solo es la de Lefort, sino de esos antepasados que declararon los derechos humanos, es incomprendible para una teoría suprallegal como la de Habermas. La idea de la indeterminación, en general, es ajena a Habermas, no así para Kant. Porque precisamente donde Habermas acusa a Kant, posponer la legalidad de los derechos frente a la legitimidad de la moral, es donde está lo mejor de Kant.

Por cierto Kant, aun más que Habermas, precisaba de la ley. Pero no de una ley «en sí», sino de una que fuese posterior al libre desarrollo de las predisposiciones naturales del ser, que son las que lo llevan, primero, a no «comer» a sus enemigos; segundo, a reglamentar las guerras; tercero, a desear la paz; cuarto, a sustituir las guerras por el comercio y por la política; quinto, a dictar normas y reglas para hacer las paces; y sexto, lo que todavía estamos esperando: a instituir la paz mediante leyes. En cambio Habermas quiere hacer exactamente el mismo camino, pero al revés. Quiere empezar con las leyes, legalizando justamente aquello que, por no estar totalmente legalizado, permite el nacimiento de la legalidad. Ese espacio indeterminado, a disposición de todos y de nadie es la política, sea local o internacional. Allí actúan los humanos, y allí nacen esos derechos tan humanos, pero tan humanos que, por ser humanos no estarán nunca completos, ni serán nunca perfectos, y que habrá siempre que revisar, para que sigan existiendo, libre de todo poder que imagine hablar en su nombre; ya sea por medio de una religión, o de una (supuesta) civilización, o simplemente –como los pilotos suicidas en Nueva York y Washington– por medio de la propia muerte.

Referencias

- Habermas, Jürgen: *Die Einbeziehung des Anderen*, Suhrkamp, Frankfurt, 1996.
 Kant, Immanuel: *Zum ewigen Frieden* [1795] Werke 6, Könemann, Colonia, 1995a.
 Kant, Immanuel: *Verkündigung des nahen Absschlusses eines Tractats zum ewige Friedens in der Philosophie* [1796], Könnemann, Colonia, 1995b.
 Kant, Immanuel: *Methaphysik der Sitten* [1797], Werke 5, Könemann, Colonia, 1995c.
 Lefort, Claude: *L'invention démocratique*, Fayard, París, 1981.
 Lefort, Claude: «Les droits de l'homme et l'État-providence» en C. Lefort: *Essais sur la politique*, Editions du Seuil, París, 1986.
 Mires, Fernando: *Teoría política del nuevo capitalismo*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000.
 Mires, Fernando: *Civilidad - Teoría política de la post-modernidad*, Trotta, Madrid, 2001.
 Pollok, Konstantin: «Wann beginnt die Ewigkeit? Die Vereinten Nationen im Lichte Immanuel Kants Schrift Zum Ewigen Frieden» en <<http://www.sicetnon.cogito.de>>.1999>.
 Schmitt, Carl: *Verfassungslehre* [1928], Dunkler & Humblot, Berlín, 1985.
 Schmitt, Carl: *Der Begriff des Politischen*, Dunkler & Humblot, Berlín, 1996.

Terrorismo e islam

Los atentados contra las torres gemelas y el Pentágono pusieron en evidencia la necesidad de replantear las relaciones de las potencias industriales, en especial Estados Unidos, con el mundo árabe. El atraso social nutre el atavismo religioso, el cual a su vez alimenta las tendencias radicales y terroristas. Todo indica que el desafío de una eficaz y duradera modernización del mundo islámico estriba en que se desarrolle dentro de modalidades islámicamente aceptables.

Helio Jaguaribe

El problema

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 colocaron a Estados Unidos y al mundo civilizado ante un problema extremadamente complejo. Resultaba evidente la necesidad de una respuesta que condujera a la identificación y castigo de los organizadores del crimen. Por otro lado, la existencia de una amplia red de terroristas en cerca de 40 países, de alguna forma bajo el liderazgo de Osama Bin Laden, exigía un amplio esfuerzo internacional orientado a la erradicación de este tenebroso sistema. Sin embargo, la dificultad de la cuestión reside en la profunda vinculación existente entre el terrorismo de Bin Laden y el islam. La materia exige, aunque sucinta, una apropiada clarificación. El islam de Alá el misericordioso, como el cristianismo del amor al prójimo de Jesús, es una religión universal de amor y tolerancia. No obstante, ambas religiones presentan en su evolución histórica flagrantes contradicciones entre principios y prácticas.

San Bernardo de Claraval (fines del siglo XI - ca. 1130) sostenía que el exterminio de infieles era una obra grata a Dios. Santo Domingo (1170-1221) fue amigo de

Helio Jaguaribe: cientista social brasileño, decano del Instituto de Estudios Políticos y Sociales de la Universidad de São Paulo.

Palabras clave: 11 de septiembre de 2001, islamismo, terrorismo.

Simón de Montfort y connivente con la infame cruzada contra los albigenses (1209). Las ocho cruzadas (de 1095 a 1270) fueron bregadas por los papas, y si bien estuvieron movilizadas por hondos sentimientos religiosos resultaron en sistemáticos exterminios de musulmanes y saqueos de sus territorios. La Inquisición, autodenominada «sancta», consistió (de 1231 hasta el siglo xvii) en un sistemático terrorismo religioso, particularmente dirigido contra los judíos. Las cosas no presentan un cuadro distinto del lado islámico. El profeta Muhammad emprendió la unificación de las tribus árabes y el islam, por vía

*El desafío
 de la modernización
 y de la incorporación
 de la ciencia
 y tecnología
 occidental tuvo
 diversas respuestas
 de los distintos
 pueblos islámicos*

militar. Los califas que lo sucedieron llevaron las guerras de conquista y de expansión religiosa a medio mundo, del norte de Africa y la península ibérica a Europa oriental, Irán y la India, llegando hasta la frontera china.

¿Qué significa actualmente el terrorismo islámico, ámbito en el que se destaca la figura de Bin Laden? Se trata de una modalidad distinta del terrorismo estatal, de Stalin o Hitler, o del terrorismo utópico de los anarquistas de mediados del siglo xix hasta Saravejo. Es un terrorismo religioso más próximo a las manifestaciones de fanatismo religioso de la Edad Media. El análisis apropiado de este fenómeno exigiría un amplio ejercicio de sociología y de historia de las religiones, incompatible con las dimensiones de estos breves comentarios. Simplificando al máximo una cuestión compleja, tras este terrorismo pueden reconocerse causas lejanas y próximas.

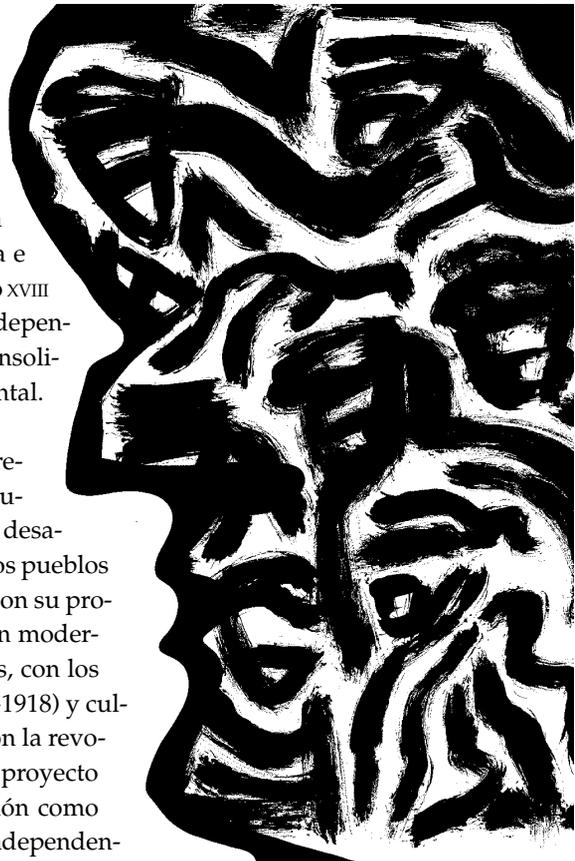
Es un terrorismo religioso más próximo a las manifestaciones de fanatismo religioso de la Edad Media. El análisis apropiado de este fenómeno exigiría un amplio ejercicio de sociología y de historia de las religiones, incompatible con las dimensiones de estos breves comentarios. Simplificando al máximo una cuestión compleja, tras este terrorismo pueden reconocerse causas lejanas y próximas.

Causas lejanas. Remotamente, el terrorismo islámico se relaciona con las dificultades del islam para modernizarse desde el siglo xvii y confrontarse con la civilización occidental. El islam es al mismo tiempo una religión, un sistema político, un régimen civil y una civilización. Constituye una visión totalizante del mundo, que funde las dimensiones de la vida humana, individual y colectiva, en una gran unidad. Esa fusión se realiza en el concepto y en la práctica de la *umma*, el núcleo político-religioso-civil del que Medina, bajo Muhammad, fue la primera manifestación y a la que se siguieron otras innumerables *ummas*. Debe notarse que, aunque de una forma menos explícita, también el cristianismo tendía hacia una visión unificante bajo el Papado o el Sacro Imperio Romano Germánico. La lucha entre Papado e Imperio marcó toda la Edad Media y, para suerte de Occidente, terminó con el debilitamiento de ambos. La modernización occidental se produjo gracias a la creciente independencia de los subsistemas sociales: económico, político, participativo y cultural. Ese proceso de

autonomización requirió sin embargo un muy largo plazo –Renacimiento, Reforma e Ilustración. De hecho, solo a partir del siglo XVIII y, de forma inequívoca, del siglo XIX, la independencia de los subsistemas societales se consolidó irreversiblemente en el mundo occidental.

En el caso del islam, la noción de *umma* representó una resistencia permanente a la autonomización de los subsistemas. Ante el desafío de Occidente y de su modernización, los pueblos islámicos, desde Mahmut II (1808-1839), con su proceso de reformas –el Tanzimat– intentaron modernizarse. El proceso prosigue, con altibajos, con los Jóvenes Otomanos, bajo Mehmet V (1909-1918) y culmina en una de sus vertientes, la turca, con la revolución de Mustafá Kemal (1881-1938). El proyecto de Kemal fue una radical occidentalización como condición de posibilidad de preservar la independencia de Turquía, disociando al país de la idea de Imperio Otomano. Convirtió al islam, como el cristianismo en Occidente, en una religión subjetiva, dependiente de la opción de cada persona, y el Estado turco se transformó, como el occidental, en un Estado laico.

El desafío de la modernización y de la incorporación de la ciencia y tecnología occidentales, como condición de posibilidad de resistir las presiones de Occidente, tuvo diversas respuestas de los distintos pueblos islámicos. En un extremo está la occidentalización radical promovida por Kemal –hoy contestada por fundamentalistas turcos provenientes del mundo rural–, en el otro extremo figura la opción medievalizante de los talibanes, que incorporan las técnicas militares pero rechazan las instituciones occidentales. En situaciones intermedias tenemos el islamismo moderado de Egipto y Marruecos, el tecnocrático de Irak y el fundamentalista de los ayatolás iraníes. Las diversas modalidades de fundamentalismo, especialmente en sus versiones medievalizantes, conducen a un islamismo radical del cual, en determinadas condiciones, emana la opción terrorista como arma contra Occidente. Hay que observar sin embargo que cristianismo e islamismo, como religiones del amor y de la tolerancia, experimentaron, desde el siglo XVIII, distintos cursos históricos. El cristianismo rechazó la violencia a partir del siglo XVIII. En el islamismo se distingue el deber de la caridad y de la tolerancia para los creyentes y sometidos, en la *dar-al-islam* y,



conforme las circunstancias, el deber de la guerra santa, la *jihad*, contra infieles de la *dar-al-harb*, la casa de la guerra.

Causas próximas. Las tendencias sociohistóricas tienden a materializarse cuando se producen eventos catalizadores. Esto es observable en el caso del terrorismo islámico. El radicalismo islamista suscitó la formación de grupos terroristas en función de eventos recientes, entre los cuales tiene particular relevancia el conflicto palestino-israelí desde la fundación del Estado de Israel en 1948, agravado por las ocupaciones territoriales luego de las guerras de 1967 y 1973.

Sin entrar en detalles que excederían los límites de este breve estudio, puede mencionarse que, en el proceso de fundación del Estado de Israel, la expulsión de un apreciable contingente de palestinos sin compensaciones satisfactorias, generó una masa de excluidos en cuyo ámbito surgió tanto un profundo resentimiento como condiciones propicias para un radicalismo islámico, fácilmente convertible en terrorismo. Más recientemente, el asentamiento de colonias israelíes en territorios palestinos representó un proceso especialmente provocativo, con la consecuente radicalización propicia al terrorismo. Hay que considerar además otros hechos derivados de una inadecuada relación de las fuerzas occidentales con el mundo islámico; por ejemplo, es el caso del establecimiento de bases militares americanas permanentes en territorio de Arabia Saudita, la tierra del profeta. Este hecho, para los puristas como Bin Laden, constituye un atentado a la *hadith* y a la *sunna*, que precisa un violento rechazo. Como ya ha mencionado, el terrorismo islámico se distingue de otras modalidades por ser un super-radicalismo religioso, que debe ser analizado desde la óptica de la sociología y de la historia de las religiones.

¿Qué hacer?

Luego del atentado del 11 de septiembre y los numerosos indicios, previos o recientes, que señalaban como principal mentor a Bin Laden, bajo la protección de los talibanes afganos, EEUU emprendió un doble movimiento. Por un lado, montó un poderoso aparato militar alrededor de Afganistán exigiendo la entrega del sospechoso. Por otro lado, realizó amplias gestiones diplomáticas buscando obtener el apoyo de la ONU, el respaldo de la OTAN y la aprobación explícita de la mayoría posible de países. Inicialmente estos esfuerzos diplomáticos tuvieron éxito, incluso con figuras como Yasser Arafat y Fidel Castro, como también con casi todos los países islámicos, a excepción de Irak y de las reticencias de Irán. Durante algunas semanas EEUU se empeñó en que los talibanes entregaran a Bin Laden. Ante el fracaso de las tentativas, el 7 de octu-

bre se inicia, con participación británica, el ataque a Afganistán. En el momento de elaborar estos comentarios a mediados de octubre, la estrategia norteamericana parece apuntar a destruir desde el aire las precarias instalaciones defensivas de Afganistán, mientras ingresan comandos para capturar a Bin Laden y facilitar una futura invasión terrestre. A la vez, se provee de medios más eficaces a la Alianza del Norte mientras se inician conversaciones entre varias facciones opositoras con vistas a la formación de un gobierno provisional después de la derrota talibán. Para ese efecto parece estar en gestación alguna intervención terrestre, combinada con la ofensiva de la Alianza, que busca expulsar a los talibanes de los centros urbanos y conceder el control del precario sistema político del país a un gobierno interino. El problema que enfrenta EEUU es el rechazo norteamericano a una amplia ofensiva terrestre, sin la cual las fuerzas de la Alianza y el reducido contingente estadounidense no parecen capaces de expulsar a los talibanes. Al mismo tiempo, EEUU señala que podría intervenir en otros países donde encuentren refugio núcleos terroristas. Hay indicios de que los norteamericanos buscarán algún pretexto para un nuevo ataque a Irak que apunte a derrocar al gobierno de Sadam Hussein.

El bombardeo a objetivos militares afganos, pese a la precisión de las «bombas inteligentes», afectan inevitablemente a la población civil. Esto provoca un creciente malestar en numerosos países islámicos, notoriamente en Pakistán e Indonesia. Incluso no podría descartarse que la protesta popular supere la capacidad de contención de las fuerzas del presidente paquistaní Pervez Musharraf. Todo indica, además, que la búsqueda de Bin Laden difícilmente conducirá a su captura. Hay que considerar, por otro lado, que la red terrorista que comanda se caracteriza por su descentralización. La ocupación de las áreas urbanas y del precario sistema político afgano –suponiendo que se logre hacer– no desalojará los remanentes talibanes de sus refugios montañosos, permitiéndoles incursiones terroristas sobre el territorio ni, mucho menos, acabará con el terrorismo islámico. Al contrario, la ocupación militar de un país árabe será una motivación adicional para el radicalismo islámico. Si bien los gobiernos norteamericano y británico insisten en que la lucha armada no es contra el islam, los árabes o los afganos, sino exclusivamente contra el terrorismo de Bin Laden y los talibanes, parece ganar cada vez más cuerpo la idea, entre numerosos sectores del mundo islámico, de que lo que está en juego, como previera Samuel Huntington, es una lucha de Occidente contra el islam.

La afirmación norteamericana de que la lucha se dirige exclusivamente contra el terrorismo de Bin Laden, resulta poco relevante

Terrorismo islámico

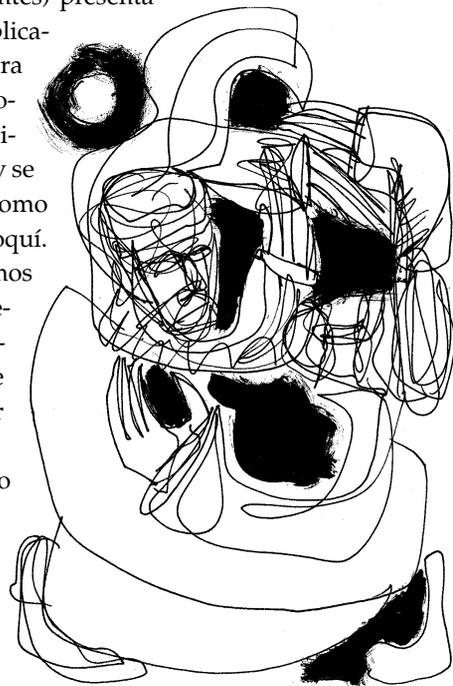
La afirmación norteamericana de que la lucha se dirige exclusivamente contra el terrorismo de Bin Laden, resulta poco relevante ante la ocupación militar de un país islámico y la amenaza del uso de la fuerza contra otros. Tampoco convence el argumento de que el terrorismo es contrario al mensaje de misericordia y tolerancia de la religión islámica. El islamismo, como se indicó más arriba, al igual que el cristianismo, tienen una dilatada historia en el uso de la violencia, aunque en contradicción con sus principios, manteniéndose, en el islamismo, la validez del precepto de la *jihad*. ¿Qué tiende a ocurrir ante tales consideraciones? Importa tener en cuenta dos cuestiones. Una, de corto plazo, se refiere al cambio a que fue sometida la política exterior norteamericana. La otra, de más largo plazo, apunta al proceso de modernización del islam. El gobierno de Bush adopta en su comienzo una política unilateral de superpotencia, en detrimento de la ONU y otras modalidades de multilateralismo. Además, procuró distanciarse de conflictos locales que, supuestamente, no interesaban de manera directa a EEUU, como el conflicto palestino-israelí. Para fortalecer su unilateralismo, esta política se orientó en el sentido de retomar el proyecto reaganiano de la «guerra de las galaxias».

El atentado del 11 de septiembre reveló la vulnerabilidad de EEUU frente a una bien concertada acción terrorista, ante la cual el sistema antimisilístico resultaría inútil. Mostró también la incapacidad de una estrategia unilateral, toda vez que el terrorismo internacional solo podría ser contenido por una amplia alianza internacional, incluyendo especialmente la participación de los países islámicos. Sin embargo la decisión de atacar Afganistán, y más aún la amenaza a otros países árabes, fue contradictoria con los votos a favor de un sistema internacional de contención del terrorismo. Si independientemente de las intenciones norteamericanas, sus intervenciones militares son percibidas por amplios sectores musulmanes como antiislámicas, la colaboración de estos países, donde precisamente se refugia el terrorismo internacional, quedaría inviable. Es el problema ante el cual la invasión a Afganistán y, más aún, la hipótesis de un ataque contra Irak se coloca el gobierno de EEUU.

En verdad, el multilateralismo al que se ve compelido el gobierno norteamericano solo tendrá credibilidad si se pone al servicio de la ONU y si el Consejo de Seguridad se convierte en órgano orientador de la lucha antiterrorista. Este escenario, sin embargo, parece remoto. Si la transferencia de la coordinación de la lucha antiterrorista es hecha a la ONU, aunque operacionalmente es efectuada por EEUU, constituye una condición necesaria para mantener un amplio frente

internacional contra el terrorismo, contando con la participación de importantes países árabes, ello por sí solo no es suficiente para erradicar el terrorismo islámico o, por lo menos, reducirlo a grupos fanáticos de pequeña relevancia. Como se ha mencionado, este terrorismo es una emanación del radicalismo isla-mista y perdurará mientras abarque significativas áreas del mundo musulmán. Por lo tanto, se trata de crear condiciones que no lleven a importantes sectores del islam al radicalismo. Nos enfrentamos a una cuestión extremadamente compleja. Reduciéndola a sus elementos esenciales, se pueden diferenciar tres aspectos: 1) el problema de la modernización del islam; 2) las cuestiones relacionadas con la educación y el desarrollo; y 3) las condiciones de injusticia y humillación a las que están sometidos significativos grupos humanos, como es el caso de los palestinos.

Modernización del islam. El carácter integrador del islam y su concepto y práctica de la *umma* fueron un factor decisivo para la vertiginosa propagación de la nueva religión, desde Muhammad a los Omeya (661-750). Ese mismo carácter, entretanto, se constituyó en serio obstáculo para la modernización de las sociedades islámicas, desde el siglo xvii. A partir de la segunda mitad del siglo xvii, la presión de Austria y de la Rusia de Pedro el Grande (1689-1725) y Catalina II (1762-1796), con una superioridad militar fundada en la ciencia y la tecnología, impuso sucesivas derrotas al Imperio Otomano, que entonces lideraba el mundo islámico, expulsándolo de Europa con excepción del enclave de Estambul. Como se ha señalado, el islam se enfrentó a la necesidad histórica de modernizarse, y el islamismo contemporáneo, independientemente de la división entre sunitas e chiíes (algo así como católicos y protestantes) presenta distintas posiciones a lo largo de un *continuum*. Si aplicamos las categorías de Toynbee, el islam se encuentra dividido entre herodianos, que bregan por una modernización occidentalizante, y zelotistas, quienes exigen una integral fidelidad a las grandes tradiciones y se oponen a los gobiernos islámicos modernizantes, como el turco o, más moderadamente, el egipcio y el marroquí. En el límite de la cuestión, el problema de los herodianos radicales, como Kemal, es cómo convertir una sociedad islámica en una sociedad occidental. El problema de los zelotistas consiste en que para disponer de un mínimo de eficacia, se ven forzados a incorporar innumerables aspectos de la civilización occidental —lo que, a largo plazo, exige la adopción de otras (no deseadas) formas de modernización.



Educación y desarrollo. Una de las cuestiones fundamentales, en lo que se refiere al radicalismo islámico, es que está vinculado a sociedades y grupos caracterizados por su retraso educacional y socioeconómico. Sociedades de mayorías analfabetas, y de amplios sectores viviendo en condiciones de miseria, en cuyo ámbito se mantiene una religiosidad medieval, con los preceptos coránicos como únicas nociones, desvinculadas de cualquier relación con un mundo moderno ignorado en sus características y demonizado en su conjunto. Afganistán bajo el control de los talibanes es quizá el ejemplo emblemático de esa situación. El mundo civilizado, tanto islámico como occidental, debe tomar conciencia de esta situación y comprender que mientras no se promueva con éxito una revolución educacional y un sostenido proceso de desarrollo, el retraso social constituirá un caldo de cultivo para la formación de grupos radicales.

Oprimidos y humillados. Un tercer factor para el surgimiento de los radicalismos islámicos y su tendencia a generar opciones terroristas, son los amplios sectores musulmanes sometidos a continuas formas opresivas y humillantes. Palestina es el caso más típico, y resultado de varios aspectos que caracterizaron la creación del Estado de Israel y su posterior evolución, en la cual la política estadounidense hacia el problema ha adquirido a lo largo de las décadas mayor importancia, con los conocidos efectos y condicionamientos en su propia política interior. Confrontado ahora con el terrorismo islámico, EEUU se verá compelido a una intervención efectivamente saneadora en el conflicto palestino-israelí; no podrá sostener un amplio frente antiterrorista, incluyendo los países árabes, si no asegura razonables condiciones políticas a los palestinos. Este hecho ya fue percibido por Bush y por el primer ministro británico Tony Blair, quienes se declararon favorables a la creación de un Estado palestino independiente. Para ello será necesaria la adopción de una serie de medidas, tanto en el sentido de preservar la integridad territorial palestina, poniendo término a la instalación de colonias israelíes en su territorio, como proporcionando al nuevo Estado una amplia asistencia económica y técnica, a fin de garantizar su sostenibilidad. Nada sería más conveniente para Israel que sustituir su actual política de retaliaciones violentas por una de colaboración efectiva en la instalación del Estado palestino.

Solución estable

Las consideraciones precedentes apuntan a indicar los principales requisitos para un control efectivo del terrorismo islámico. La erradicación satisfactoria de éste, sin embargo exige medidas de carácter estable. Simplificando, una solución duradera requiere dos tipos distintos de medidas, externas e internas al

mundo islámico. Las medidas externas, en gran parte dependientes de los países occidentales más ricos, consisten en una equilibrada combinación de *stick and carrots*, castigos y premios. Es necesario sostener un activo frente internacional antiterrorista, que ejerza una presión eficaz sobre los países que apañen, aunque no ostensiblemente, a grupos terroristas. A la vez, es necesario reactivar los conceptos que orientan el PNUD y ejecutar un gran plan internacional de fomento al desarrollo de los países subdesarrollados en general, particularmente los islámicos, en especial en lo referido al mejoramiento educacional. El terrorismo, aunque sometido a otros factores, se nutre de la miseria y de la ignorancia. Tanto o más importantes que las medidas externas son las internas. Solo bajo los altos preceptos del islamismo, como religión y cultura de la misericordia y la tolerancia, se pueden contener las formas extremas de la violencia religiosa. Y solo mediante modalidades islámicamente aceptables de modernización se puede, de manera estable, incorporar los pueblos islámicos a la modernidad con sus correlatos de desarrollo económico y bienestar social.

Es importante observar de cerca el extraordinario experimento de Kemal. En algunos decenios, una Turquía anclada en instituciones medievales y petrificada en un insuperable subdesarrollo se convirtió en una sociedad moderna. Pero lo ha hecho, por un lado, bajo el comando autoritario, aunque plebiscitariamente consentido, de un excepcional líder carismático. Por otro lado, lo ha hecho no solo convirtiendo el islam en una religión subjetiva, sino también occidentalizando en una generación su sociedad islámica. En contraste con el éxito inicial de Kemal, se observa a largo plazo que la sociedad tradicional, a partir de sus raíces rurales, pasa a cuestionar la modernización kemalista y suscita nuevos fundamentalismos, aunque todavía contenidos por la Turquía moderna. Todo indica que el desafío de una eficaz y duradera modernización del mundo islámico estriba en que se desarrolle dentro de modalidades islámicamente aceptables. La solución la señaló el presidente iraní Mohammad Khatami, probablemente el más ilustrado líder islámico actual. Consiste en instituir una democracia islámica y proceder, en su ámbito, de forma gradual para lograr progresos estables. Solo el islam puede, durablemente, contener el terrorismo islámico y solo mediante la educación y el desarrollo del pueblo y la institución de una democracia islámica, que permita progresos graduales, ese objetivo puede ser alcanzado. Si una fracción de los gastos militares de intervención en países que hospedan a terroristas, fueran empleados en erradicar las condiciones de las que se nutre el terrorismo, se lograría poner término a este tipo de violencia.

Colonialidad global y terrorismo antiterrorista

Ramón Grosfoguel

Estados Unidos, como potencia neocolonial en decadencia, se enfrenta a una serie de diversos desafíos. La hegemonía cultural y política europea le brinda una preeminencia discursiva con la cual catalogar según su conveniencia las oposiciones que surgen en el Tercer Mundo. Con la actual guerra de Afganistán se afianza todavía más el estamento industrial-militar y solamente un movimiento cívico como el de los años 60 podría ponerle límites democráticos a su accionar imperial.

Los palestinos y los iraquíes despiertan todos los días como los norteamericanos despertaron la mañana del 11 de septiembre de 2001: con listas de muertos, edificios destruidos y la incertidumbre de si serán ellos las próximas víctimas. Estados Unidos vivió por un día lo que iraquíes y palestinos viven todos los días a manos del terrorismo de Estado israelí y norteamericano. No hay dudas de que los actos terroristas del 11 de septiembre son injustificables, repudiables y nadie con un mínimo sentido humanitario puede apoyarlos. Miles de civiles que no tenían nada que ver con las políticas militaristas del gobierno norteamericano pagaron con sus vidas. Sin embargo, no se puede esperar que el Estado norteamericano bombardee por una década a Irak, financie la masacre cotidiana de palestinos por el Estado israelí, invada a Panamá matando a miles de civiles, entrene en el arte del terrorismo a verdugos militares en la Escuela de las Américas y subsidie por décadas dictaduras militares en todo el mundo, sin que algún día alguien le pase la cuenta. Lo curioso es que no haya ocurrido antes. No olvidemos que el 11 de septiembre de 2001 se conmemoró el 28 aniversario del golpe de Estado de Augusto Pinochet en Chile, instigado,

Ramón Grosfoguel: profesor de sociología, Boston College.

Palabras clave: Estados Unidos, 11 de septiembre, neocolonialismo.

apoyado y financiado por el gobierno norteamericano con consecuencias nefastas: la muerte y desaparición de miles de civiles.

Lo paradójico es que las agencias de inteligencia norteamericanas sean responsables de la creación, financiamiento y apoyo logístico de dictadores y grupos terroristas alrededor del mundo que luego terminan virándose en contra a EEUU. Así pasó con Saddam Hussein (quien recibió todo tipo de apoyo financiero y militar de EEUU para que peleara una guerra sucia durante ocho años contra Irán); el general Manuel Noriega (quien estuvo por décadas en la nómina de la CIA recibiendo un salario de más de 100.000 dólares al año); y ahora con Bin Laden y los grupos fundamentalistas islámicos sospechosos de estos actos terroristas

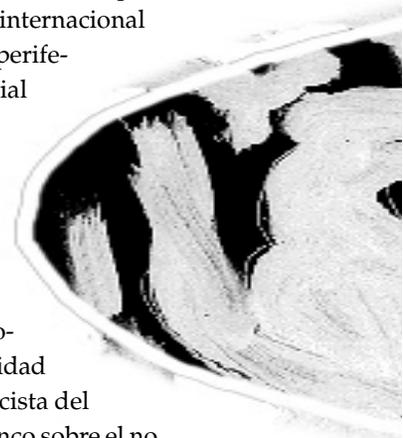
(quienes fueron entrenados y financiados por las agencias de inteligencia norteamericanas durante la Guerra Fría para la lucha contra la invasión soviética de Afganistán). Pero las respuestas terroristas de pequeños grupos armados forman parte del círculo vicioso del terrorismo de Estado. Las organizaciones terroristas terminan reproduciendo, dentro de sus propias estructuras, el mismo terrorismo estatista contra el cual supuestamente luchan. Parafraseando a Nietzsche diríamos que las organizaciones terroristas de tanto mirar al monstruo estatal a los ojos, se convierten en él. Dichos grupos retroalimentan y justifican la lógica terrorista de Estado pues le proveen al poder imperial de argumentos para legitimar su «terrorismo antiterrorista». Sin embargo, condenar el terrorismo sin repudiar el terrorismo de Estado es hacerse cómplice de este último. Responder al terrorismo con terrorismo de Estado solo contribuye a sustituir un terrorismo por otro. El ciclo de violencia no se rompe con más violencia imperial.

El gobierno norteamericano ha sido el terrorista número uno en el mundo. El militarismo norteamericano ha asesinado a más seres humanos que ningún otro imperio en la historia de la humanidad. George W. Bush se presentó frente a las cámaras de televisión con cara de «yo no fui», y mintiéndole descaradamente al pueblo norteamericano dijo que el ataque del 11 de septiembre fue debido a que EEUU exporta libertad y democracia alrededor del mundo. Cualquier persona con un mínimo de conocimiento de política exterior norteamericana o con un mínimo de memoria histórica sabe que EEUU exporta al mundo de todo menos democracia y libertades. Si hay dudas, se les puede preguntar a

***Responder
al terrorismo
con terrorismo
de Estado
solo contribuye
a sustituir
un terrorismo
por otro.
El ciclo
de violencia
no se rompe
con más
violencia
imperial***

los residentes de Vieques –isla del archipiélago de Puerto Rico donde el ejército norteamericano realiza sus prácticas militares–, quienes por décadas han vivido las consecuencias nefastas de la colonia militar (p. ej. alta incidencia de cáncer), si los norteamericanos exportan democracia y libertad al resto del mundo. Recientemente, en un referendo local, las dos terceras partes del pueblo de Vieques votó democráticamente a favor de que la marina norteamericana termine de inmediato sus operaciones militares. Sin embargo, la respuesta de las élites norteamericanas, quienes se jactan de ser los defensores de la democracia en el mundo, ha sido ignorar los resultados e incrementar los ejercicios.

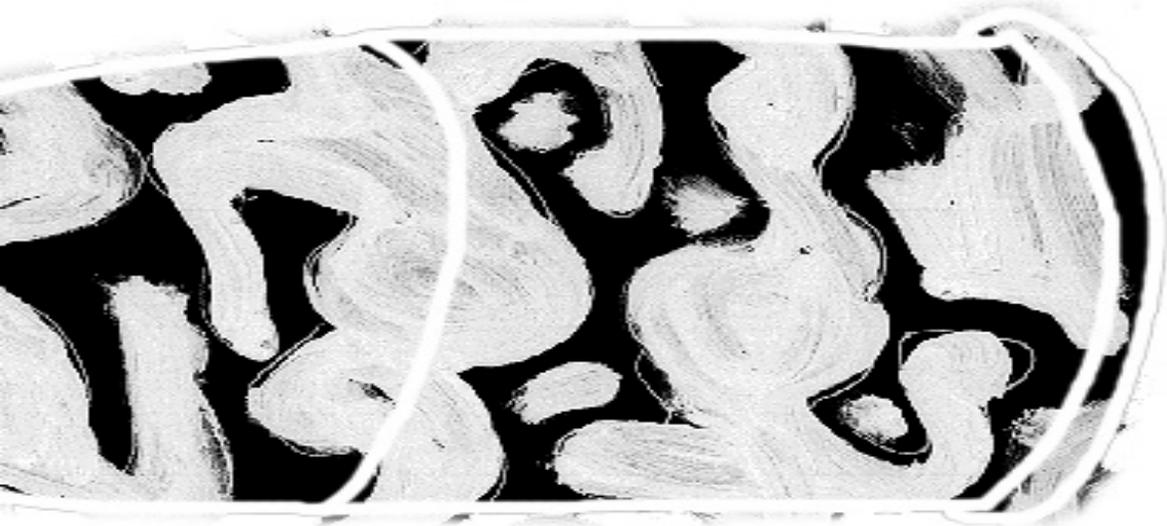
Pero la pregunta clave ante el 11 de septiembre es: ¿por qué se genera tanto escándalo cuando se trata de la muerte de 6.000 personas en EEUU pero se silencia la muerte de 6.000 iraquíes por mes, a causa de los bombardeos y el bloqueo económico norteamericano sobre Irak, o la muerte cotidiana de palestinos en los territorios ocupados? Esta arbitrariedad responde a lo que Aníbal Quijano llama la «colonialidad del poder». La división internacional del trabajo estructurada entre centros metropolitanos y periferias neocoloniales se superpone a una jerarquía etnorracial global entre europeos/euro-americanos y no europeos. La mayoría de las poblaciones no europeas están localizadas en la periferia, mientras la mayoría de las poblaciones europeas o de origen europeo están localizadas en los centros metropolitanos¹. Aun las poblaciones de origen europeo que viven en la periferia tienen las posiciones sociales más privilegiadas y constituyen las élites políticas y económicas en muchos de estos países. La colonialidad global está entrelazada con la geocultura eurocéntrica y racista del sistema-mundo capitalista que privilegia al europeo o blanco sobre el no europeo o no blanco. Este imaginario colonial produce el «sentido común» del cual se retroalimenta la hegemonía europea/euro-norteamericana en el sistema-mundo capitalista. De ahí la arbitrariedad en la definición de «terrorismo», «genocidio» y «violación a los derechos humanos». ¿Acaso se define como genocidio el exterminio de indios en el siglo XIX en EEUU y Argentina o la matanza masiva de vietnamitas por la administración Nixon? ¿Por qué no se define como terrorismo el bombardeo indiscriminado norteamericano que ha produ-



1. El único país no europeo que forma parte de los centros metropolitanos en la división internacional del trabajo es Japón. Sin embargo, es la excepción que confirma la regla. Japón es el único país no europeo que nunca fue colonizado ni periferizado por Europa y que participó en la formación de su propio imperio colonial.

cido la muerte de miles de civiles en Sudán, Libia, Irak, Panamá y, más recientemente, en Afganistán? ¿Por qué las elites norteamericanas, «campeonas» y «predicadoras» de los derechos humanos en el mundo, nunca mencionan que EEUU tiene más presos en sus cárceles que China comunista, aun cuando este país tiene cinco veces la población estadounidense, y que 70% de los presos son minorías de origen no europeo?

El atentado terrorista del 11 de septiembre ha servido para que las elites norteamericanas, «campeonas» en la promoción de «libre-mercados» y neoliberalismo para la periferia, acudan al keynesianismo militar o «corporate welfare» como estrategia para estimular la salida de su economía de una fuerte crisis recesiva. Predican el neoliberalismo para la periferia mientras practican el keynesianis-



mo para el centro. Por eso, la respuesta que ha predominado en las elites norteamericanas es la lógica terrorista estatista de responder a la violencia con violencia. En un proceso cíclico de cada 10 a 15 años, EEUU se embarca en una guerra de agresión en algún lugar de la periferia no europea para lanzar todas las bombas producidas durante esos años por el complejo militar-industrial. Luego de vaciar el «almacén» de bombas, le pasan la cuenta a los contribuyentes norteamericanos para construir más armamento por otros 10 a 15 años. Esto explica por qué en la guerra del Golfo Pérsico en 1991 le hayan lanzado a Irak en tres meses más bombas que la suma total de todas las lanzadas durante cuatro años en la Segunda Guerra Mundial y dos años de guerra en Corea. Lo mismo

hicieron en los años 70 en Camboya y Vietnam, donde lanzaron miles de toneladas de bombas asesinando a millares de civiles. Y ahora hacen lo mismo en Afganistán.

Las elites norteamericanas acuden a una retórica militarista y antiterrorista para capitalizar la agresión terrorista y lograr apoyo masivo a su agenda imperial derechista. Dicha agenda tiene una vertiente interna que incluye la restricción de los derechos civiles y ciudadanos, el aumento del presupuesto militar, la militarización de las fronteras, el endurecimiento (con la consiguiente mayor rentabilidad para las empresas) de la situación de los inmigrantes del Tercer Mundo, la promoción de millardos de dólares en incentivos fiscales para las corporaciones transnacionales, y la legitimación de un presidente que perdió las elecciones y que fue electo por mandato de la Corte Suprema. La vertiente externa es controlar las reservas de petróleo al norte de Afganistán y disciplinar la periferia en el mundo dentro de una agenda global de «recolonización» militarista neoliberal.

La invasión a Afganistán y la promoción de una guerra de larga duración sin enemigos y sin objetivos claros ni definidos muestra el interés simultáneo de EEUU en estimular una economía de guerra y lanzarse a controlar por métodos coercitivos la periferia interna y externa del sistema-mundo capitalista. En definitiva, se trata de una estrategia de la posguerra fría para rearticular y reproducir su hegemonía en la colonialidad global del sistema-mundo capitalista.

Terminada la Guerra Fría y con una economía altamente dependiente de la producción armamentista, las elites imperiales norteamericanas no lograron establecer un consenso sobre quién sería el nuevo enemigo que justificara mantener el presupuesto militar en más de 300.000 millones de dólares al año. En un comienzo intentaron definir como nuevo enemigo la «guerra contra las drogas». Luego, intentaron señalar a China como la nueva amenaza.



Sin embargo, ambas estrategias fracasaron pues se desencadenó una lucha en el interior del Pentágono entre el ejército y la fuerza aérea en términos de quién tendría prioridad y, por tanto, qué sector recibiría el grueso del presupuesto militar. En la guerra contra las drogas el ejército tendría la prioridad, mientras que en la guerra contra China la fuerza aérea tendría mayor importancia. Esta falta de consenso y lucha faccional al interior del estamento militar quedó resuelta el 11 de septiembre con la definición de una nueva guerra contra el terrorismo y contra el mundo islámico donde todos los sectores del Pentágono tendrán igual prioridad. En muchos sentidos, Samuel Huntington con su *Clash of Civilizations* a fines del siglo xx es para las elites norteamericanas en el siglo xxi lo que el estratega naval Alfred Mahan fue, con su propuesta de tomar todas las últimas posesiones coloniales del imperio español a fines del siglo xix (guerra hispanoamericana de 1898), para las elites norteamericanas en el siglo xx: el ideólogo que proveyó una estrategia para constituir su poder hegemónico global. Sin embargo habría que hacer la salvedad de que Mahan fue el estratega de un imperio en ascenso, mientras que Huntington es el estratega de uno en decadencia.

Algo imprevisto sería que creciera la conciencia antimilitarista y antibélica dentro del pueblo norteamericano y exigiera la fiscalización ciudadana de la política exterior norteamericana. La idea de que se puede seguir masacrando a través del mundo sin consecuencias para las vidas de civiles en EEUU hizo crisis el 11 de septiembre y pudiera provocar una intervención política ciudadana contra el terrorismo de Estado norteamericano en el mundo. Recordemos que el movimiento contra la guerra de Vietnam en los años 60 comenzó como un movimiento minoritario que terminó siendo mayoritario con nefastas consecuencias de largo plazo para la hegemonía norteamericana en el mundo (p. ej., crisis de Watergate y la derrota en Vietnam). Un fracaso de este tipo, provocado por un movimiento ciudadano en el interior del imperio, en este momento histórico tendría consecuencias incalculables no solo para la hegemonía norteamericana en el mundo sino para la sobrevivencia del sistema-mundo capitalista tal como históricamente lo hemos conocido.

Tragedia y razón

Los efectos económicos y políticos del ataque terrorista de septiembre de 2001 apresuraron una serie de cambios que ya venían perfilándose en la economía internacional. Básicamente, el abandono de las recetas neoliberales que favorecían a los sectores financieros globales, y la readecuación de paradigmas neokeynesianos, que apuntan a fortalecer los sectores económicos productivos. A la vez, el mundo que parece surgir de una mayor hegemonía norteamericana, lleva a pensar que las tragedias derivadas de las catástrofes son siempre las peores.

Theotônio dos Santos

Reflexiones sobre las tragedias

La tragedia no suele ser buena consejera. Ella provoca, en realidad, una reafirmación de valores, intenciones y aspiraciones preexistentes. Los agentes sociales tratan de explicarlas a través de sus concepciones anteriores para reafirmar la defensa de sus intereses y de su posición en la sociedad. Se trata de fuerzas colosales que continúan su acción más o menos ciega, ya sea para la victoria o para la derrota.

Véase si no lo que ocurre en función de los terribles acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. Nadie revisó sus posiciones. Por el contrario, los republicanos reforzaron sus intenciones belicosas y transformaron los hechos según sus pretensiones de aumentar los gastos militares, las acciones de inteligencia y la restauración del poder imperial norteamericano. Los

Theotônio dos Santos: profesor titular de la Universidad Federal Fluminense; coordinador de la Cátedra y Red Unesco - Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible; presidente del Consejo de Relaciones Internacionales del estado de Rio de Janeiro.

Palabras clave: 11 de septiembre de 2001, economía internacional, hegemonía estadounidense.

demócratas ven crecer sus angustias frente a esta evolución incontestable de la derecha republicana y tratan de obligar al Gobierno a un pacto con la oposición. Refuerzan el contenido de consenso obligatorio en una situación de emergencia nacional, buscan asegurar los derechos individuales bajo una fuerte ofensiva de los baluartes de la derecha y tratan de contener las consignas militaristas e irracionalistas que tienden a aprovechar el clima de odio y emoción chauvinista generado por el pisoteado orgullo nacional.

En el plano económico vemos reacciones similares. Los conservadores quieren garantizar el control sobre los acontecimientos manteniendo

las variables macroeconómicas bajo contención. Como hemos visto en varias oportunidades, fueron ellos quienes atraparon el crecimiento económico norteamericano provocando el aumento de las tasas de interés para derrumbar la inexistente «amenaza inflacionaria» y los «peligros» del pleno empleo. Frente a la amenaza de una recesión (que ahora se profundiza debido a los efectos inmediatos de los atentados) perjudicial para amplios sectores económicos, los conservadores ya se veían obligados a retroceder en su política de contención y aceptaban la necesidad de bajar las tasas de interés. Con este objetivo Allan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, ya estaba en Europa cuando ocurrieron los actos terroristas, en la búsqueda de un consenso que permitiera la rebaja común de las tasas de interés a fin de evitar una fuga de capitales estadounidenses. La verdad es que hay una contradicción de importantes intereses económicos entre el aumento de las tasas de interés (que favorece el capital especulativo) y su baja (que provoca un desplazamiento de los capitales hacia las bolsas, reforzando en consecuencia el sistema empresarial y las inversiones productivas).

El capital financiero especulativo tiene el control del sistema capitalista en su conjunto y ha aumentado su poder durante los últimos y hegemónicos 30 años del llamado pensamiento único de carácter neoliberal. La administración Clinton había iniciado un cambio de orientación de política económica a favor del sistema empresarial volcado hacia la innovación tecnológica y la información, buscando bajas tasas de interés y favoreciendo la valorización bursátil de las empresas, luego sobrevaloradas por el desplazamiento del capital especulativo hacia las mismas.

La reanudación de la ofensiva del capital financiero tuvo su expresión en las medidas de contención del crecimiento y la elevación artificial de las tasas de

***El capital financiero
especulativo tiene
el control del
sistema capitalista
en su conjunto***

interés, provocando el desastre de la economía mundial en curso. Sin embargo, la agudización de la crisis a raíz de los acontecimientos del 11 de septiembre ayuda a poner el capital financiero en la defensiva.

Medidas anticíclicas y neokeynesianismo

Nadie podrá defender, en un momento tan dramático, medidas de profundización de la crisis. Parece que los factores que operan a favor de la reanudación de las inversiones ganan dinamismo en una coyuntura como la actual. De inmediato, las insanas pretensiones de George W. Bush de utilizar los excedentes presu-

***La crisis generada
por la ofensiva
terrorista
crea dudas
aún más fuertes
sobre el verdadero
valor del dólar***

puestarios para disminuir los impuestos y devolver poder de compra a una población caracterizada por el exceso de consumo están liquidadas.

Frente a la gravedad de la crisis, el Congreso votó inmediatamente por el establecimiento de 40.000 millones de dólares (el equivalente a un cuarto del excedente presupuestario) para fines de reconstrucción, salvación y defensa. Se votaron otros 15.000 mi-

llones de dólares para la asistencia a las empresas aéreas. Asimismo, los conservadores y los intereses económicos no perdieron la oportunidad de disponer los fondos de la previsión social de los funcionarios públicos para la intervención gubernamental frente a la crisis. Hace bastante tiempo que se quiere poner la mano sobre el dinero de los funcionarios públicos norteamericanos, protegido por la ley pero susceptible de liberación si la Corte Suprema encuentra una razón unánime. Como puede verse, las emergencias resuelven cuestiones que antes quedaban en el plano de las presiones veladas, convirtiendo a éstas en realidad.

Al final, el Congreso votó por la disponibilidad de 100.000 millones de dólares dirigidos a la recuperación económica que empiezan a producir comentarios sobre un «neokeynesianismo». Todo esto apunta en dirección de medidas anticíclicas de inspiración keynesiana. Paul Krugman lo alertó en este sentido. Se liberan las puertas para medidas favorables a la inversión y al aumento de los gastos públicos: reconstrucción urbana, gastos militares, apoyo al consumo, pero, sobre todo, disminución incondicional de las tasas de interés, que bajaron a 2% anual y deben llegar a 1,5%, lo que tendrá un efecto de recuperación económica a partir del segundo o tercer semestre de 2003.

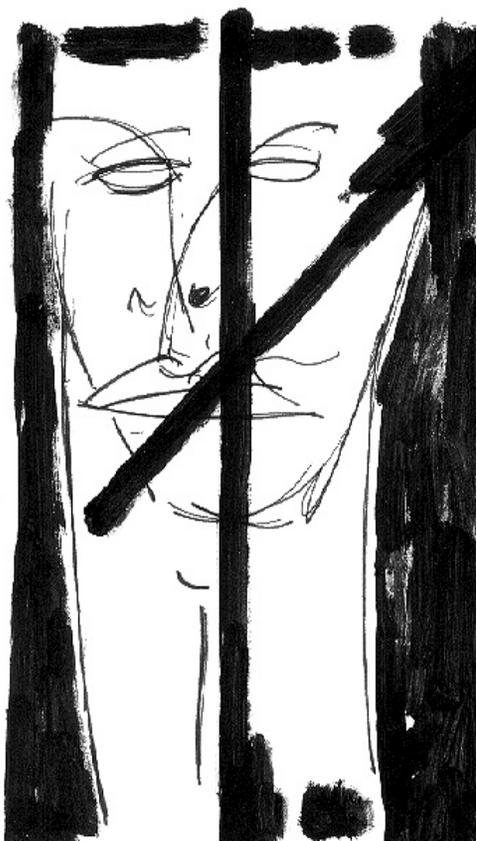
Todos sabemos que en una coyuntura de recuperación económica incluso se hace necesario ir hacia tasas de interés negativas, como forma de apropiación

por el sistema empresarial, y hacia el sector productivo, de los excedentes financieros generados en los periodos de caída del crecimiento y aumento de la especulación financiera, que caracterizan las fases depresivas de los ciclos largos. Se puede esperar, por lo tanto, que la tasa de interés llegue a niveles aún más bajos.

Los caminos del dólar

Como sabemos, las fases de recuperación económica dependen de un periodo de devaluación de activos, sobre todo los financieros; aquí nos acercamos a otro efecto económico de la coyuntura. Nadie debe ilusionarse con las ruidosas declaraciones y movilizaciones de tropas. No hay duda de que los acontecimientos del 11 de septiembre cuestionan la hegemonía incontestable de EEUU y precipitan aún más la tendencia depresiva del dólar. Porque el dólar es el refugio más importante de los activos mundiales. Todos los países ponen, o ponían, antes del euro, sus reservas en dólares, y buena parte de las familias y las empresas también. Una devaluación del dólar corresponde a una devaluación general de los activos mundiales. Al mismo tiempo favorece una transferencia creciente de los ahorros hacia el oro, las *commodities* y las monedas competitivas, entre las cuales se destaca el euro, finalmente en proceso de valorización junto con el yen.

Claro que esta situación favorece la recuperación de las exportaciones norteamericanas y disminuye el terrible déficit comercial, permitiendo retomar el crecimiento económico con bases más sanas. Ocurre sin embargo que hay poderosos intereses internacionales en contra de esta tendencia. Se trata de una clara contradicción entre las funciones de la moneda dominante mundial (el dólar) como moneda o medio de intercambio y su función como fuente de atesoramiento, como forma preferencial de expresión de los activos mundiales. Esto se refleja muy fuertemente dentro de EEUU entre los sectores interesados en el aumento de las exportaciones y en la competitividad del país como productor, y los sectores ligados a la especulación con el dólar como moneda sobrevaluada. No obstante el déficit de la balanza comercial norteamericana alcanzó niveles insostenibles, que amenazaban ne-



cesariamente la cotización del dólar frente a otras monedas de países con alto poder competitivo.

La crisis generada por la ofensiva terrorista crea dudas aún más fuertes sobre el verdadero valor del dólar. El precio del oro es la primera expresión de estas dudas. La devaluación del dólar es otra manifestación del mismo fenómeno. Es claro que la tendencia a la devaluación debe acentuarse y no hay forma de contrarrestarla, hasta que EEUU logre disminuir fuertemente el déficit comercial. En tal coyuntura, las demostraciones de poder militar no ayudan. Son mayores los gastos de dólares en el exterior, a no ser que los aliados estén dispuestos a financiar la guerra contra el terrorismo como lo hicieron en la Guerra del Golfo, en 1989. En la presente coyuntura de amenaza de recesión parece poco probable que la solidaridad llegue a estos términos. En última instancia, un ataque terrorista –por más masivo que haya sido– no representa una amenaza clara para los demás. Al contrario, un apoyo demasiado explícito a EEUU podría atraer el terrorismo hacia el interior de estos países.

Un resumen de la coyuntura

Además de las razones económicas que contienen los gastos, es necesario considerar otros factores que limitan la extensión mundial de esta inusitada «guerra». No parece que ningún país vaya a comprometerse en asumir los gastos de una guerra que nadie quiere que se proyecte sobre su población. La oposición a las medidas militares, generalizada por todo el planeta, pone en jaque la escalada militarista. Parece claro pues que la crisis resultante de los hechos que ensangrentaron a EEUU acentuarán las tendencias ya anteriormente presentes en la economía mundial. En esencia, se trata de reivindicar con más firmeza las medidas que deberán favorecer una recuperación de la economía mundial.

La recuperación de la baja de la tasa de interés en Europa y EEUU –en Japón ya se encuentra en niveles negativos–, es la medida crucial y más importante, pues la crisis internacional produjo un artificial e injustificable aumento de las tasas. En segundo lugar hay que favorecer la expansión del gasto público planteado por Clinton frente a la aparición de superávits fiscales. Los efectos de la crisis deberán eliminar las pretensiones de los conservadores de liquidar el superávit fiscal estadounidense a través de la baja de impuestos al consumo (sin discriminación de la concentración de renta). También se encuentran en jaque el pago de altas tasas de interés que obligan a los Estados a transferir hacia el sector de propietarios de bienes y hacia los especuladores los recursos generados por la contención del gasto público. En tercer lugar, la baja del dólar permitirá un

mejor equilibrio de la balanza comercial norteamericana y provocará una devaluación masiva de activos financieros, de inmuebles, de divisas y de reservas. Esta devaluación funcionará también en favor de los activos productivos, de las empresas y de las bolsas de acciones. Es decir, una fuga hacia la actividad productiva o una recuperación económica generalizada.

***se fortalecieron
las coaliciones
de fuerzas en contra
de la hegemonía
del sector financiero***

Como tantos otros, he tratado de interpretar la crisis actual según mis propias medidas. Desde hace mucho vengo previendo un ciclo largo de acumulación basado en las ondas largas de Kondratiev. He buscado demostrar que la crisis iniciada en 2001 era una etapa en este proceso de recuperación económica. La tragedia ocurrida en EEUU me hace reforzar esta visión.

Efectos económicos de la tragedia

Pasados más de dos meses del ataque quedan muchas dudas en el ambiente internacional. Analicemos algunas de ellas. El primer frente que merece un análisis más profundo es el económico. Después de los acontecimientos tuvimos una tendencia a la baja de las bolsas de acciones en todo el mundo. Sin embargo, su recuperación ha sido tan rápida que casi se ha vuelto a niveles previos a la crisis. Mientras tanto, se consolidaron las tendencias a abandonar radicalmente los principios neoliberales y a retomar las políticas anticíclicas, particularmente la baja de las tasas de interés y el aumento del gasto público, como lo hemos señalado.

Asimismo se fortalecieron las coaliciones de fuerzas en contra de la hegemonía del sector financiero, con especial énfasis en la crisis de este sector, golpeado por fuertes desvalorizaciones de los activos en todo el mundo. Japón ha sido el último bastión de la resistencia del sector financiero, superdimensionado en la década de los 80, caracterizado por una extrema liquidez que se generó por los excedentes en dólares derivados de los superávits comerciales obtenidos sobre todo con EEUU. En el momento actual se intenta una fuerte reestructuración del sistema financiero japonés que se había fortalecido gracias al apoyo del Estado, y que se transformó en deudor para apoyar el enriquecimiento bancario. A pesar de no depender directamente de la crisis generada por las acciones terroristas, finalmente la respuesta japonesa encuentra un ambiente adecuado luego de varios años de postergación de las medidas necesarias para la recuperación de su economía.

En el mundo de las economías emergentes se ve una acentuación de la crisis, sobre todo en América Latina –la zona más ortodoxa en la aplicación de las medidas estabilizadoras del Fondo Monetario Internacional. Esta región ha sido víctima de una brutal contradicción entre la voluntad de sus pueblos, expresada en las urnas a través de sucesivas derrotas electorales de los candidatos favorables a políticas recesivas, y las posteriores administraciones, contrarias a los principios propuestos a los electores. Véase el caso de la Argentina, inmersa en una colosal crisis luego de haber adoptado políticas altamente elogiadas por el FMI. Su ministro de Economía se presenta en las elecciones y su partido no alcanza 1,5% de los votos. Sin embargo, Domingo Cavallo seguirá en el Gobierno llevando adelante una política rechazada masivamente por los electores.

De todas formas, la crisis tan profunda de economías elogiadas por el FMI y los inefables servicios de consultoría de negocios internacionales ponen en un definitivo jaque a toda una tendencia tecnocrática (con pretensiones científicas apoyadas por premios Nobel funcionales a los grupos de presión montados en las academias) que se había impuesto sobre las aspiraciones de estos pueblos. Lo que se puede concluir de este rápido análisis es que la crisis del terror ha permitido acentuar tendencias económicas ya presentes anteriormente y que lograron revertir políticas en apariencia victoriosas e invencibles.

Impactos geopolíticos

Otro campo en profunda revisión es el geopolítico. Desde el final de la Guerra Fría se han acentuado cambios radicales en las relaciones entre países, Estados y regiones. Un área clave para el juego geopolítico universal es el Golfo Pérsico, donde se concentra la mayor parte del petróleo del mundo. La guerra del Golfo permitió a EEUU concentrar en esa región la mayor masa de recursos militares aéreos y marítimos del Mediterráneo, y ya puede considerar bajo su control el océano Índico, donde la marina india ejercía una hegemonía incuestionable. Asimismo, EEUU está implantando bases militares en las antiguas repúblicas soviéticas y en el propio Afganistán.

La crisis generada por las acciones terroristas en EEUU trajo una excusa muy buena para concentrar en la región un poder militar que no se podría pensar sin un acontecimiento de estas dimensiones. Sea o no el grupo terrorista dirigido por Bin Laden, el responsable de las acciones terroristas, hay fuertes intereses en ocupar geopolíticamente la región y los hechos coyunturales sirven a estos objetivos estratégicos. Puede decirse por lo tanto que EEUU logró una importante victoria diplomática y militar al desplazar hacia la región una masa

tan impresionante de poder de fuego. No está claro, sin embargo, el efecto político de esta colosal operación.

Parece evidente que los norteamericanos se ven en una difícil situación política en la región. Después de haber apoyado por décadas el crecimiento de corrientes fundamentalistas para oponerse

a la URSS en Afganistán y a los gobiernos laicos de inspiración socialista en India, Argelia, Egipto, Siria y otros países, ven estas fuerzas volcarse en contra de EEUU, e incluso de la realeza de Arabia Saudita, que había inspirado y apoyado financieramente gran parte de estos movimientos.



Entrenados por la CIA y debidamente modernizados en sus técnicas de terrorismo, estas organizaciones se transforman en una amenaza para EEUU,

incluso para los gobiernos republicanos que habían apoyado tan entusiastamente a estos «héroes de la libertad». Recordemos que Bin Laden ha inspirado el segundo personaje principal de Rambo III y ha sido abiertamente elogiado por toda la prensa mundial de los años 80.

Este cambio quizás se deba, en parte, a las medidas tomadas por la administración de Bush, en relación con la cuestión palestina. Puede tener su origen también en las aprensiones del gobierno norteamericano frente a las conspiraciones en contra de la dinastía de Arabia Saudita o simplemente como consecuencia del impresionante crecimiento de organizaciones fundamentalistas en la región, acompañado de fuertes sentimientos antinorteamericanos. Puede ser también que estas reorientaciones de política tengan que ver con el peligro de un fortalecimiento de tendencias tan radicales en Pakistán, que dispone de poder nuclear en expansión y que no aceptó los intentos norteamericanos de contenerlo.

Si consideramos que este país tiene a su lado otro poder nuclear, la India, en manos de corrientes nacionalistas enfrentadas abiertamente con Pakistán, y que en general se hace muy difícil lograr una paralización de la carrera nuclear en la región, parece claro que el apoyo a corrientes fundamentalistas ha sido un juego extremadamente arriesgado, cuyos frutos se empiezan a recoger ahora.

En todo esto hay algo parecido a la acción de inteligencia y de los gobiernos norteamericanos en América Latina al crear y apoyar gobiernos militares de la región entrenándolos en técnicas terroristas, represivas y otras acciones que hoy son bastante conocidas por revelaciones de los documentos de la CIA, el FBI y la DIA. Después de algún tiempo, los actos terroristas se desplazaron a EEUU, como sabemos hoy detalladamente de la operación en contra de Orlando Letelier que mató también a una joven norteamericana. Hasta hoy el principal

***Esta conducta
 hace muy difícil
 derrotar
 el terrorismo
 como práctica
 política
 generalizada
 en el mundo***

responsable de esta y otras acciones similares, Augusto Pinochet, no ha sido debidamente punido a pesar de las evidencias disponibles en los tribunales norteamericanos, chilenos y de varios países. Lo mismo podemos decir de los activistas anticastristas en Miami, que se dedican hace 30 años a acciones terroristas con el apoyo del gobierno norteamericano y con una impunidad legal amparada por la justicia norteamericana. Conocemos el apoyo de los católicos norteamericanos al IRA y el apoyo oficial del gobierno de Reagan a la Contra nicaragüense, así como a las dictaduras

militares de toda la región. Peor aún, solamente el apoyo de Reagan al Khmer Rojo en Camboya, después de los asesinatos en masa de su propio pueblo, permitieron la supervivencia de este movimiento terrorista por tanto tiempo. Hoy día vemos a las FARC y el ELN, considerados como organizaciones guerrilleras en Colombia, cuando los grupos paramilitares de extrema derecha usan la violencia y el terror más abominable y quedan excluidos de la lista de organizaciones terroristas.

Esta conducta hace muy difícil derrotar el terrorismo como práctica política generalizada en el mundo. Aun cuando sus acciones causan los efectos que vimos, no aparece una voluntad radical y definitiva de abandonar tales prácticas en contra de los adversarios del gobierno norteamericano. La misma actitud queda clara cuando se acepta la idea de que no importa la pérdida de vidas inocentes en los países enemigos de EEUU, porque estas muertes no fueron deseadas sino solamente calculadas.

Hacia una civilización planetaria

Parece necesario pasar a un nivel más alto de civilización. Ya no más puede considerarse ilegítimo el terror enemigo y legítimo el propio. La humanidad ha alcanzado una integración planetaria que no permite estas duplicidades éticas y morales. Debe desarrollarse una ética realmente universal que respete las diferencias siempre que no se opongan al principio de la preservación y desarrollo de la vida humana. Las civilizaciones, las religiones nacidas en condiciones locales específicas se abren a un universalismo que se transforma en un ejemplo fundamental con el ecumenismo cristiano a ser desarrollado hacia todas las formas religiosas y de civilizaciones. En este contexto parece muy claro el peligro de intentar contener uno de los más importantes avances de la civilización occidental: la libertad de prensa. Lo peor es que estas medidas restrictivas sean presentadas como una forma de defensa de esta civilización. De la misma manera como se realizaron varios golpes militares para defender justamente la democracia, presuntamente amenazada por los enemigos de la Guerra Fría.

Todo indica que EEUU está perdiendo la guerra de la opinión pública y esto se debe en buena medida al intento de monitorear abiertamente los medios de comunicación cuando el mundo árabe tiene una estación de televisión respetada por todas las partes en conflicto. Está claro también que el pánico generalizado y la confusión entre terrorismo y religión islámica, que se transforma en prejuicios incontrolables, favorece una creciente brecha entre los musulmanes y la civilización occidental. Una distancia ampliada por el desprecio hacia las religiones orientales en general que parece fortalecer el espíritu fundamentalista en el mundo cristiano. Cuando tales visiones y comportamientos culturales son acompañados por el poder de fuego de EEUU, de la adhesión de casi todas las naciones de Occidente hacia acciones que llevan a la muerte a centenas de miles de personas y a millones de refugiados, no se debe olvidar las consecuencias históricas de la creación de los refugiados palestinos.

Nadie puede creer que se esté generando un ambiente adecuado para la paz mundial. Es absurdo pretender que se alcanzará una legitimidad ideológica y política en un mundo como el actual. Y los medios de comunicación perderán su capacidad de influencia cuanto más se identifiquen con la creación y conservación de este mundo asimétrico, caótico e injusto. En plena era de la información nos encontramos con una fuerte amenaza global a las conquistas más caras de la evolución reciente de la humanidad. La tragedia puede ser la excusa para nuevas y terribles catástrofes.

La economía mundial después del 11 de septiembre

**Juan Carlos Moreno-Brid /
Juan Ernesto Pardinás**

Si bien los efectos económicos de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 son contradictorios, al parecer sus consecuencias en términos de políticas económicas apuntan a un cambio notorio de criterios. Al mismo tiempo, una serie de cuestiones que hasta ahora trababan los avances hacia un ordenamiento más justo del comercio mundial, parecen empezar a despejarse. La reconstrucción de una sensación de seguridad en las naciones desarrolladas tendrá que pasar por la construcción de una estabilidad política, un mayor desarrollo y mayor equidad en las regiones más pobres.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y la subsecuente guerra en Afganistán, además de la destrucción y las muertes y heridas que causaron, han venido a deteriorar el clima de negocios y de inversión en el ámbito internacional. Ello ocurre en un crítico momento económico mundial en que, por vez primera en décadas, las tres economías más grandes –Estados Unidos, Japón y la Unión Europea– se encuentran simultáneamente en fases de lento o nulo crecimiento. De hecho, desde meses atrás la actividad productiva en cada uno de estos países tenía escaso impulso, además de que sus mercados accionarios seguían sin repuntar.

Juan Carlos Moreno-Brid: asesor regional de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe - Cepal, México.

Juan Ernesto Pardinás: investigador del Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C. - Cidac.

Nota: Las opiniones expresadas en este trabajo no necesariamente coinciden con las de la Cepal o del Cidac.

Palabras clave: 11 de septiembre de 2001, economía mundial, comercio internacional.

En efecto, la economía de Japón acumula ya más de una década de escaso crecimiento. Su estancamiento refleja la debilidad de sus exportaciones y de su gasto privado reflejando, este último, las desfavorables expectativas de inversión y las distorsiones críticas de su sistema bancario. Un elemento que también influye es el que la instrumentación de una reforma financiera profunda sigue pendiente ante la falta de consenso acerca de cómo resolver el problema político clave: ¿Quién y cómo pagará el costo de los préstamos perdidos? Asimismo, la economía europea, no obstante el exitoso avance hacia su integración y unificación monetaria, no alcanza a insertarse en una senda de crecimiento elevado. Trabada por la rigidez de su marco institucional en lo que concierne al diseño de la política fiscal, es incapaz de poner en marcha un programa anticíclico de gasto público que ayude a reanimar la actividad productiva y el empleo. De no ser por la depreciación real del euro, su escaso dinamismo económico hubiese sido más lento.

***Una vez que
la burbuja
accionaria
reventó, cesó
la expansión
económica***

Por su parte, EEUU ya estaba al borde de una recesión antes del 11 de septiembre. El prolongado *boom* que vivió en la década anterior estuvo sustentado en el alza del consumo particular, lo que se reflejó en una caída notable en la tasa de ahorro privada y un fuerte endeudamiento, apalancado parcialmente en las ganancias de capital del mercado de valores. Esta dinámica de funcionamiento era, en última instancia, insostenible¹. Una vez que la burbuja accionaria reventó, cesó la expansión económica. Como afirmara el reciente premio Nobel, Joseph Stiglitz, el ataque terrorista no provocó, sino más bien confirmó, la recesión. Baste señalar que la producción industrial había caído durante 12 meses consecutivos; el periodo más largo desde 1944. En este lapso se perdieron 1,1 millones de empleos manufactureros, desde su nivel más alto en julio de 2000. Y ello no obstante que entre enero y agosto de 2001, la Reserva Federal estadounidense redujo siete veces la tasa de interés interbancaria buscando inyectar mayor liquidez para estimular el gasto privado.

Si se profundiza la tendencia recesiva, que ya acusaban las tres grandes economías, puede deprimirse no solo su inversión externa directa (IED) sino también el comercio internacional. Dicho debilitamiento del intercambio comercial y de los flujos de capital restringiría, en particular, la disponibilidad de divisas para los países en desarrollo y opacaría sus perspectivas de crecimiento económico.

1. V. Godley e Izurieta: «As the implosion begins...? Prospects and Policies for the U.S. Economy», The Levy Economics Institute, Strategic Analysis, Annandale-on-Hudson, 2001.

En el caso de América Latina, el panorama se complica dada su fuerte relación con la economía de EEUU y los efectos colaterales de la crisis en Argentina. Entrando en su cuarto año de recesión, la economía sureña adolece de graves problemas fiscales y de balanza de pagos de un modo que, según algunos analistas, podría inaugurar una nueva crisis de deuda internacional.

En estas condiciones urge evaluar la magnitud del impacto económico de los hechos del 11 de septiembre, de la subsecuente acción bélica en Afganistán y de los atentados perpetrados con material bacteriológico. Es necesario distinguir los efectos de corto plazo y los que podrían marcar de manera prolongada la

¿Qué tanto se han deteriorado las expectativas de inversión en las economías industrializadas a raíz del 11 de septiembre?

evolución de la actividad productiva, la inversión y el comercio internacionales. Al respecto puede señalarse tres tipos de efectos adversos, además de la irreparable pérdida de vidas humanas². El primero comprende los daños derivados de la destrucción de edificios, maquinaria, equipo y demás activos físicos. Un segundo efecto surge del alza en los costos de operación, y de transacción en general, resultante del riesgo de que ocurran nuevos ataques terroristas similares. En EEUU, desde

las oficinas de correo hasta las plantas generadoras de energía eléctrica han tenido que adecuar sus provisiones de seguridad a las nuevas amenazas –reales o hipotéticas. En menor grado las empresas en otras latitudes también han adoptado más medidas de vigilancia. Todas han tenido que enfrentar el alza en las primas de ciertos seguros. Finalmente un tercer y último efecto es el que surge de la incertidumbre que generaron los hechos terroristas y el inicio del conflicto armado, sobre las perspectivas de negocios y de inversión.

El primer efecto, que inicialmente atrajo la atención, tiene un costo relativamente limitado. En cierta medida semeja el daño directo que producen los desastres naturales, como terremotos o inundaciones. Su monto asciende, en esencia, al del costo de reposición de los activos dañados. Paradójicamente, si se procede pronto a reconstruirlos, el impacto sobre el nivel general de actividad económica puede ser favorable, sobre todo en sectores como la construcción y la provisión de ciertos equipos y materiales. En todo caso, su impacto se circunscribe básicamente al área afectada. El segundo efecto mencionado eleva

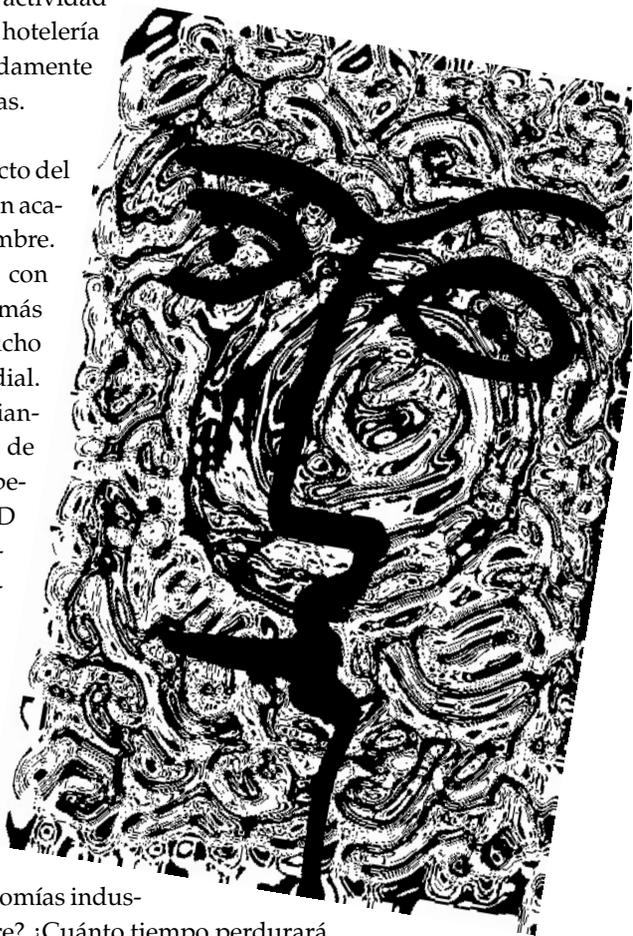
2. Cabe subrayar que en esta ocasión no se aborda el análisis del impacto sobre la economía de Afganistán que, sin duda, ha sido enorme. Dicho impacto depende del desenlace y duración del actual conflicto bélico, del tipo de régimen político que se establezca y del apoyo que otorgue la comunidad internacional para la reconstrucción y el desarrollo económico.

los costos de operación, transporte y comercialización. Además la percepción de un mayor riesgo tiende a deprimir la demanda de ciertos servicios, lo que ayuda a explicar el desplome de la actividad en industrias como las de aviación, hotelería y turismo. Su impacto ya incide agudamente en varias economías latinoamericanas.

El tercer efecto identificado es producto del clima de mayor incertidumbre que han acarreado los hechos del 11 de septiembre. Este efecto es difícil de contabilizar con precisión, pero probablemente es el más relevante ya que puede postergar mucho la reactivación de la economía mundial. Sin duda, los elementos de desconfianza que introdujo en las perspectivas de negocio deprimen la inversión. Especialmente afectada puede verse la IED hacia países en desarrollo, en la medida en que sus condiciones de seguridad sean percibidas como más frágiles. Todo ello puede golpear con fuerza a las economías de nuestra región al cortar sus exportaciones y remesas del exterior, a la vez que reduce la inversión.

¿Qué tanto se han deteriorado las expectativas de inversión en las economías industrializadas a raíz del 11 de septiembre? ¿Cuánto tiempo perdurará su efecto? Si bien estas interrogantes hoy por hoy no se pueden contestar, es evidente que un elemento indispensable para restablecer la confianza de los inversionistas y de los consumidores en general es evitar nuevos ataques terroristas. Estados Unidos y los demás países desarrollados, actuando por sí solos, no podrán lograr dicho objetivo. El endurecimiento en sus políticas migratorias o el incremento en su gasto militar tiene alcances muy limitados.

La idea de que la pobreza es, en el fondo, la causa más importante del terrorismo es muy debatible. Sin embargo, es claro que en las circunstancias actuales, la lucha contra el terrorismo requiere la cooperación y compromiso de la mayo-



ría de las naciones, tanto de las más desarrolladas como de las pobres. Difícilmente se conseguirá dicha participación efectiva si las primeras no muestran más sensibilidad a la problemática de las segundas, sea ésta económica, financiera o comercial. Dicho cambio en el espíritu de cooperación –o puesto de otra forma, en la correlación de fuerzas e intereses en el campo de negociaciones internacionales– tendría implicaciones mayúsculas sobre la evolución de las economías menos desarrolladas.

Los hechos sugieren que un cambio en la dirección señalada parece comenzar a permear algunos foros internacionales. Por ejemplo en la reunión del G-20 celebrada en Ottawa en noviembre de 2001 se decidió pedir la cooperación internacional contra el terrorismo, y se recomendó aplicar medidas para cancelar el acceso de dichas organizaciones a los sistemas bancarios. A la vez, se instó a los miembros a que, ante el incierto panorama económico global, otorguen prioridad a la búsqueda de formas de apoyo a los países en desarrollo. De hecho se especificó explícitamente que los ministerios de Finanzas del G-20 investiguen la viabilidad de conformar un mecanismo que ayude a instrumentar una moratoria suave de la deuda externa de algunos países en desarrollo que no puedan cumplir con sus obligaciones financieras³.

Otro ejemplo se observó en la reunión de Doha (Qatar) celebrada también en noviembre, donde se acordó echar a andar una nueva ronda de negociaciones internacionales para profundizar la apertura comercial, la Ronda Doha o Ronda del Desarrollo. Hay consenso de que este acuerdo busca reactivar el intercambio comercial y el crecimiento económico para enfrentar la recesión mundial, lo que se logró gracias a que los ministros de los países desarrollados –influidos por la necesidad de conseguir el apoyo pleno en su campaña contra el terrorismo– aceptaron tomar en cuenta ciertos temas que sistemáticamente habían sido rechazados durante los siete años anteriores. Estos temas incluyen en particular la posibilidad de: a) flexibilizar las exigencias del sistema de patentes a fin de permitir la producción y distribución de medicamentos para atender emergencias epidémicas; b) reducir los subsidios a la producción agrícola en países desarrollados; y c) eliminar el uso de barreras no arancelarias que restringen el acceso a los mercados internacionales de ciertos productos provenientes de las economías en desarrollo.

Será deseable que estas decisiones se acompañen de acciones concretas que permitan a corto plazo fortalecer las capacidades de desarrollo e innovación de

3. V. *Reforma*, 17/11/01, México.

las economías menos favorecidas. Un ejemplo podría ser garantizándoles acceso franco a sus exportaciones hacia los mercados de países industrializados, lo cual requeriría que estos países pronto eliminen las barreras arancelarias y no arancelarias que limitan el ingreso de bienes –tanto agrícolas como de otro tipo– producidos en economías semi-industrializadas.

En la medida en que cobre impulso una renovada forma de cooperación más amplia entre las naciones más y menos favorecidas, cabe esperar que la economía mundial salga más pronto de su fase recesiva y corrija algunos de los efectos adversos de los hechos del 11 de septiembre y del conflicto bélico. A ello ayudará, también, el giro que se está dando en la política económica de EEUU a favor del uso más decidido de la política fiscal –y no solo la monetaria– para estimular la reactivación económica.

Los escombros de las dos Torres Gemelas confirman, con crueldad, el lugar común de que el planeta es una aldea. Con la globalización, todos los países somos, tarde o temprano, vecinos. La necesidad de cooperación de las naciones –independientemente de su nivel de desarrollo– es hoy día muy fuerte. Así, en estas condiciones, cabe afirmar que la reconstrucción de una sensación de seguridad en las naciones desarrolladas parece que tendrá que pasar por la construcción de una estabilidad política, un mayor desarrollo y mayor equidad en las regiones más pobres.



El factor sociotecnológico

Los atentados de septiembre de 2001 se produjeron cuando las protestas antiglobalización estaban en su apogeo. Las nuevas medidas de control sobre la privacidad en internet vienen a justificar las censuras impuestas desde hace tiempo por los Estados con políticas restrictivas sobre el tema.

Rodrigo Araya Dujisin

Sabemos que internet es una herramienta para la acción colectiva, aumenta las capacidades operativas de individuos, grupos, redes y movimientos sociales. Sabemos además que las plataformas electrónicas configuran nuevas formas de organización y asociatividad, favorece el reclutamiento de apoyos y la difusión de las ideas. Sabemos también que permite establecer vínculos con los procesos globales, interconectando conflictos y adversarios locales. El movimiento antiglobalización es un claro ejemplo de ello. Agrupa desde defensores de los animales hasta activistas por los derechos humanos, pasando por intelectuales, campesinos sin tierra y quienes se oponen a la manipulación genética de los alimentos. Múltiples causas y conflictos locales se interconectan, se coordinan y se potencian en escenarios globales.

La urgencia por fijar marcos de comprensión para el ataque a los centros simbólicos del poder financiero y militar por parte de redes fundamentalistas islámicas llevó a algunos a establecer apresuradas equivalencias entre los ataques metafóricos a los McDonald's y los ataques terroristas a las torres gemelas y el Pentágono. Según sabemos la «puesta en escena» en el McDonald's de Millau¹ consistió en llenar el local de animales y verduras en protesta por sanciones comerciales impuestas por Estados Unidos que afectaban a los productores de queso de cabra. En Seattle se realizaron marchas alegóricas, en Davos hace un par de años los ecologistas hicieron una espectacular aparición con

Rodrigo Araya Dujisin: investigador de Flacso-Chile.

Nota: Agradezco los comentarios de Florencio Ceballos y Claudio Rutllant de Ekhos I+C y Carlos Osorio de la Universidad de Harvard.

Palabras clave: globalización, internet, acción colectiva, control político.

paracaídas de colores en la reunión del Foro Económico Mundial, a la que no estaban invitados.

Algunos improvisados analistas, cuyas únicas fuentes parecen ser las cadenas globales de TV, han señalado con soltura que hay grupos antiglobalización blandos y duros y, sobre ese marco, han establecido múltiples vínculos entre un fenómeno y el otro. Esto equivale a decir algo así como que el señor que me vende el diario y Bill Gates son empresarios, que una lágrima es igualmente agua como el Pacífico. Claramente este tipo de análisis no nos ayuda mucho. Agregaría que las diferencias no solo pasan por un asunto de escala, sino de naturaleza del conflicto. La asimilación conduciría a criminalizar y a silenciar un debate que es político y se refiere a los contenidos de la globalización.

*internet
da para todo
y en muchos
aspectos es
un espejo
de la sociedad*

No está de más señalar que un acto terrorista, por definición, enfatiza el componente psicológico y que la moral civil se vuelve un objetivo militar, mientras que los activistas globales expresan valores internacionalistas y la convicción de que la democracia global debe ser un contrapeso a la mundialización financiera. Por lo demás, Atacc² y otros grupos antiglobalización han hecho tempranas declaraciones (no reproducidas en las cadenas de TV) de rechazo a las acciones terroristas. En Roma, Berlusconi organizó una manifestación de solidaridad con EEUU que congregó a 40.000 personas, con artistas muy conocidos y gran cobertura de prensa. El mismo día se realizó una manifestación por la paz, convocada por las redes antiglobalización movilizadas en Génova en julio de 2001, a la que asistieron 100.000 personas.

Las distintas redes han alertado sobre la asimilación que los quiere presentar como equivalentes a los terroristas. Sin embargo, la radicalidad de este movimiento se da en el plano de las ideas y su arma es la protesta.

La catarsis colectiva en internet

Lo cierto es que internet da para todo y en muchos aspectos es un espejo de la sociedad. En internet caben todos. Esta afirmación no responde a un decreto, es

1. Pequeña ciudad francesa donde se produce el queso roquefort.

2. «Asociación por una tasa a las transacciones financieras en ayuda a los ciudadanos», es un movimiento internacional para el control democrático de los mercados financieros y de sus instituciones. Es una de las principales redes de convergencia de las resistencias a la globalización.

parte de su arquitectura tecnológica y de lo que sus usuarios han hecho de la red, apropiándose de ésta para sus fines particulares y, por lo mismo, inyectándole vitalidad más allá de los anhelos o expectativas de reguladores o analistas. Es así como poco después de los atentados terroristas en EEUU, un grupo de jóvenes musulmanes estadounidenses puso en marcha un sitio en internet denominado «Musulmanes contra el terrorismo» (www.muslimsagainstterrorism.org) con el objetivo de honrar a las víctimas y defender la imagen del islam. Igualmente ha sucedido con los simpatizantes de Osama Bin Laden, quienes organizados en listas de discusión, sitios y *chats* comparten sus puntos de vista. Otros se van a los puños virtuales. En estos días un grupo de *hackers* informáticos violó un sitio de la compañía Trade Winds Communications y dejó una amenaza para Microsoft y un llamado a la utilización del sistema operativo Linux³, insultos contra EEUU e Israel y alabanzas para Bin Laden. La pantalla puede ser un campo de batalla. *Hackers* israelitas han destruido el sitio de Hezbolá y éstos el sitio del parlamento israelí. Algo similar ocurrió con el sitio del Departamento de Estado norteamericano, que fue violado por expertos chinos durante el incidente del avión espía, o escaramuzas electrónicas entre prochechenos y rusos.

Por otro lado, en Chile tras los atentados en EEUU, la búsqueda de familiares y amigos se realizó fundamentalmente a través de un portal para la comunidad de chilenos residentes en el extranjero. El portal casachile.cl con la Cruz Roja implementó horas después de los ataques un sistema de acopio de información y contactos para la ubicación de personas de paradero desconocido. Asimismo la comunidad académica en internet ha producido una cantidad impresionante de reflexiones y centros de recursos para comprender el episodio, expresar sentimientos de desconcierto, de odio o de temor, condolencias, cartas abiertas, etc. En listas de interés en las que participo se ha visto cierto desconcierto por el aumento explosivo de mensajes, y en varias ha sido imperioso crear listas paralelas para dar cabida a la necesidad de comunicación y expresión que provocaron los atentados.

El dilema de fondo: libertad o privacidad

Desde el 11 de septiembre de 2001 varios países han promulgado rápidamente nuevas leyes que buscan reforzar la vigilancia en internet. Con los poderes que

3. Linux es un equivalente a Windows que simboliza las causas libertarias en internet. Es un programa de código abierto y quien lo modifica lo devuelve a la comunidad de programadores y usuarios, para todos y gratuitamente. Hoy en día tiene 30 millones de usuarios.



le otorga la nueva ley antiterrorista, en EEUU el FBI podría reorganizar la arquitectura de internet. La organización Privacidad Internacional (PI) señala en su sitio que la ley amplía el uso de las escuchas telefónicas y del sistema de rastreo electrónico Carnívoro, y que convierte a los *hackers* en ciberterroristas. Carnívoro estaría instalado en los proveedores de internet (ISP) para permitir al FBI hacer seguimiento a las comunicaciones vía internet. Carnívoro, al igual que Echelon, son sistemas de espionaje que interceptan las comunicaciones privadas. Siempre se dijo que eran fantasías de informáticos y que no existían tales sistemas. La comisión parlamentaria europea creada en junio de 2000 para investigar esa red aprobó en Estrasburgo, días antes de los atentados, un informe

que confirma la existencia de Echelon. La Eurocámara sugiere en el informe que los ciudadanos codifiquen su correo electrónico.

La Fundación Frontera Electrónica ha condenado la legislación por la rapidez con que se ha aprobado, atropellando las libertades civiles. El presidente Bush ha solicitado a la Unión Europea que también revise sus normas sobre protección de datos. Algunas empresas de internet, en tanto, planean trasladar sus servidores desde EEUU hacia sus propios países. En internet se está produciendo un agudo conflicto entre la libertad individual y la seguridad. Las organizaciones que defienden las libertades individuales se han manifestado en varios países contra estas medidas. Algunos se esfuerzan en recordar convenciones y acuerdos internacionales de derechos humanos que prohíben toda forma de vigilancia electrónica general y que resguardan la libertad de información y expresión.

Dentro de los códigos consuetudinarios de la red se destaca su carácter igualitario⁴, en el sentido de que pueden traspasarse diferencias de clase, generacionales o de diversa índole. El otro principio apela a que la información en internet es esencialmente libre. Sin embargo, gobiernos y empresas han buscado la seguridad mediante la regulación y la capacidad represiva de las instituciones más que a través de la autoprotección tecnológica de los ciudadanos. De allí la importancia de la encriptación, que consiste en la codificación del lenguaje mediante claves secretas conocidas solo por el emisor y el destinatario del mensaje. Las tecnologías de encriptación hacen muy difícil la interceptación de los códigos de acceso y el contenido de la comunicación, y es uno de los aspectos centrales en la discusión tecnológico-social para la preservación de la libertad en internet. Tanta importancia se atribuyó a esta tecnología que se la clasificó en el rubro de armamento de exportación prohibida sin un permiso especial del Departamento de Defensa. La encriptación representa la posible autonomía para los individuos y organizaciones de cualquier índole con respecto a los gobiernos y a las grandes empresas. Phil Zimmerman, un matemático experto en tecnologías de encriptación difundió en 1991 en internet su sistema Pretty Good Privacy (PGP), en respuesta a los intentos del Senado estadounidense de prohi-

4. No está de más decir que internet nació y se ha desarrollado como una tecnología abierta y sus fundamentos y prácticas refieren a dos principios: igualdad y libertad. Igualdad y libertad para la minoría que tiene acceso. Para este año se estima que 4% de la población mundial cuenta con acceso a internet, con una disparidad entre países abismante. En los países desarrollados el porcentaje de conectados llega a 50%. En Nueva York hay más huéspedes (computadores que alojan sitios) que en toda África, y en Finlandia más que en toda América Latina y el Caribe; 40% de la población mundial no tiene acceso a luz y 60% no ha realizado jamás un llamado telefónico.

bir la encriptación en el marco de la legislación antiterrorista. Zimmerman sufrió persecución judicial, pues la publicación en internet supuso que, desde el punto de vista jurídico, equivalía a exportar armamento sin licencia.

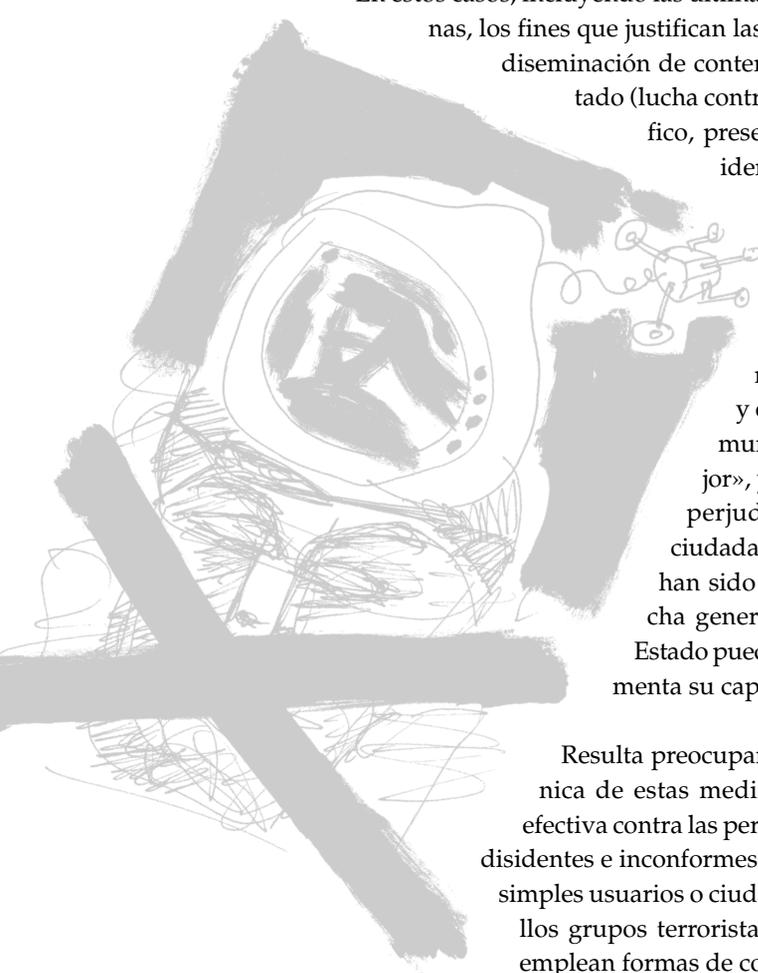
Los más pesimistas auguran el comienzo de un periodo de caza de brujas en la red, haciendo peligrar gravemente el derecho a la privacidad. John Naughton, de la Universidad de Cambridge y columnista del *The Observer* de Gran Bretaña, dijo recientemente en una entrevista que en un sentido los terroristas ya ganaron y lo que nos espera es un futuro orwelliano. No son pocos quienes sostienen que el dilema entre libertad y control se terminó el 11 de septiembre. En nombre de la seguridad se aplicarán férreos controles a derechos a la intimidad de los correos electrónicos y de los foros, listas y contenidos de la red.

¿Quiénes le temen a internet?

Hay quienes consideran a internet como un enemigo en sí mismo. El gobierno talibán lo prohibió días después de los atentados y la represalia estadounidense, pero no ha sido el único. Según un reciente estudio de Reporteros sin Fronteras, existen cerca de 40 países que presentan fuertes restricciones a internet, que van desde el control estatal al acceso y contenidos hasta la prohibición total. Dentro de los argumentos que respaldan estas medidas se señala que se protege a la población de ideas subversivas para garantizar la seguridad y unidad nacional. Algunos países sustentan las prohibiciones estrictamente por razones culturales o religiosas, otros por razones políticas. En casi todos los casos los ciudadanos privilegiados con acceso a la red encuentran medios para eludir la censura. Los casos más graves de censura y prohibición son Arabia Saudita, Azerbaiyán, Bielorrusia, China, Corea del Norte, Cuba, Irak, Irán, Kasajistán, Kirguistán, Libia, Myanmar, Sierra Leona, Siria, Sudán, Tayikistán, Túnez, Turkmenistán, Uzbekistán y Vietnam.

Para los países islámicos como Arabia Saudita e Irán, se prohíben sitios que proporcionen información contraria a los valores islámicos, aunque en general se considera a internet como un factor de occidentalización de las mentalidades. En China y Cuba no se prohíbe internet, pero existe un fuerte control estatal en el acceso a la red y en los contenidos posibles de visitar. En 1999, en Shangai se encarceló a Lin Hai por proporcionar las direcciones de correo electrónico de 30.000 internautas chinos a una revista electrónica disidente publicada en un sitio cuyo servidor reside en EEUU. Asimismo en fecha cercana al décimo aniversario de la matanza de Tiananmen, se clausuraron 300 cibercafés en Shangai. Hay países donde no existe acceso a internet. Es el caso de Corea

del Norte, Irak y Libia. En Siria solo tienen acceso las instituciones oficiales y en Vietnam hay que pedir una autorización.



En estos casos, incluyendo las últimas medidas norteamericanas, los fines que justifican las restricciones al acceso y diseminación de contenidos son razones de Estado (lucha contra el terrorismo, narcotráfico, preservación de los valores e identidades, de la seguridad interior, amenazas externas, etc.) y todos ellos comparten una simetría notable: «Nosotros, el Estado, debemos saber lo que usted lee y escribe y con quien se comunica, para protegerlo mejor», y en todos estos casos los perjudicados son los propios ciudadanos y los disidentes, pues han sido puestos bajo una sospecha general, solo porque ahora el Estado puede usar tecnología que aumenta su capacidad para influir.

Resulta preocupante que la capacidad técnica de estas medidas sea tremendamente efectiva contra las personas y ONGs, contra los disidentes e inconformes que utilizan la red como simples usuarios o ciudadanos, que contra aquellos grupos terroristas o narcotraficantes que emplean formas de comunicación y de coordinación operativa mucho más sofisticadas, como lo demuestran los atentados del 11 de septiembre. Peor aún, los Estados que tradicionalmente reprimen las libertades de expresión ahora tendrán una justificación política, siguiendo las medidas de EEUU, para «combatir el terrorismo» (y de paso la disidencia), y dispondrán de una floreciente industria de control y vigilancia electrónicos para satisfacer las necesidades de seguridad.